

CASADA con un GRANUJA



CATHERINE
BROOK

Casada con un granuja
Catherine Brook

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

La señorita Charlotte Mirren estaba agotada, pero no era un cansancio físico, sino uno mental, que resultaba incluso mucho peor.

Caminó por los jardines de Vauxhall mientras intentaba recobrar los ánimos para regresar a donde se encontraba la orquesta. Normalmente no se alejaría del seno de los Rummage, la familia con la que asistía a todos los eventos sociales últimamente, pero esa noche en particular no se veía capaz de seguir sin tomar un descanso, aunque eso implicara un riesgo a su reputación.

Charlotte siempre había sido sociable por naturaleza. Hablar con las personas se le daba bien, y su personalidad solía ser del agrado de aquellos que la trataban, pero, aunque socializar jamás había sido un problema para ella, había ocasiones en las que quedaba agotada, y esa era una de ellas. Nadie podría culparla, sobre todo porque esa noche muchas matronas se pusieron de acuerdo para comentar un tema que ella intentaba evitar a toda costa: su soltería.

Suspiró con cansancio e intentó encontrar consuelo en la belleza de los jardines, alumbrados por miles de lámparas que desafiaban la oscuridad y le daban un toque místico y particular. El cielo estaba sin estrellas, y la luna llena brillaba en solitario. Lástima que para Charlotte esa no fuera una opción.

Agachó la cabeza cuando divisó a unos rostros conocidos, y volvió a subirla una vez se creyó a salvo. Había decidido tomar el Gran Paseo del Sur, que no estaba muy transitado, pero Vauxhall era lo suficientemente popular para que encontrar un sitio a solas fuera improbable. Aun así, no retrocedió. Regresar sin calmarse implicaría que las conversaciones estarían llenas de respuestas que no le serían gratas a los demás, y ella no podía permitírselo. Ser una solterona sin dote era suficiente, no necesitaba que también la llamaran maleducada.

Siguió caminando, sin percatarse demasiado del camino que tomaba. «¡Qué injusta era la vida!», pensó.

—Oh, señorita Mirren, ¿cuántos años tiene usted? —dijo remedando a la señora Taylor, una de las damas que había decidido atacarla con dureza esa noche—. Prometía mucho en su primera temporada, querida —continuó, esta vez agudizando la voz para asemejarla a la de lady Dorset—. ¿Y a ellas qué les importa? Tengo mis razones para no haberme casado entonces.

Aunque muchas veces se cuestionaba si había sido buena idea aferrarse a ellas.

Charlotte llevaba cinco temporadas en sociedad. Las primeras dos habían sido un éxito. No era una mujer preciosa, pero tenía los cabellos rubios que todo inglés apreciaba y unos ojos azules que decían que eran tiernos. Además, era hija de un vizconde, y para ese entonces tenía una dote aceptable. Tuvo varios pretendientes, pero como había crecido en un ambiente lleno de amor, Charlotte se negó a casarse con alguien a quien no quisiera. Y ese fue el problema, nunca se enamoró. Había confiado en que tarde o temprano llegaría el hombre ideal, y sus padres le habían asegurado que así sería, pero el destino se había cansado de darle pie a sus ilusiones.

Antes de iniciar su tercera temporada, su madre enfermó. Nunca supieron la causa de los dolores en el abdomen, los vómitos, y el deterioro progresivo de su cuerpo, pero su padre se gastó toda su fortuna, no demasiado cuantiosa, intentando averiguarlo. Consultaron a los mejores médicos de Inglaterra y del extranjero, y cada uno daba un diagnóstico diferente. Que si infección, que si virus, que si sus órganos estaban dejando de funcionar. Lo que todos parecían acordar era que no había cura para su mal, y tuvieron razón. Su madre murió solo seis meses después de que inició su agonía. Su padre quedó en la ruina y demasiado destrozado para poder

salir adelante.

Después del año de luto, Charlotte regresó a la sociedad para encontrarse con que era una candidata poco grata. No solo había pasado los veinte años, sino que todos sabían que no tenía dote, por lo que su apariencia y posición apenas resultaba apetecible para algún que otro caballero sin mucho que ofrecer, la mayoría de ellos pasaban los cuarenta, y deseaban su mano porque era lo mejor que su posición les permitía conseguir.

Tampoco se casó con ninguno de ellos, no porque no quisiera, pues para ese momento era consciente de que esperar al hombre de su vida no era prudente, sino porque su padre, aún en su desasosiego, se negó a ceder la mano de su hija a alguien que no pudiera hacerla feliz.

—Tú y tu hermano son lo único que me queda, Lottie —le decía con frecuencia—. No permitiré que sean desdichados por mi culpa. Tú no te preocupes, yo resolveré el asunto del dinero.

Pero no había logrado hacerlo. Lo que daba la propiedad del campo apenas dio para pagar las deudas en las que su padre había incurrido, y aunque habían logrado salir de ellas hacía poco, aún no tenían lo suficiente para ofrecerle una dote que fuera atractiva dada su avanzada edad de veinticinco años. Charlotte se había resignado a ser una solterona, pero eso no significaba que no le doliera, no solo porque venir de una familia amorosa hacía que la soltería no fuera una condición grata, sino porque casarse resolvería muchos de sus problemas, entre ellos qué harían ella y su hermano menor si su padre, que había caído en cama por un ataque al corazón, decidía acompañar a su esposa en el más allá. Hector tenía solo diez años, y si tuviera un esposo, al menos podría asegurar que su tutela no quedaría en manos de un extraño.

Tal y como estaba la situación, Charlotte había decidido que con o sin consentimiento de su progenitor, se casaría con cualquier hombre decente que se lo propusiera. Lástima que, aunque todos la consideraban adorable, nadie la veía ya digna de un matrimonio.

Estaba condenada.

Detuvo su andar y se percató de que la iluminación en esa zona de los jardines era bastante escasa, así como las personas. Miró por donde había llegado, pero el camino que se extendía tras de ella parecía no tener fin. Debió haberse alejado más de lo esperado mientras caminaba, y no estaba segura de cómo regresar. No obstante, el verdadero terror la recorrió cuando se percató de lo que había frente a ella. Una oscuridad absoluta. Unos pasos más, y estaría dentro del famoso paseo oscuro de Vauxhall.

—¿Qué he hecho? —musitó para sí.

Como alguien la descubriera allí, estaría absolutamente arruinada. Todos sabían que los paseos oscuros de Vauxhall se prestaban cosas indecentes, y si ya era malo que una dama caminara sola por los jardines, ser encontrada allí sería su expulsión definitiva de la buena sociedad.

Decidió que lo más sensato sería regresar por donde había venido. Si tenía suerte, encontraría el camino de regreso a la orquesta. Había dado unos pasos cuando la silueta de un hombre que se acercaba la puso en alerta. El caballero era alto, delgado y de pelo canoso. Miraba a ambos lados como si buscara algo, y Charlotte sintió que su corazón se aceleraba. No podría seguir avanzando sin que la viera, así que se vio obligada a retroceder y esconderse detrás de uno de los árboles, con la esperanza de que el hombre se marchara pronto. No obstante, el hombre también se adentró en el paseo.

—Leinster, cobarde, sé que está aquí. Te prometo que en cuanto te encuentre, te atravesaré el corazón con una bala.

El hombre se adentró más en la oscuridad y Charlotte apretó su cuerpo contra el árbol.

No podía identificarlo, aunque el nombre del receptor de sus amenazas se le hacía conocido. ¿Leinster? ¿Se referiría al conde de Leinster? Charlotte lo había visto en una que otra ocasión. Era un granuja, un coqueto del que toda joven decente se mantenía alejada. Los rumores sobre él iban desde que había arruinado a varias jovencitas hasta que disfrutaba teniendo amoríos con mujeres casadas. Como no era alguien de su interés, Charlotte jamás le había prestado demasiada atención a los cotilleos sobre su persona, pero tal parecía que estaba a punto de presenciar de primera mano uno.

Intentó regular su respiración para que esta no la delatara y rogó porque el hombre se introdujera más en el paseo. Si era lo suficientemente rápida, podría escapar sin ser detectada. Sin embargo, rondaba a su lado como un lobo.

—Puedo oler tu perfume, Rachel.

Charlotte esperaba que no se estuviera refiriendo al perfume de ella. Era una loción popular entre las damas de alta sociedad que lady Rummage le había obsequiado hacía poco.

Sintió los pasos del hombre acercarse y consideró seriamente salir corriendo. Entre tanta oscuridad, él no podría distinguirla, pero corría el riesgo de que, confundiéndola con la tal Rachel, la persiguiera hasta atraparla, y eso no saldría bien.

Elevó una pequeña oración a Dios para que la ayudara, y prometió que sería más tolerante con sus semejantes si la sacaba de ese apuro. Justo cuando sentía que los pasos estaban cada vez más cerca, otra sombra apareció frente a ella. No tuvo tiempo de detallarla, porque antes de que pudiera siquiera intentar identificarlo, el hombre se abalanzó sobre ella y la atrapó entre sus brazos. El grito de sorpresa murió en los labios que oprimieron los suyos con brusquedad e insistencia. Charlotte se quedó estática, sin saber cómo reaccionar, y el hombre aprovechó para pegarla más a su cuerpo.

—¡Leinster! —gritó la voz del otro caballero, muy cerca de ellos.

El hombre separó sus labios de ella y giró la cabeza. Charlotte no pudo verle la cara, porque la presión que él ejercía en su nuca impedía que pudiera mover la cabeza. Ni siquiera estaba segura de en qué dirección estaba el otro hombre, aunque era evidente que los había visto.

—Lancaster. Puedo decir con sinceridad que me sorprende encontrarte por aquí. No creí que te gustaran este tipo de lugares —dijo el conde con demasiada ligereza para estar hablando con un hombre que acababa de amenazarlo de muerte.

—Maldito seas, Leinster. Te he visto huir con mi esposa. Entrégamela y quizás considere no citarte mañana al amanecer.

—¿Tu esposa? No sé de qué estás hablando, Lancaster.

Charlotte empezó a temblar. Dios, ¿cómo había terminado metida en ese problema? Si revelaba su identidad, estaría arruinada, pero si no lo hacía, dudaba que saliera ilesa. ¡Un hombre la tenía apresada entre sus brazos! Eso definitivamente no podía salir bien.

—¿A quién escondes tras de ti? Rachel, ven conmigo. Hablaremos en la casa.

—Ah, ¿te refieres a mi encantadora compañía?

Entonces, el conde dio media vuelta con brusquedad. Charlotte soltó un grito. Ya se estaba resignando a la ruina social cuando se percató de que la presión sobre su nuca incrementaba. Tardó en comprender que él estaba intentando ocultar su cara. Lamentablemente estaba demasiado atónita y frustrada para agradecerle el gesto.

—No sé si me falla la memoria, Lancaster, o es que la oscuridad te distorsiona la visión, pero recuerdo que tu esposa tiene una espléndida cabellera negra y esta adorable dama es tan rubia como el sol.

El otro hombre guardó silencio por tanto tiempo que Charlotte casi se desmaya al estar

conteniendo la respiración. Finalmente, escuchó pasos alejándose. El agarre sobre su cuerpo se aflojó, así que ella supo que se encontraba a salvo.

A medida que se despegaba de quien la había mantenido cautiva entre sus brazos, la realidad la golpeó con dureza y la conmoción fue sustituida por indignación y rabia.

—Pero ¿cómo se ha atrevido? —le espetó al conde, todavía sin poder creerlo—. Me ha usado para salir ileso de un problema.

Alzó la cabeza para mirarlo. La oscuridad le impedía detallar sus rasgos, pero Charlotte pudo distinguir un cabello oscuro y unos ojos verdes que la observaban sin una pizca de remordimiento.

—Saber aprovechar las oportunidades de escape en la vida es lo que diferencia a alguien inteligente de un simple aficionado al peligro.

Se encogió de hombros, y tal indiferencia la dejó estupefacta. Sabía que estar en ese lugar le quitaba gran parte del derecho al reclamo, pero no podía dejar de sorprenderse con su desfachatez. Ese hombre era peor de lo que decían los rumores, era un verdadero granuja.

Charlotte quiso decir muchas cosas, pero sabía que, si lo hacía, corría el riesgo de revelar su identidad, y eso sería contraproducente. Se alejó un poco de él para que las sombras la envolvieran y no pudiera descubrirla, y también para tranquilizarse porque su cercanía la había perturbado. Nunca antes había estado tan cerca de un hombre y su cuerpo reaccionó al contacto de una forma que se le hacía difícil explicar. Hacía frío, pero ella sentía calor, y un ligero hormigueo recorría los lugares donde él había tocado.

Y el beso... Mejor no pensaba en eso. Había sido todo muy rápido, pero algo dentro de ella había comenzado a disfrutar de la calidez de sus labios...

Definitivamente debía de estar volviéndose loca por la conmoción.

—Granuja, aprovechado —musitó sin poder contenerse.

Él esbozó una sonrisa y los dientes más blancos y perfectos que había visto destacaron en la oscuridad.

—Sí, sí, lo soy, y me disculpo, pero tiene que admitir que ha sido interesante. Además, he protegido su identidad.

—¿Se supone que debo darle las gracias? —replicó ella con sarcasmo.

—No estaría de más. Él podría saber quién es usted, y no creo que lo desee, ¿o sí?

Charlotte no respondió. Estuvo tentada de preguntar si él sabía quién era ella, pero prefirió apostar a que no. El conde de Leinster era esa clase de hombres que no miraban dos veces a la misma mujer, y quedarse en su memoria bien podría considerarse un honor, porque una vez conseguía lo que quería, desechaba a las damas como si se tratasen de basura.

—Además —continuó él, tan poco avergonzado por su conducta que ella se preguntó si conocería ese sentimiento—, ha tenido el privilegio de un buen beso. No puede quejarse.

Ella envaró los hombros, indignada. «Qué idiota». Tenía el ego más grande que esos jardines. Charlotte siempre había tenido una vena de orgullo difícil de domar, por lo que se encontró decidida a bajárselo.

—No es un privilegio si lo comparto con la mitad de las mujeres de Inglaterra. Y a mi parecer, creo que su fama está sobrevalorada.

La sonrisa de él desapareció y Charlotte curvó los labios con satisfacción.

—A lo mejor no demoramos el tiempo suficiente para que pudiera apreciarlo —murmuró él, su voz de pronto más ronca. Ella se estremeció—. ¿No le gustaría hacerlo otra vez?

Ella retrocedió por instinto. Maldita fuera su boca que la metía en esos problemas. Él se inclinó hacia ella como un depredador, y ella miró a los lados, considerando si era prudente huir.

—Prefiero no perder mi tiempo de esa manera —dijo, a pesar de que tenía la boca seca—. Además, estoy esperando a alguien —dijo de forma impulsiva.

No vio bien su expresión, pero le pareció que arqueó las cejas.

—Mejor, así puede después comparar y concluir quién es el mejor.

Charlotte agradeció que la oscuridad cubriera sus mejillas sonrosadas. ¿Tan arrogante era ese hombre que era incapaz de darse por vencido? Él empezó a acercarse y ella se puso nerviosa.

—¿No sabe aceptar un no por respuesta, milord? Voy a pensar que la mayoría de las conquistas de las que se jacta las ha obtenido a la fuerza.

Como esperó, él se quedó petrificado. No podía distinguir qué tanto lo había afectado su insinuación, pero dio varios pasos hacia atrás y ella pudo volver a respirar.

—Sé aceptar un no, solo que por lo general no me lo dan. Usted es la que pierde. —Se encogió de hombros, fingiendo que no le importaba—. Espero que la pase bien esta noche, querida dama. Si es que puede disfrutar de su misterioso amante.

Se marchó, airado, y Charlotte tardó unos segundos en recuperar la calma. Cuando creyó haberlo conseguido, emprendió el camino de regreso, asegurándose de que nadie la viera salir de allí. Demoró más de lo previsto en llegar a la orquesta, y cuando lo consiguió, se ganó un reproche de los Rummange.

—No puedes desaparecer así, querida. ¿Qué va a decir la gente?

Después de todo lo que había pasado esa noche, a Charlotte no le interesaba demasiado lo que dijeran de ella. Estuvo al borde de la ruina social, unos rumores no la matarían. No obstante, no podía decirle eso a la amable benefactora, quien había sido amiga de su madre desde muy joven y había aceptado acompañarla en sociedad cuando su padre también enfermó. Gracias a ella, Charlotte tenía vestidos a la moda y accesorios a juego. Lady Rummage estaba convencida de que lograría casarse pronto, y no podía más que agradecer la fe que tenía en ella, sobre todo cuando la misma Charlotte la había perdido.

Sonrió con disculpas.

—Lo lamento. Solo necesitaba un poco de aire, pero no volverá a pasar.

Lady Rummage asintió, aceptando sus disculpas, y se acercó a un grupo de mujeres con la que entabló una conversación. Charlotte también participó en la conversación. Sonrió y fue todo lo amable que la habían enseñado a ser, pero sus pensamientos estaban lejos de encontrarse en ese lugar. A lo lejos, sus ojos ubicaron al conde de Leinster, que bailaba con una joven viuda que no dejaba de dedicarle sonrisas coquetas. En una ocasión, sus miradas se cruzaron, pero él no dio muestras de reconocerla. Debería estar aliviada, sin embargo, le enfureció que pudiera besar a cualquier dama y ni siquiera hacer un esfuerzo por conocer su identidad. Era evidente que para él solo eran momentos de placer, pero la persona con la que los compartía no significaba nada.

«Solo fue un beso, Charlotte, pronto lo olvidarás», se dijo. No era el primer beso que le daban, no tenía por qué ser especial. Sin duda, para él no lo había sido.

Durante el resto de la noche, hizo esfuerzos por olvidarlo, y terminó por hacerlo. Volvió a su rutina, habló, fue sociable, y fingió que no la ofendían los comentarios impertinentes sobre su soltería. Cuando llegó a su casa, él había desaparecido de su mente, y esperaba con sinceridad no tener que volver a encontrarse con él.

Capítulo 2

Cuando Gregory Curtis, conde de Leinster, regresó al jardín principal, lo primero con lo que se topó fue con la mirada reprobatoria de su hermano, George, que estaba sentado en el recinto privado junto con su esposa, Anabelle. Últimamente veía tanto esa mirada que Gregory se preguntó si no había vuelto una condición permanente.

—Lord Lancaster te estaba buscando, dijo que te vio salir con su mujer —lo regañó.

Estaba de pie frente a él, con los brazos cruzados y una expresión de absoluta seriedad. Cualquiera diría que era el hermano mayor. Gregory varias veces deseó que lo hubiera sido.

—Una vista sorprendente la de Lancaster, ojalá la usara para saber cuánto dinero ha perdido en el juego y así detenerse.

El ceño fruncido de George se incrementó, y Gregory le dedicó una sonrisa.

—Vamos, hermano. Es evidente que no ha pasado nada. Estoy bien, y no tengo ninguna cita mañana al amanecer.

—Maldita sea, Gregory, no puedes seguir así —siseó—. Tienes más de treinta años.

—¿Y eso es relevante por...?

En realidad, no necesitaba una respuesta. Ya la sabía. No era la primera vez que tenían esa discusión.

—Tienes que sentar cabeza y darle un heredero al título —recordó su hermano.

Gregory, cansado de la discusión, se dirigió a la mesa y tomó una de las botellas que habían traído al inicio de la noche. Mientras se servía una copa, cruzó miradas con Anabelle, que lo observó con cautela. La esposa de su hermana era una dama muy bonita, de cabellos rubios y ojos verdes que transmitían paz. Poseía, al igual que George, un carácter apacible y razonamientos sensatos. Para muchos eran la pareja ideal. Para Gregory, debía ser mortalmente aburrido estar con alguien tan similar.

—Pero si la encantadora Anabelle ya ha asegurado la descendencia, hermano. Si supieras lo que te conviene, no me estarías presionando para que me casara.

Anabelle se sonrojó y apartó la mirada. Escuchó a George suspirar. No era que su hermano no supiera lo que le convenía, sino que su sentido del deber era más fuerte que su ambición. Ambos habían sido criados con esa idea de que ser aristócrata era un favor otorgado por Dios, y su único deber era reproducirse para que el título se quedara dentro de la familia. Al ser Gregory el mayor, era el que había recibido más de estas lecciones, pero como siempre tuvo un carácter despreocupado, fue George el que les prestó atención. Al morir su padre hacía ya tres años, su hermano había asumido el papel de defensor del linaje, y no había ocasión que no aprovechara para reprenderlo o insistirle en que debía sentar cabeza.

En varias ocasiones, Gregory había pensado que Dios había cometido un error grande al hacerlo él el primogénito, cuando era evidente que su hermano era más apto.

—¿Piensas quedarte solo toda la vida, Gregory?

La pregunta lo tomó por sorpresa y, por alguna razón, no le sentó bien. Gregory nunca se había sentido solo. Tenía familia, amigos, y una mujer siempre disponible para compartir su cama. ¿Por qué se sentiría solo? No obstante, la forma en que su hermano había formulado la pregunta lo hizo sentir como si en realidad no tuviera nada.

Gregory bebió de su copa.

—No sé de qué estás hablando. No estoy solo.

—Claro que lo estás. No tienes una familia —insistió George.

—Estás tú —le recordó Gregory—. ¿O es que mi vida disoluta está haciendo que

consideres no volver a dirigirme la palabra?

Lo dijo en tono de broma, pero lo cierto era que la posibilidad era real y le generó algo de inquietud. George y él nunca habían tenido una relación demasiado estrecha, pero era su hermano, fue su compañero durante toda su vida, y Gregory lo quería lo suficiente para temer perderlo.

—No me refiero a eso y lo sabes. Yo puedo estar contigo, pero tengo mi propia familia de la que tengo que hacerme cargo y que se preocupa por mí. ¿Tú qué tienes?

—Tengo mucha gente que se preocupa por mí —replicó Gregory.

George arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Te refieres a los compañeros de juego y bebida, o a las damas de dudosa reputación que consigues llevarte a tu casa? —dijo su hermano con sarcasmo—. En cuanto te enfermes o necesites algo, ninguno de ellos estará. Necesitas una mujer que de verdad se preocupe por ti, una compañía segura y grata que convierta tu casa en un hogar.

Gregory apretó los labios.

—Entiendo que tu matrimonio sea dichoso, hermano, pero en la mayoría de los casos, una mujer en casa es más un problema que una fuente de paz.

George apretó los labios, consciente de a qué se refería su hermano.

—No todos los matrimonios son como los de nuestros padres.

—Ah, pero muchos de mis amigos comentan que los suyos se parecen bastante.

Gregory lidiaba con muchos caballeros casados, que se quejaban continuamente de sus esposas celosas e histéricas, que se molestaban por cualquier cosa, como su madre. Y si no era así, otros tenían mujeres sumisas y tranquilas, como Annabelle, que no generaban en ellos más que aburrimiento por su frialdad. Todos coincidían en que se había casado solo por cumplir con un deber, y estaban absolutamente arrepentidos de ello.

Él no quería eso. Para tolerar a una mujer histérica o a un bloque de hielo, prefería seguir estando solo.

—En unos años, puede que lamente tu decisión.

—Entonces en unos años hablamos del tema —dijo y se acabó el contenido de su copa.

Divisó una dama a lo lejos y le guiñó un ojo. Esta le sonrió y Gregory se dijo que sus aventuras esa noche no tenían por qué terminar.

—No puede ser —dijo su hermano, siguiendo su mirada—. ¿No estarás pensando en ir con ella?

—Es de mala educación negarse a la solicitud de una dama, George.

Dejó la copa sobre la mesa y dio un paso al frente. No obstante, George se interpuso en su camino.

—¿Sabes siquiera su nombre?

—Nunca me detengo en los pequeños detalles.

—Es la esposa de Hamilton.

—Ah, ¿el anciano vizconde? No lo veo esta noche por aquí. Estoy seguro de que no le molestará que atienda a su mujer en su ausencia.

Rodeó a su hermano y empezó a caminar hacia la dama.

—Puedes acostarte con todas las mujeres que quieras, Gregory, pero eso no cambiará el hecho de que nadie te quiere de verdad —dijo su hermano con pesar.

Ante esas palabras, Gregory se detuvo por un segundo. Pensó en no responder, pero su orgullo herido no pudo evitar ceder a la provocación. Se giró para enfrentarlo.

—Si te demuestro que hay personas que se preocupan por mí, ¿me dejarás en paz?

George, que no se esperaba esa respuesta, se tomó su tiempo para pensarlo. Su hermano no hacía promesas impulsivas, y por eso Gregory sabía que, si lograba convencerlo, por fin sería libre de sus sermones.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó George con cautela.

—Pronto lo sabrás —dijo, porque él tenía que pensarlo—. ¿Me lo juras por tu honor?

George finalmente asintió.

—Si logras que alguno de esos que llamas amigo, o una de tus mujeres, se preocupe por ti, prometo que no volveré a tocar este tema.

—Y el de casarme tampoco —añadió, sabiendo que su hermano era bueno jugando con las palabras.

—Tampoco volveré a molestarte para que te cases —masculló de mala gana.

Gregory sonrió. Podía confiar en la palabra de George, y ni siquiera le preocupaba la posibilidad de que él tuviera razón. Gregory era consciente de que sus conquistas, o amigos, no eran lo que podría definirse como una «relación cercana», pero no creía que absolutamente nadie se preocupara por él. Estaba seguro de que, si algo le pasara, recibiría más de una visita cordial para preguntar por su estado. George solo quería hacerlo sentir mal, y Gregory necesitaba demostrarle que estaba equivocado para que pudiera dejarlo en paz.

Resuelto ese problema, decidió continuar su camino. Llegó hasta la mujer, que estaba de pie debajo de un árbol, y le dedicó su mejor sonrisa.

—Sería un pecado irme esta noche sin pedirle a una dama tan hermosa como usted que me conceda un baile —dijo y extendió una mano que ella aceptó gustosa.

Mientras bailaban, se fijó en sus rasgos. Era una mujer bonita que aún no llegaba a los treinta, y su cabello rubio estaba recogido de tal forma que resaltaba la delicadeza de sus facciones. Mientras bailaban, no pudo evitar pensar en la mujer que había besado para escapar del duelo al que lo retaría Lancaster si lo hubiera encontrado con su mujer.

No había logrado verle la cara, pero recordaba muy bien dos cosas: la suavidad de sus labios y las buenas proporciones de su cuerpo. Como conocedor de la figura femenina, sabía que la mujer que había tenido entre sus brazos debía ser, cuanto menos, bonita, porque tanta perfección no podía resultar en facciones desagradables, y después de haberla besado, se encontró envidiando al hombre con el que ella se iba a encontrar esa noche.

Si es que había un hombre.

Aunque no había ninguna otra razón por la que una mujer se atreviera a estar en los paseos oscuros de Vauxhall, Gregory no estaba seguro de que hubiera ido a encontrarse con un amante. Primero, porque la indignación con la que lo había reprendido había sido tan genuina que solo podía ser producida por una fuerte convicción moral de que eso era incorrecto; y segundo, cuando mencionó que esperaba a alguien, su voz fue débil y temblorosa, típica de alguien que miente.

En realidad, no era su problema si se iba a ver o no con alguien, pero si sus sospechas eran ciertas, la mujer le empezaba a generar curiosidad. La pequeña arpía se había atrevido a cuestionar sus besos, y solo por eso era diferente a otra. Podían decir muchas cosas de él, desde que era encantador hasta que era un granuja, pero jamás nadie había cuestionado su forma de besar.

Se convenció a sí mismo de que ella solo había intentado vengarse por su accionar, pero su burla había hecho un rasguño en su ego, y una parte de él deseaba volverse a encontrar con ella, besarla hasta hacerla jadear y sonreír con satisfacción ante la victoria. Sin embargo, la otra no quería volver a verla, pues ella había insinuado que no sabía aceptar un no por respuesta, y su

orgullo se negaba a ir tras alguien que no estuviera bien dispuesta desde el principio. ¿Qué más daba si de verdad no le había gustado el beso? Había muchísimas mujeres a las que sí.

Centrado en sus pensamientos, no le prestó atención a la dama con la que bailaba, y para cuando terminó la pieza, había perdido todo el interés en ella. Sí, era bonita, pero ya no sentía ánimos de llevárselos a los paseos oscuros.

«Quizás había tenido mucho por una noche», pensó. Su repentino desánimo no tenía por qué estar relacionado con la misteriosa mujer y el beso que tenía ganas de repetir.

Le musitó una despedida a la dama y se alejó de ella, dejándola atónita. Decidió que era momento de regresar a casa, y omitió la despedida con su hermano para que este no creyera que sus sermones habían surtido efecto y por eso decidió no seguir con su conquista.

Una vez llegó a la casa, atravesó los oscuros pasillos hasta llegar a su habitación, donde se empezó a desvestir solo, pues ya era tarde para despertar a su ayuda de cámara. Mientras se desabotonaba el chaleco, no pudo evitar mirar a su alrededor. La habitación en la que se encontraba seguía siendo la misma: paredes azules, una gran cama con dosel en el medio, un armario, una estantería con licores, varios sillones cerca de la chimenea y una puerta que daba a una pequeña terraza. Nada había cambiado, pero de pronto, todo se sentía más grande y vacío de lo normal. Fue entonces cuando recordó las palabras de George diciéndole que estaba solo y nadie lo quería.

«Maldito sea», pensó. Eso nunca le había preocupado, ¿por qué tenía que pensar en ese momento en ello?

«Es por la apuesta», se dijo. Como se había empeñado en demostrarle a su hermano que se equivocaba, el miedo natural a perder hacía que se imaginara cosas. Él no se sentía solo. Estaba perfectamente bien así.

Sin embargo, por más que lo intentó, no logró sacarse la idea de la cabeza, seguramente porque le fastidiaba que existiera una mínima posibilidad de que su hermano tuviera razón.

Tenía que idear un plan para demostrarle lo contrario si quería ser libre de sus reproches.

Sonrió cuando una idea empezó a tomar forma en su cabeza. Y la llevaría a cabo lo antes posible.

Capítulo 3

Gregory empezaba a creer que George tenía razón, y la idea no le gustaba en lo absoluto.

Paseando por su habitación, se llevó una mano a sus cabellos mientras pensaba en qué le diría a su hermano cuando fuera a visitarlo esa tarde. Si no se inventaba algo, tendría que soportar el resto de su vida un «te lo dije». Aunque, ciertamente, se lo había dicho.

Frustrado, se dejó caer en el sillón frente a la chimenea y tomó de la copa que se había servido hacía poco. Su hermano diría que era muy temprano para beber, pero él siempre pensaba mejor con una copa encima, y vaya que necesitaba tener una buena idea pronto.

Si era sincero consigo mismo, no esperaba que su plan tuviera gran éxito, pero tampoco un fracaso tan absoluto. Aunque Gregory no se acordaba de la mitad de los nombres de las personas con las que trataba, sabía que muchos sí se acordaban de él y esperaba que, tras haber fingido una extraña enfermedad que lo mantuvo alejado de la sociedad por una semana, al menos algún conocido se tomara la molestia de enviarle una nota deseando su pronta recuperación.

Pero no había sucedido. Ni siquiera las viudas que le rogaban propuestas de matrimonio o las damas que le susurraban palabras de amor se habían molestado en escribir. Había esperado día tras día encerrado en su casa y aburrido como un sexagenario, y no había recibido ni siquiera una invitación a un baile. Nada. Su correspondencia estaba vacía como nunca antes lo había estado.

A lo mejor, había exagerado un poco con los rumores que había inventado sobre su enfermedad. Decir que tenía una tos muy fuerte y fiebre quizás había dado a entender que era contagiosa, y eso explicaba que no hubiera ninguna invitación reciente. No obstante, ninguna enfermedad se contagiaba enviando una nota para interesarse por su salud.

—Después de esto, no habrá quien aguante a George —musitó vaciando el contenido de su copa.

Cuando le había explicado el plan a su hermano, este se había reído y había dicho que era absurdo. Gregory, convencido de que todo saldría bien, le había asegurado que al final de la semana tendría al menos diez notas deseándole que mejorara.

Y no tenía ni una.

Su hermano le había escrito esa mañana diciéndole que lo iría a visitar, y que estaría encantado de ver cómo sus amigos y conquistas se preocupaban por él. El desgraciado sabía que no había ninguna nota, pero Gregory se negaba a darle la razón.

Había pensado en hacer que sus sirvientes escribieran distintas cartas haciéndose pasar por amigos, pero pocos tenían una letra que emulara la elegancia aristocrática, así que solo tenía una del mayordomo fingiendo ser lord Rhodesay —un desgraciado al que había considerado un amigo muy cercano, pero tampoco le había escrito— y al ama de llaves, Mary, que le estaba escribiendo una fingiendo ser alguna de sus «amigas». Quizás no fuera suficiente para convencer a su hermano, pero él tenía fe.

Cuando George llegó, ya tenía algunas excusas para justificar su falta de popularidad, solo esperaba no tener que usarlas.

—¿Y bien? —preguntó George dejándose caer en uno de los sillones. Gregory estaba frente a él, con su tercera copa de whisky en la mano—. ¿Qué tal tu semana?

—Mortalmente aburrida. Agradezco no enfermarme con frecuencia, no lo soportaría.

George lo miró con fastidio.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Cuántos de tus amigos se han preocupado por ti?

—Raymond mandó una carta —se apresuró a decir. Extendió la nota que había guardado

en su frac, lista para ser usada de ser necesario.

George la tomó y la leyó por encima. Arrugó el ceño.

—Es extraño. No me parece algo que Rhodesay escribiría.

—¿A qué te refieres?

—«Querido amigo, saber de tu enfermedad me ha causado mucha congoja...» —leyó—.

Creo que nunca he escuchado a Rhodesay decir esa palabra.

Porque definitivamente Raymond jamás usaría esa palabra. Al marqués lo único que lo acongojaba era no conseguir esposa antes del plazo estipulado por su difunto padre, y ni aun así Gregory lo había visto ahogarse en la tristeza. Maldijo en silencio. Le había ordenado al mayordomo que escribiera la carta, pero estaba tan preocupado por cómo enfrentaría a George que no se había tomado la molestia de dictarla él mismo.

—Creo que me quiere más de lo que imaginé —dijo y le arrebató la carta antes de que encontrara otra incongruencia.

Para su desgracia, George era fácil de engañar. Lo miró con expresión interrogante.

—¿Y nadie más te ha escrito? ¿Ni siquiera esas mujeres a las que tanto afirmas volver locas?

—Pues...

En ese momento tocaron la puerta y Gregory aprovechó la distracción.

—Milord —dijo una de las criadas—. Ha llegado esta nota para usted.

Gregory agradeció en silencio. Seguramente era la que había mandado hacer al ama de llaves.

—Gracias —le dijo y despidió a la criada con un gesto de manos. Esta se marchó después de hacer una reverencia.

Gregory le mostró la carta a George con expresión triunfante.

—Es caligrafía femenina —dijo mientras abría la carta—. Seguramente es de alguna de mis amigas. —Se aclaró la voz, dispuesto a leer—. «Querido lord Leinster. Me ha apenado mucho saber de su enfermedad. No se imagina lo preocupada que estoy por su salud, ya que, como sabe, es una persona muy especial en mi vida. Sé que lo nuestra relación no ha sido como debería, pero eso no resta ni un poco lo que siento por usted».

Gregory frunció el ceño. Le había pedido al ama de llaves que le escribiera como si fuera una de sus amantes, pero la mujer había exagerado todo un poco. No volvería a pedirle un favor semejante a sus sirvientes sin supervisar lo que le escribían. Dudó en si seguir leyendo o no, pero George arqueó una ceja, interesado, así que continuó:

—«Deseo con todo mi corazón que se recupere. Si lo hace, prometo que lucharé hasta el final para que lo nuestro sea posible. No te diré quién soy, pero sé que debes saberlo. Siempre tuya, tu dama favorita» —culminó con el ceño fruncido.

Nunca pensó que sus sirvientes más eficaces tuvieran una vena tan romántica.

George se levantó y le pidió la carta con la mano. Gregory se la dio, aún estupefacto por lo que acababa de leer. Su hermano la ojeó con semblante curioso.

—Es interesante. Has hecho un gran esfuerzo, hermano.

Gregory lo miró, confundido.

—¿De qué estás hablando?

—Del esfuerzo que has puesto para falsificar estas cartas.

Gregory intentó que su expresión no lo delatara, pero estaba verdaderamente sorprendido de la perspicacia de su hermano.

—¿Por qué insinúas que son falsas?

—Porque la primera carta no es ni de lejos el estilo de Rhodesay y es imposible que alguna de tus amantes te haya enviado un mensaje como el segundo.

Gregory sabía que no tenía argumentos para rebatir lo primero, así que se centró en lo segundo.

—¿Por qué es imposible?

Su tono era indignado, porque de verdad le molestaban las palabras de su hermano. Estaba seguro de que a lo largo de su vida se había robado el corazón de muchas damas. No era ilógico pensar que alguna le escribiera algo semejante a lo que Mary le había escrito.

Aunque todo fuera falso y ninguna lo hubiese hecho.

—Gregory, quizás en otra época hubieras podido engañar a una que otra dama para que se enamorara de ti, pero con tu fama actual, ninguna en su sano juicio cometería ese error. Todas las que se meten contigo sabes que obtendrán una buena noche, pero ninguna espera nada más. Tienes demasiados corazones rotos a tu espalda para que alguna sea tan ingenua.

—¿Estás insinuando que nadie se enamoraría de mí? —preguntó, atónito.

—Yo sin duda no lo haría. Al menos que manifestaras públicamente tu intención de volverte alguien serio, como, por ejemplo, decir que quieres casarte.

Gregory no le prestó atención. Una parte de él sabía que su hermano solo quería volver al mismo tema de siempre, pero otra se sentía herido porque sus palabras fueran ciertas. Jamás se había puesto a pensar en si alguien lo quería, y pensar en que no de pronto generaba una sensación de vacío. ¿Qué diablos le pasaba?

—Y ni siquiera estoy seguro de que eso sea suficiente —continuó su hermano—. Aunque muchas mujeres se casan por conveniencia, la mayoría prefiere un esposo que, si le va a poner los cuernos, sea más discreto, y tampoco tienes fama de eso. —Suspiró con dramatismo—. A veces temo que sea demasiado tarde para ti, Gregory.

Él enderezó los hombros.

—Creo que no te estoy entendiendo, hermano.

Y si lo estaba haciendo, no le gustaba nada lo que estaba escuchando.

—Has creado tal fama que temo que nadie te llegue a querer nunca. Quizás a ti no te importe, pero eso me parece muy triste.

Gregory apretó los labios. Su hermano intentaba provocarlo, y lo estaba haciendo. A Gregory jamás le había importado demasiado quién lo quería y quién no. El cariño era un arma de doble filo, y prefería relaciones sin vínculos tan profundos. Sin embargo, la forma en que George hablaba del tema lo estaba haciendo sentir miserable, como si de verdad estuviera a punto de arruinar su vida.

—Esta mujer me quiere —declaró Gregory alzando la carta como su mejor arma. Tenía que intentar sacarle provecho.

—Gregory, esa carta es falsa.

—No, no lo es —se empecinó.

—Ah, ¿no? Entonces no te importará decirme qué dama la mandó.

—Si lo hiciera, temo que la comprometería demasiado.

—¿Y eso desde cuando te ha importado?

Desde nunca, razonó él con fastidio. Todas las damas que se metían con él sabían los riesgos que corrían, así que él no tenía que preocuparse por ellas.

Su orgullo, sin embargo, se negaba a darle la razón a su hermano.

—Es diferente.

—¿Por qué? —indagó con mirada inquisitiva.

—Porque... porque ella es diferente.

George arqueó las cejas y Gregory maldijo su estupidez. Había sido la respuesta más idiota que se le pudo haber ocurrido y su hermano lo sabía.

—¿En qué sentido? Solo se me ocurren dos razones por la que ella pudiera ser diferente. La primera, que tenga algo especial que haya mantenido tu interés en ella por más de un día, lo que a estas alturas veo improbable. Y lo segundo, que sea una joven decente y soltera, y para que escriba tal declaración de amor, es porque has mantenido tu atención en ella por más de una semana, lo que hace esta opción aún más improbable que la primera.

—¡Basta! —siseó Gregory. Tomó la botella que había dejado frente a la pequeña mesa y se sirvió otra copa—. Me cansé de tus críticas y sermones. Si quieres creerme, bien, y si no, no me importa. Lo único que te pido es que dejes de irritarme la existencia con tus discursos moralistas.

George lo miró de forma inquisitiva.

—¿Por qué estás tan enfadado? Afirmas que detestas los compromisos emocionales, pero te molesta que te diga que nadie te quiere. ¿No se supone que es una noticia que debería alegrarte? —preguntó, como si de verdad estuviera confundido.

Gregory, sin embargo, era consciente de que estaba intentando manipularlo de alguna forma, y lo peor era que lo estaba consiguiendo. Sí, era verdad que siempre había detestado los compromisos, sobre todo cuando había emociones de por medio. No obstante, durante esa semana en la que esperaba cartas que nunca llegaron, la soledad no fue tan apreciada como hubiera esperado, y es que en realidad Gregory no podía apreciar algo que jamás había sentido, porque él nunca había estado solo. Desde pequeño, siempre tuvo sirvientes que lo querían, amigos con los que jugar, y de grande, tenía compañeros de juerga y mujeres para su cama. Ser plenamente consciente de que a ninguno de ellos le interesaba realmente no era grato. Que no hubiera esperado demasiado de ellos no significaba que no fuera decepcionante. Y era aún más triste que su hermano hubiera tenido razón todo ese tiempo.

Bebió un gran sorbo de su copa. ¿De verdad nadie podría quererlo? ¿Se había vuelto tan despreciable para ser objeto real de los afectos de alguien? Era algo que no estaba preparado para admitir, y menos ante George.

—Te sorprenderá saber, hermano, que tu segunda teoría es cierta. En realidad, estoy cortejando a una dama soltera y decente —dijo sin pensarlo.

George arrugó el ceño y lo observó con escepticismo. Gregory no lo culpaba, incluso a él le sonaban extrañas sus palabras. Cortejo... Pudo haberse inventado algo más verosímil. Sabía cómo seducir a una dama, pero no tenía ni idea de cómo cortejar a una.

—No te puedo decir quién —continuó, porque ya había comenzado con la mentira y Gregory era fiel defensor de que estas se llevaban hasta el final—, porque su padre no acepta la relación. Es una niña protegida, y cree que haré sufrir a su hija.

—No lo culpo —musitó George.

Gregory lo ignoró.

—Entonces, solo nos vemos en secreto, mientras ella convence a su padre de que soy el amor de su vida.

George suspiró.

—Gregory, eso es absurdo.

—¿Por qué? Llevas atosigándome años para que asiente cabeza, y eso es lo que intento hacer.

—No parecías muy interesado en acomodar camino ayer cuando te escapaste con lady

Lancaster y bailaste con lady Hamilton.

—Es que debo mantener las apariencias para que su padre no sospeche.

George lo observó con incredulidad.

—Si sigues las apariencias, su padre jamás te va a aceptar, eso en caso de que esta absurda historia sea cierta, cosa que no creo en lo absoluto.

—¿Por qué te mentaría?

—Por muchas razones que no vale la pena que diga —respondió con fastidio.

—Es verdad.

—Si lo fuera, me dirías su nombre. No voy a andar divulgándolo por ahí y lo sabes, incluso podría ayudarte.

—No necesito tu ayuda —replicó Gregory dejando el vaso vacío sobre la mesa. Vaya problema en el que se acababa de meter—. Y como te dije, no me importa si me crees o no. A su debido tiempo verás que tengo razón, y dejarás de molestarme. —Le puso una mano sobre el hombro y le dio un empujón leve—. No es que te quiera echar, pero me duele un poco la cabeza.

—Cómo no —replicó con sarcasmo y miró a la botella sobre la mesa—. No es ni mitad de la tarde y te has vaciado casi una botella entera.

—Solo la mitad —corrigió Gregory mientras instaba a su hermano a caminar a la entrada—. Te aseguro, hermano, que pronto tendrás noticias que te sorprenderán gratamente.

—Las espero con ansias —respondió George con sarcasmo.

Gregory le abrió la puerta y George se marchó. Cuando estuvo de nuevo solo, se dejó caer en el sillón con expresión agotada. ¿En qué clase de problema se acababa de meter? No solo se había inventado un cortejo que no existía, sino que prometió un compromiso que jamás sucedería. Y todo para que su hermano, con toda razón, no se creyera nada.

Quizás había bebido demasiado.

Gregory analizó la razón por la que había decidido mentir en un principio. Detestaba que su hermano tuviera razón, así que había intentado demostrarle que no era así, que alguien podía quererlo y que él era más de lo que su hermano creía.

Vaya tontería. ¿Desde cuándo necesitaba su aprobación?

¿Qué se suponía que iba a hacer? Podía fingir que la relación no había llegado a ningún lado, pero eso confirmaría las sospechas de George sobre que le había mentado. Aunque tampoco no era que hubiera forma de evitarlo. A menos que consiguiera un nombre que darle y lo sorprendiera con un compromiso, su hermano nunca dejaría de atosigarlo. Y casarse solo para no quedar como un mentiroso era extremo incluso para él. Y al final George obtendría lo que quería.

—Qué idiota soy —se dijo.

Nunca debió haber aceptado hacer ese plan en primer lugar. No solo tendría que tolerar las burlas y críticas de su hermano por tiempo indefinido, sino que se había dado cuenta de lo solo que estaba y no era tan indiferente a ese sentimiento como creía.

Se preguntó si sería por eso que la gente se casaba, para tener a alguien a su lado que se preocupara por ellos, aunque fuera por obligación y no por amor. Para saciar ese vacío ante la idea de no ser importante para nadie.

Se sirvió lo que había en la botella, y después de tomárselo, decidió que esa no podía ser su triste realidad. Se estaba dejando llevar por la melancolía. Que nadie le hubiera escrito podía deberse a muchas cosas. Quizás a que el rumor no había llegado a todos lados, a correspondencia traspapelada, o incluso el mismo George podía haberlo estado saboteando de alguna manera para jactarse después de haber tenido la razón. Él era Gregory Curtis. El niño adorable, el joven simpático y el hombre encantador. Tenía que importarle a alguien, solo tenía que buscar otra

manera de conseguirlo.

Y respecto a la historia que le había inventado a George, ya buscaría la manera de solucionar ese problema. Quizás, casarse para hacerlo no sería tan descabellado. Su hermano estaría feliz, pero muy sorprendido. Dejaría de pensar que era incapaz de conquistar a una dama seria, y él estaría libre de sus reproches. Además, sabía por experiencia ajena que un matrimonio no significaba tener que dejar su vida, si acaso, llevarla con más discreción. Consideraba que, si era claro con la mujer a la que tomara por esposa, nadie saldría lastimado.

Soltó una carcajada ante lo absurdo de la situación. Hacía unos días despreciaba el matrimonio, y en ese momento incluso estaba considerando uno solo para que su orgullo no saliera lastimado. De no tener tantas copas encima, tal vez se lo habría pensado mejor, pero en ese instante, a Gregory le parecía que nada era más importante que demostrarle a George lo equivocado que estaba respecto a él.

Y lo haría. Solo tenía que pensar cómo.

Capítulo 4

Charlotte cedió a la tentación y se llevó a la boca un pastelito de los que estaban en la mesa de postres, diciéndose a sí misma que necesitaba distraerse para no hacer una mueca ante lo que lady Manchester le estaba diciendo. Al parecer, en los últimos días el tema de conversación favorito de todos sus conocidos era su soltería, y había tenido que hacer uso de toda su paciencia para no ser grosera, aunque ellos lo eran con ella.

Se deleitó con el sabor dulce del pastel y asintió a lo que fuera que la dama le había comentado. Por su propia estabilidad, había dejado de prestarle atención hacía unos minutos, y aplicó la de asentir y componer una expresión que dijera «tiene toda la razón», que siempre tenía buen efecto para quien le hablaba.

Era eso, o perder la cordura, y en esa época de su vida la necesitaba más que nunca.

Con pesar, recordó el episodio que se había dado esa mañana cuando fue a visitar a su padre. Lo encontró más pálido que de costumbre, con respiración trabajosa por el cansancio. Charlotte lo había reprendido, pues el hombre había decidido dar un paseo por la casa cuando el doctor le advirtió que no debía hacer esfuerzos, y estaba pagando las consecuencias. El malestar fue tal, que tuvieron que llamar al médico, quien repitió sus directrices y le comentó en privado a Charlotte que no creía que su padre viviera más de dos meses.

Poco había faltado para que se deshiciera en llanto, y la única razón por la que no lo hizo, fue porque Hector, su hermano, se había acercado a ella para preguntar por el estado de su papá. Si no podía ser fuerte por sí misma, al menos tenía que serlo por su hermano.

—Se va a morir, ¿verdad? —preguntó el pequeño.

—No, claro que no.

—Soy un niño grande, Charlotte. Puedes decirme si se va a morir.

Pero Charlotte no se atrevía a romperle el corazón de la misma manera en que acababan de romperselo a ella, así que insistió.

—No, no se va a morir.

Pero Hector era un niño, mas no tonto.

—Si se muere, ¿a dónde iremos? —preguntó el joven con pesar.

Charlotte no tenía ni idea. Hasta el momento, no se había atrevido a preguntarle a su padre quién sería el tutor legal de su hermano, pues sentía que sería atraer a la desgracia. Lo más probable es que fuera su tío Roger, el único hermano de su padre, y que terminaran viviendo con él hasta que Hector creciera y pudiera hacerse cargo de un título en ruinas.

Hizo una mueca de solo pensarlo. No le agradaba que su hermano, tan joven, tuviera tal responsabilidad encima, y tampoco le gustaba la idea de irse a vivir con el tío Roger. Aunque la relación con esa parte de la familia nunca fue mala, a Charlotte no le agradaba su tío. Siempre tenía una expresión adusta, y sabía que sus normas eran muy estrictas cuando de las mujeres se trataba. Nunca había visto a su esposa e hija sonreír, y estaba convencida de que, una vez instalada en su casa, no la dejaría ni siquiera asistir a las fiestas. Para él, era una solterona, y esas mujeres ya nada tenían que hacer en sociedad.

Por supuesto, podía irse a vivir con los Rummage. Sabía que la condesa no la despreciaría, y ella tenía edad suficiente para no necesitar un tutor legal. Sin embargo, no se veía capaz de abandonar a su hermano, y le daba pena pedirles a los condes que los acogieran a los dos. Además, no sabía si su padre aceptaría dejarle la tutela de su heredero a unos extraños en lugar de a alguien de su propia sangre.

«Si tan solo estuviera casada», pensó. Quizás era por tantas personas recordándole su

estatus, o simplemente por la noticia respecto a la salud de su padre, pero Charlotte llevaba días lamentándose como nunca por no haber conseguido esposo. No solía ser pesimista ni demasiado dura, pero desde hacía un tiempo se reprochaba continuamente no haber aprovechado las oportunidades, dejar el tiempo pasar y todo por encontrar el amor que solo llevaba a las desgracias.

Se dijo que tendría que aprender a convivir con ello. No podía cambiar el pasado, y dadas sus circunstancias, había poco que hacer por el futuro más que resignarse al destino que le esperaba, aunque este fuera poco grato.

—¡No puede ser! ¿Cómo se le ocurre venir aquí estando enfermo?

La exclamación horrorizada sacó a Charlotte de sus cavilaciones, y buscó con la mirada eso que tanto había espantado a lady Manchester. De inmediato, sus ojos localizaron a lord Leinster a unos pasos de ellas, casi al final de la mesa. Entonces, lo entendió todo.

Aunque en los últimos días había hecho un esfuerzo por dejar de pensar en él, había sido complicado, pues dos o tres días después de su encuentro en el jardín, se corrió el rumor del que el caballero estaba gravemente enfermo. Algunos decían que tenía tisis, otros decían que viruela, y los más descarados comentaban que solo se había pasado la mano con el opio. No obstante, la mayoría concordaba en que debía de sufrir de una enfermedad muy contagiosa para que él mismo hubiera optado por recluirse, y por esa razón, su estadía en la fiesta estaba causando tanto revuelo.

Las personas a su alrededor empezaron a murmurar con fuerza, mientras él, que parecía no darse cuenta de la impresión que causaba su presencia, bebía con parsimonia una copa de oporto.

—No me parece que esté muy enfermo —dijo Charlotte, dubitativa.

Si alguien se proponía plasmar en un cuadro la representación de la buena salud, podía usarlo a él de modelo. Estaba tal y como lo recordaba. Porte recto, complexión robusta y un rostro demasiado hermoso para que lo mereciera. Al menos era evidente que viruela no había tenido.

—¡Pero si todo el mundo lo decía! —exclamó la dama demasiado alto, considerando que el sujeto del que hablaban estaba a penas a tres metros de distancia. Por suerte para ellas, el murmullo opacó su conversación—. Muchos aseguraron que tenía tisis. ¡Eso no se quita en una semana! ¡Nos va a contagiar a todos!

—Lady Manchester, y no ha considerado que, en lugar de tisis, haya sido una simple gripe. Si me permite decirlo, el conde me parece un poco dramático. Es posible que haya exagerado su malestar.

—No creo que nadie juegue con algo tan delicado.

Charlotte lo veía como la clase de persona que definitivamente se tomaría a la ligera algo así, solo porque estaba aburrido, o porque estaba tan acostumbrado a llamar la atención que hacía una tormenta de una simple llovizna.

—Además —continuó la dama—, yo lo veo más pálido, y delgado.

Charlotte se dijo que la mujer necesitaba lentes.

—Pero si no ha tosido ni una sola vez —argumentó Charlotte—. Si fuera tisis, apenas y podría respirar.

En ese momento, una fuerte tos se alzó en medio de las voces. Charlotte miró a Leinster, que tosía con fuerza y jadeaba en busca de aire. Las personas a su alrededor dieron por instinto un paso atrás, incluso ella misma que apenas podía creerlo. Si el conde tenía tisis, debía ser el enfermo con mejor semblante que había conocido.

—Ve, se lo dije —comentó lady Manchester con preocupación—. Alguien debería buscar a la anfitriona para que lo saque de aquí.

Charlotte no le prestó atención. No podía dejar de mirar al conde, sintiendo que había algo que no tenía sentido. Observó su semblante contorsionado por la tos, se estaba colorando. Estaba inclinado hacia adelante, con una mano sobre el pecho. La copa había caído al piso y se había hecho añicos. Los pedazos descansaban en el suelo junto con un pastelito al que le faltaba un pedazo.

A diferencia de otros, ella unió los cabos con rapidez.

—No tiene tisis, ¡se está ahogando! —exclamó.

Algunos la miraron con escepticismo, y al ver que nadie se acercaba a ayudar, ella reaccionó. Se posicionó detrás de él y empezó a darle con fuerza en la espalda. Junto con un golpe, el conde tosió con fuerza y expulsó el trozo de comida que lo estaba atragantando. Su respiración empezó a normalizarse y su piel a recuperar el color.

Gregory se sentía como si estuviera a punto de pasar a la otra vida, y probablemente eso hubiese sido lo que hubiera pasado si la dama que estaba a su lado no hubiera intervenido. Mientras luchaba por recuperar el aire perdido, observó a la gente a su alrededor con rencor. Le costaba creer que ninguno de ellos hubiera dado un paso para ayudarlo. Dios santo, ¡estuvo a punto de morir! ¿Qué diablos les pasaba a todos?

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer a su lado.

Él la observó con detenimiento. Su rostro se le hacía familiar, pero como le sucedía a menudo, no lograba recordar su nombre. Su voz, sin embargo, sí la tenía más presente. Estaba seguro de haberla escuchado recientemente.

—Ahora que puedo respirar, sí —respondió con voz ronca—. Muchas gracias por su ayuda.

Ella no respondió, con la diligencia de una madre, sirvió en una copa limonada y se la extendió.

—Beba un poco, pero lentamente —dijo a modo de orden.

Gregory solo sintió el impulso de obedecer. Tomó el vaso y dio sorbos lentos hasta que el frío de la bebida calmó su garganta rasposa. La gente a su alrededor murmuraba, pero él no les prestó atención, su mirada solo fija en ella. ¿Qué la habría motivado a acercarse? ¿Todavía existían almas caritativas en ese mundo y se había topado con una?

—Gregory, por Dios, ¿qué pasó? —preguntó su hermano a su espalda.

Estaba agitado, como si acabara de atravesar medio salón para encontrarlo.

—Me ahogué —respondió él—. Casi me muero. Ella fue la única que me ayudó —dijo señalando a la dama que estaba jugueteando con sus manos, incómoda.

Unas cuantas personas se acercaron. Parecía que querían decir algo, pero Gregory les dedicó una mirada helada que los disuadió. No quería hablar con nadie, y la sociedad, prudente, se fue dispersando. Seguramente comentarían sobre el tema en otro lado.

—Muchas gracias por su ayuda, señorita.

Ah, entonces era una joven soltera.

Gregory la observó con atención. La mujer era bajita, con un cuerpo bien proporcionado y una cara con expresión jovial y ojos azules. No obstante, era evidente que había pasado los veinte, así que supuso que se había quedado para cuidar sobrinos. Una lástima. No era fea, con ese cabello rubio resplandeciente y unos labios en forma de corazón que incitaban a los débiles al pecado. El labio inferior era especialmente grueso. Gregory podía imaginar cómo se sentiría besarlo. Quizás algo similar al de la dama del paseo nocturno de Vauxhall.

De pronto, su cuerpo se tensó.

—No me hubiera perdonado quedarme observando mientras la vida se le escapaba — respondió ella.

Entonces, confirmó por qué su voz le sonaba tan familiar. ¡Ella era la que había besado en los paseos oscuros de Vauxhall! Estaba seguro. Aunque podía compartir el cabello rubio y la silueta con muchas otras damas, su voz era inolvidable, ese tono mandón y altanero insertado en la melodía dulce que salía de su boca era inconfundible.

La observó con estupefacción. ¿Qué hacía una joven soltera en los paseos oscuros de Vauxhall? Hasta el momento, Gregory no había conocido de ninguna solterona que se aventurara a tener un amante. Como la mayoría no conocía el placer carnal, no lo buscaban, y pasaban su vida siendo modelos de moralidad.

Su hermano también la estaba observando, pero su expresión era más de intriga. Miró a Gregory.

—¿Acaso es ella? —preguntó.

Al principio, no entendió a qué se refería, y cuando lo hizo, deseó haberse muerto. Maldito fuera. ¿Por qué se le había ocurrido sacar el tema en frente de ella? Si le decía que sí, la conversación podía ir más allá, la dama podría desmentirlo y toda su historia se quedaría sin base. Por otra parte, si lo negaba, su hermano tendría el argumento para saber que le mintió, pues, si de verdad había una dama preocupada por él, ¿por qué no estaba ahí? Podría argumentar que no estaba presente, pero sería muy conveniente para él y George lo sabría.

Se maldijo por haber bebido tanto el día que se le ocurrió el plan. Estando sobrio no habría cometido tal tontería. Podía, por supuesto, confesarle la verdad a su hermano y tolerar sus burlas al respecto.

Podía, pero no quería. Y por eso, aunque esta vez no tenía ni una copa encima, dijo:

—Sí.

Notó que la dama arrugaba el entrecejo, y él rezó por que no preguntara nada y George no insistiera. No tuvo suerte. George la miró con mucha curiosidad.

—Creo que ahora puedo entender lo que dijiste respecto a su padre.

Ahora fue Gregory el que frunció el ceño. Por lo visto. George conocía más de esa dama que él, y no estaba seguro de que eso jugara a su favor.

—Perdón, ¿a qué se refiere? —preguntó ella, su voz dulce teñida de suspicacia.

Gregory se apresuró a intervenir.

—Hermano, recuerda lo que hablamos sobre la discreción.

—Tonterías —dijo este con un ademán de manos—. Si de verdad quieres casarte con esta joven, tenemos que empezar a actuar. Yo puedo responder por ti, Gregory, pero también tienes que colaborar. Deben hacer pública su relación para que vean tus intenciones. Espero que no lo tome como una imprudencia, señorita, pero tengo entendido que tiene edad para casarse sin consentimiento.

Ella se limitó a mirarlo, atónita.

—Sí, pero no entiendo....

—Entonces anuncien su compromiso. Hoy. No veo ninguna razón para no hacerlo.

Gregory veía varias, entre las más importantes, él no quería casarse y la novia no tenía ni idea sobre qué estaban hablando. Era un buen momento para decirle a George toda la verdad. Su orgullo estaba resentido, pero su libertad le exigía que no la abandonara de esa manera.

—George, lo cierto es que...

Calló cuando vio las cejas arqueadas de su hermano. Entonces, comprendió que él lo

estaba poniendo a prueba. Sabía perfectamente que la dama a su lado no era la mujer de la que le había hablado porque estaba convencido de que él le había mentado, y Gregory estaba a punto de darle la razón.

Calló, dudando en qué responder.

Lo más sensato era terminar con ese juego, pero la expresión de satisfacción de George hacía que le hirviera la sangre. Gregory no podía tolerar que tuviera razón, porque si la tenía, significaría que él no le importaba a nadie, que no era merecedor de una buena compañía. Que había arruinado toda su vida por su reputación.

Y él no quería admitir eso.

—Lo cierto es que tienes razón, es momento de anunciar el compromiso.

Vio con perversa alegría como el rostro de George cambiaba hacia la sorpresa.

—¿Compromiso? —chilló la dama a su lado.

En la pelea invisible con su hermano, se había olvidado de ella. Gregory la rodeó con los hombros.

—Sí, querida. No tenemos por qué seguir ocultándolo. Casémonos.

—¿Se ha vuelto loco?!

Era probable. También existía la posibilidad de que en unas horas se arrepintiera del impulso, pero por el momento, seguiría adelante. Casarse no podía ser tan malo. Además, dados los antecedentes de la dama que tenía a su lado, creía que podría llegar a un acuerdo con ella.

—Loco de amor por ti, querida. Tanto que no puedo seguir ocultándolo. George, ¿nos das un momento, por favor? Tenemos que ultimar los detalles del anuncio e ir a hablar con la anfitriona.

Su hermano asintió, evidentemente desconcertado. Se giró y se fue. La dama a su lado estaba perpleja.

—Bien. Comprendo que esto pueda ser repentino, pero ¿se quiere casar conmigo?

Como respuesta, ella le arrebató el vaso de limonada y se lo echó en la cara.

Quizás todo fuera más difícil de lo que se imaginó.

Capítulo 5

Desde hacía un tiempo, Charlotte se había acostumbrado a las noticias abruptas y emociones fuertes, por lo que era difícil sorprenderla o sacarla de quicio. No obstante, el conde de Leinster no solo había conseguido que se quedara estupefacta, sino que perdiera el control, cosa que nadie había logrado en los años que llevaba en sociedad.

Sin embargo, Charlotte se dijo que su conducta estaba perfectamente justificada. ¿Cómo se había atrevido ese hombre a insinuar que estaban comprometidos, y asegurar que harían el anuncio ese mismo día? ¿Acaso había perdido el juicio? Quizás el tiempo que había pasado sin aire lo había afectado de alguna manera.

Observó con fastidio que no parecía demasiado enfadado por la limonada que acababa de tirarle encima. Sacó de uno de sus bolsillos un pañuelo y empezó a secarse el cuello como si hubiera sido un simple accidente. Su parsimonia no hizo sino enfadarla más.

Echó un vistazo a la mesa, considerando la posibilidad de lanzarle otra.

—Yo que usted no lo haría —comentó él con tranquilidad—. Ya hay muchas personas observándonos.

Charlotte miró a su alrededor y enrojeció. Había varias miradas sobre ellos, algunas curiosas, otras reprobatorias, y algunas tantas divertidas. ¿Cómo había podido hacer semejante espectáculo en público? ¿Qué explicación daría cuando los impertinentes preguntaran? Quiso morir allí mismo.

—No te preocupes —dijo él como si leyera sus pensamientos—. Hay muchas razones por las que una dama querría atacarme, sobre todo usted. Es comprensible que esté molesta porque yo quiera anunciar nuestro compromiso cuando no cuento con el permiso de su padre.

—Yo no me voy a casar con usted —siseó, incrédula por qué todavía siguiera con el tema—. Ha perdido el juicio.

—Es probable —admitió él—, pero tengo mis razones. Al menos, permítame decirle por qué sería un matrimonio muy conveniente.

—Un matrimonio con usted jamás será conveniente —replicó ella con sarcasmo.

Imaginó la cara que pondría su padre si le dijera que se pensaba casar con el conde de Leinster. Su mala fama era tal, que el coraje mandaría a su progenitor a la tumba. No sabía que había impulsado al hombre a hacer semejante declaración, pero eso no iba a suceder jamás. Estaba desesperada, pero no hasta ese punto.

Por primera vez durante toda su conversación, él pareció disgustado. Arrugó el ceño y en ella leyó el desafío en sus ojos.

—Estoy seguro de que muchos podrían decir lo mismo de usted, querida dama. Pasa de los veinte años, es bonita, pero apuesto a que no tiene dote, y sus escapadas a los jardines oscuros de Vauxhall dejan mucho que decir sobre su pureza.

Charlotte gimió, horrorizada al saber que él la reconocía. ¿Cómo la había identificado? Estaba convencida de que la luz de aquel momento no permitió que le viera bien el rostro. Entonces...

—Su voz, querida dama, su voz. Es difícil olvidar una voz como la suya. Es dulce, melodiosa, pero cada frase que dice lleva implícita una orden o cierta odiosidad difícil de pasar desapercibida.

Charlotte no podía creerlo. El caballero más promiscuo de toda la sociedad, que no debía ni siquiera recordar el nombre de todas sus conquistas, la había reconocido por su voz, que, en opinión de Charlotte, no tenía nada de destacable. Podía ser odiosa y mandona en ocasiones, pero

a cualquiera que se le preguntase, diría que era una dama muy educada. No era su culpa que él sacase lo peor de ella.

Lo miró dubitativa, preguntándose qué haría con la información. El rumor de que estuvo en los paseos oscuros de Vauxhall la arruinaría, y aunque sería la palabra de un granuja contra la de ella y los condes de Rumagge, que sin duda la apoyarían, una mujer nunca quedaba bien parada cuando existía la posibilidad de que hubiera cometido una falta. A la sociedad le encantaba castigar, y no serían blandos con ella. Si él hablaba, las posibilidades de Charlotte de encontrar esposo bajarían definitivamente a cero.

—No estaba allí por las razones que usted cree —musitó, sabiendo que era inútil negarlo cuando su rostro había enrojecido.

—Ah, ¿no? Pero usted misma comentó que estaba esperando a alguien.

—Mentí —siseó ella a regañadientes—. Solo quería que me dejara en paz. Quise dar un paseo y me alejé demasiado. Cuando iba a regresar, vi a lord Lancaster, y me escondí para que no me reconociera. Después apareció usted y lo complicó todo.

—No tiene que darme explicaciones, no tengo moral para juzgar su conducta —dijo con burla—, pero agradecería entonces que usted no se llene de valores que tampoco posee y se atreva a juzgar mi idoneidad como pretendiente.

Charlotte apretó los dientes. ¡Ese hombre era odioso! No pensaba creer nada que no le conviniese.

—¿Y qué piensa hacer con la información? —cuestionó con desdén—. ¿Chantajearme para que me case con usted?

—Chantaje es una palabra muy desagradable, querida. Yo más bien pensaba proponerle un trato.

—Ah, ¿sí? —dijo arqueando las cejas con burla.

—Si lo analiza un poco, un matrimonio conmigo podría ser conveniente para ambos. Como sabe, soy un hombre que ama los placeres de la vida, y por lo visto, usted también. Como mujer casada, tendrá un poco más de libertad en todos los sentidos, y un marido comprensivo que no la reprenderá por sus aventuras, así como usted tampoco reprochará las mías.

Charlotte no pudo evitar soltar un bufido de incredulidad. Si toda la situación no le tuviera los nervios de punta, se habría echado a reír.

—No perderé el tiempo convenciéndole de que está equivocado, milord, porque ya veo que puede ser bastante irracional cuando le conviene. Crea lo que desee, pero su trato no me llama en lo absoluto la atención. Si me disculpa...

Se giró para marcharse, pero él le tomó suavemente del brazo para impedirselo. Charlotte entró en un dilema. Había muchas personas pendientes de ellos, y si no ponía fin a la conversación, no podría librarse de los rumores desagradables. Por otra parte, él estaba empeñado en retenerla, y tenía claro que al conde no le importaba armar escándalos si era necesario, y ella no necesitaba seguir llamando su atención.

—Es una propuesta importante la que te estoy haciendo, cariño. No deberías marcharte sin considerarla bien.

—No tengo nada que considerar —gruñó.

—¿Segura? Una solterona, aunque diga lo contrario, siempre quiere casarse, ya sea porque de verdad lo desea o porque lo necesita. Además, siempre hay razones específicas por las que sigue soltera y normalmente esas razones hace que un esposo sea aún más necesario. ¿Desea oír mis teorías respecto a su situación?

—Ilústreme —dijo con sarcasmo.

Él sonrió.

—No es usted una mujer fea, por lo que su falta debe estar sujeta a motivos mayores, como falta de dote, ¿o me equivocó?

Charlotte apretó los labios y la sonrisa de él se amplió.

—Además, mi hermano la ha llamado señorita, lo que significa que no tiene en su familia cercana títulos importantes que la hagan más deseable, como un conde, un marqués o un duque. Debe ser hija de un vizconde o un barón, o en el peor de los casos ninguno de los anteriores, sino de algún hijo segundo perteneciente a la baja nobleza. Quizás tuvo algún que otro pretendiente en sus primeras temporadas, pero cometió el error de desecharlos y con los años, ha perdido cualquier atractivo que pudo haber tenido.

En ese momento, Charlotte lo detestó. Para ser alguien tan despreocupado, tenía una mente muy hábil. Se negó a decir palabra, aunque el disgusto en su rostro debía de estar confirmándole su teoría.

—Entonces, una persona que se quedó sin esposo por no tener dote y ni familia influyente, necesita con desespero un marido que vele por ella y su familia, y, de ser posible, que aporte un poco de peso en su linaje. Mis finanzas y mi título te pueden dar eso, cariño.

Charlotte detestó el solo hecho de estar considerando la idea. Tenía muy claro que no se podía casar con ese hombre, pero sus argumentos eran tan persuasivos que no podía hacer menos que analizarlos con objetividad.

—Mi padre jamás aceptará esa unión —dijo abruptamente, alzando su mejor bandera.

Su padre, tenía que pensar en su padre. Más allá de lo que le convenía o no, tenía que pensar en cómo reaccionaría él. De nada servía arreglar su futuro casándose con ese hombre si mataba a su progenitor con la noticia.

—Sé que es imprudente recordárselo, pero como dijo mi hermano, estoy seguro de que ha superado la edad en la que necesita su consentimiento.

Ella le lanzó una mirada helada.

—No lo entiende. Decirle que me voy a casar con usted lo mataría. Tiene problemas del corazón, y siempre ha querido lo mejor para mí. Usted no entraría en esa categoría —espetó.

El semblante de él pasó de tener una expresión victoriosa, a una pensativa. Charlotte podía imaginarlo analizando toda su situación, e incluso atando cabos de cuáles eran las razones por las que seguía soltera.

—Un padre enfermo... —repitió, como si considerase la idea—. ¿Tiene hermanos?

—Uno pequeño —dijo con cautela.

—Por la forma en que lo dice, deduzco que este no tiene edad suficiente para hacerse cargo de lo que queden de sus bienes, él quedará bajo la custodia de algún otro familiar, y usted irá a de recogida a esa misma casa, o a otra.

Que le recordara su triste futuro empeoró su humor. Lo miró con desafío, advirtiéndole que se detuviera, pero ya debería saber que el conde no era un hombre prudente.

—¿No le gustaría quedarse con su hermano? Si tuviera un esposo, sería más factible que la custodia de este pasara a su marido. Además, ambos estarían protegidos. Considérelo, cariño. ¿Tantas ventajas no merece el riesgo de darle la noticia a su padre?

De nuevo, y de mala gana, Charlotte se encontró considerándolo. Un esposo. Eso era lo único que le había pedido a la vida desde hacía un tiempo. Había prometido que, de surgir la oportunidad, no sería tan quisquillosa, que la aceptaría sin dudarlo. Sin embargo, cuando la propuesta venía del conde de Leinster, cualquier recelo era solo sentido común. Estar al lado de ese hombre sería la desdicha de cualquier dama. Podía ser encantador, permisivo, pero también

era un canalla que no respetaría la sagrada unión del matrimonio. Desde hacía varios años, Charlotte había dejado de creer en un matrimonio como el de sus padres. Era consciente de que, si encontraba un esposo, este podría tener aventuras, quizás la tratara con condescendencia y en varias ocasiones ella tendría que controlar su temperamento para evitar discusiones. Pero el conde de Leinster... sería el hazmerreír de la sociedad con un esposo como él, que ni siquiera se molestaría en disimular sus amoríos. Además, su convivencia prometía discusiones incesantes. No sabía qué le pasaba con ese hombre, pero se le hacía muy complicado contenerse ante él. Cada vez que salía con una de sus tonterías, Charlotte quería replicarle. Su paciencia, por lo general alta, disminuía drásticamente en su presencia.

Ella temía el futuro que se le avecinaba si se casaba, pero temía más lo que le esperaba como la condesa de Leinster.

Además, toda esa situación no dejaba de ser extraña. Su propuesta de matrimonio había sido abrupta, sin ningún sentido aparente. Nadie en su sano juicio aceptaría algo semejante.

—¿Por qué? —preguntó, recuperando la calma. Al ver que él no entendía, se explicó—: ¿Por qué quiere casarse conmigo? O, mejor dicho, ¿por qué desea casarse? Todos saben que, hasta hace poco, no era su prioridad.

—Es complicado —dijo con cautela.

Pero ahora le tocaba a Charlotte indagar.

—¿Es por su hermano?

Aunque había estado demasiado perpleja para detallar su conversación, Charlotte había notado cierta tensión entre ambos. El señor Curtis parecía creer algo que el conde no se atrevió a desmentir, y las razones del engaño parecían estar relacionadas con el orgullo, porque recordaba haber escuchado el reto en la voz del señor Curtis, mientras que el conde se negaba a darla una satisfacción.

—¿Acaso importa?

—Decido ayudarlo porque se estaba ahogando y usted termina afirmando que anunciaremos un compromiso hoy. Quiere que ceda a ese compromiso, ¿y ni siquiera puedo saber por qué? —chilló, su voz aumentaba con cada palabra.

Él desvió la mirada, como si estuviera avergonzado. Era un sentimiento que costaba asociar a su descarada personalidad.

—Quizás mi hermano se estaba volviendo un poco insistente con el tema de que me casara, y para que me dejara en paz por un tiempo, me inventé que estaba en una relación secreta con una joven cuyo padre no aceptaba nuestra relación.

La mente de Charlotte fue uniendo lentamente los puntos, y cuando por fin logró encajar la historia en lo que había sucedido, lo observó con incredulidad.

—¿Me está diciendo que me propuso matrimonio solo para no quedar como un mentiroso frente a su hermano? —preguntó, atónita.

Todo no podía estar poniéndose peor. Como si las bases del matrimonio que le proponía no fueran por sí solas débiles, confesar que quería casarse solo para salvar su orgullo estaba a punto de derrumbar todo. El matrimonio no era una decisión que podía tomarse a la ligera. Aunque solía ser más ventajoso para las mujeres, el hombre estaba decidiendo quién sería su compañera de vida por siempre, la madre de sus hijos, la señora de su casa. Elegir a alguien al azar solo por un malentendido que le daba vergüenza aclarar le parecía absurdo.

—Sé que puede sonar irracional...

—Es irracional —interrumpió ella, aún incrédula—. Una tontería, una absoluta ridiculez. Está a punto de cambiar completamente su vida, y la mía también, por su maldito orgullo.

—¿Significa eso que lo está considerando?

Charlotte quería golpearlo.

—Significa que no pienso embarcarme en esta locura.

Dio dos pasos para encaminarse al salón de baile, pero la voz de él la detuvo en seco.

—¿Ni siquiera para salvarte a ti y a tu familia?

De nuevo la maldita duda. La propuesta de él, aunque absurda, era como su manzana de la tentación. Una parte de ella sabía que estaba mal tomarla, pero otra quería hacerlo, porque en el fondo era consciente de que era la única posibilidad que tenía para evitar la desgracia.

¿Pero era lo que le esperaba menos aterrador que la posibilidad de casarse con él? La balanza se inclinaba abruptamente hacia una u otra, sin conseguir el equilibrio. Intentaba evaluar todo con la mayor objetividad posible, pero no podía apartar de su cabeza la idea de que aceptar era una locura.

—Yo podría hablar con tu padre —insistió él—. Podría convencerlo de que me enamoré de usted y de que estoy dispuesto a cambiar. Puedo ser muy persuasivo.

Charlotte era muy consciente de eso último, porque incluso ella estaba dudando. Sin embargo, dudaba que su padre fuera tan débil. El hombre tenía una fuerte convicción en el amor, lo había experimentado, y dudaba que Leinster pudiera fingir bien algo que jamás había sentido. Vaya, ni siquiera estaba segura de que pudiera convencerlo de dejarle la custodia de su hermano a él. No lo culparía si creyera que lo iba a llevar por el camino del vicio y la perdición.

—Podría pagar los mejores doctores para su salud —dijo, quizás al ver su duda. Parecía desesperado—. Apuesto a que no tienen los recursos para tratarse como debería.

Era verdad. Con esfuerzo habían conseguido pagar buenos doctores, pero ni de lejos eran los mejores. Sin embargo, después de la muerte de su madre, Charlotte sabía que ni las excelencias en medicina podían hacer frente a la muerte cuando esta había decidido una víctima, y temía que ya había anotado a su padre en la lista.

Solo de pensarlo le dieron ganas de llorar. Él y su hermano era lo único que le quedaba, y pensar en perderlo despertaba emociones difíciles de controlar. Lo observó con odio por haberle hecho recordar su triste realidad. Él, al parecer consciente de que había cometido un error, retrocedió con cautela.

—Perdone —musitó, aunque estaba segura de que ni siquiera sabía por qué se estaba disculpando. Había sido una respuesta instintiva a una mirada acusatoria.

Ella negó con la cabeza. Se giró, pero le costó dar un paso para avanzar. No sabía si era por la duda que aún estaba sembrada en su alma o porque el peso de la tristeza le había paralizado los músculos.

—¿No cree que él sería feliz si supiera que se va dejándola a usted en buenas manos? —dijo en voz baja, con cautela.

Ella se rio con sarcasmo y ni siquiera se giró.

—Volvemos a lo mismo, no creo que considere que casarme con usted sea dejarme en buenas manos.

—Le propongo algo. Déjeme anunciar el compromiso. Yo convenceré a su padre de que puedo ser un buen partido. Si no lo logro, no tiene que casarse conmigo.

Había terminado de volverse loco.

—Porque romper el compromiso no será un escándalo.

—Podría ser ventajoso para usted.

Y lo dijo tan convencido que no pudo hacer otra cosa que preguntar:

—¿Por qué?

—Debe ser usted una dama muy interesante si consiguió que planteara dejar mi vida de libertino y llevarla al altar, ¿no cree? Si al final no se da el matrimonio, es porque no quiso casarse sin el consentimiento de su padre, pero usted habrá logrado una hazaña, y los demás querrán saber cómo lo hizo.

Charlotte lo consideró. Su argumento era tan irracional como lógico. Una apuesta arriesgada. Podía suceder tal y como dijo, o podía sumergirla definitivamente en la ruina. Pero ¿qué tan mala podía ser la ruina cuando no tenía nada? Su padre se estaba muriendo, no tenían dinero y ella y su hermano tendrían que vivir varios años de la caridad de su tío. Charlotte había querido convencerse de que aún podía obtener una propuesta de matrimonio decente, pero lo cierto es que esa repentina petición del conde de Leinster era lo más cercano que tendría a una posibilidad de matrimonio. Y si él no lograba convencer a su padre —cosa de la que Charlotte estaba completamente segura—, aún podía arriesgarse a que la ruptura del compromiso la volviera interesante a ojos de otros pretendientes.

«Yo también he perdido el juicio», se dijo. Había ido esa noche a una velada en la que planeaba que sucediera lo de siempre, y en su lugar estaba a punto de aceptar el anuncio de un compromiso.

Pero hasta el momento, ser racional no la había ayudado en nada, así que....

—Está bien, milord. Acepto el trato. Anuncie el compromiso, y si mi padre lo acepta, me casaré con usted.

Él sonrió como un niño que había ganado una carrera. A Charlotte sus propias palabras se le hicieron extrañas. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había tomado una decisión impulsiva, que no las reconocía como parte de ella.

—Excelente, señorita... Disculpe, ¿cuál es su nombre?

Charlotte tuvo que hacer un esfuerzo para no reír como una histérica.

—Mirren. Charlotte Mirren.

Y esperaba no arrepentirse de esa locura.

Capítulo 6

Gregory se estaba arrepintiendo de esa locura. Al ver a la anfitriona mandar a detener la música para pedir silencio, sintió que un sudor frío empezaba a bañarle la piel, y un nudo en la garganta le dificultaba la respiración. Con nerviosismo, intentó aflojar el nudo de su lazo, pero sabía muy bien que ese no era el problema.

Estaba a punto de hacer un anuncio de compromiso público. ¿Qué estaba pensando?

La racionalidad lo golpeó como un balde de agua fría y empezó a temblar. Su libertad. Su adorada libertad. ¿De verdad estaba a punto de comprometerla por una estúpida mentira?

Miro al frente. Los invitados empezaban a congregarse frente a la tarima. Y los miraban con curiosidad. Su hermano estaba en primera fila con una sonrisa satisfecha. Gregory era consciente de que él sabía que le había mentido desde el principio, y debía de estar preguntándose de qué artimañas se había valido para convencer a la joven a su lado de que aceptara esa locura. Como fuera, tampoco era que le importara. Él solo quería que su hermano se casara, y estaba a punto de conseguirlo.

Echó un vistazo a la señorita que estaba tras de él. Era baja por naturaleza, pero por la forma en que agachaba la cabeza, daba la impresión de que quería hacerse aún más diminuta. Se había escondido casi completamente a sus espaldas, y se preguntó si no reflexionaría en el último momento y se negaría a que anunciara el compromiso.

Gregory casi que lo deseaba. De hecho, estaba a punto de reflexionar él también. Una boda, pero ¿cómo se le había ocurrido? No podía imaginarse casado, ni aunque llegara a un acuerdo con su esposa, cosa que, cabía acotar, no estaba tan seguro de lo que pudiera hacer. Echó un vistazo de nuevo a la mujer que cada vez retrocedía más. Al principio había estado seguro de que era una solterona que había decidido probar los placeres de la vida, pero con esa pequeña charla que tuvieron, en la que su costoso traje terminó lleno de limonada, no dudaba que sus impulsos emocionales bien podían haberla hecho terminar en los jardines oscuros por razones muy diferentes a las que le hubiera dicho en aquel momento.

Lo que le faltaba era terminar casado con una virgen. Que Dios se apiadara de él.

—Todavía podemos arrepentirnos —musitó ella a sus espaldas.

Miraba con nerviosismo al frente, específicamente a una pareja que observaba la situación con extrañeza. Si mal no recordaba, eran los condes de Rummage.

Él estaba a punto de tomarle la palabra, pero la mirada burlona de su hermano hizo flaquear a su sentido común. Gregory siempre era reticente a darle la razón.

Se dijo que comprometerse no significaba casarse. Ni siquiera estaba seguro de que pudiera convencer al padre de la joven respecto a ese matrimonio. Quizás, el compromiso aplacara a su hermano, y después podría decir que no pudo obtener el consenso del jefe de familia, y por ende, ella no quería continuar con el compromiso. Sí, esa era una buena opción por el momento.

—Creo que es muy tarde —dijo.

Y efectivamente, lo era. Ya la multitud se había congregado frente a la tarima y la anfitriona acababa de pedir silencio. Todos los observaban.

Gregory se aclaró la garganta.

—Gracias, lady Bristol, por permitirme hacer un anuncio tan importante en su fiesta —dijo, esperando que su voz no sonara temblorosa.

—Oh, Dios mío. —La escuchó musitar a ella. Por su bien, decidió ignorarla. O él también empezaría a preguntarle a Dios qué estaba haciendo.

—Quizás a muchos les sorprenda el anuncio que voy a hacer a continuación. —A él también le sorprendía—. Pero desde hace un tiempo —una media hora—, esta hermosa dama y yo hemos compaginado nuestras formas de ser. Jamás había pensado en casarme —y todavía le parecía una locura—, pero ella ha hecho que tenga una nueva perspectiva al respecto. Por eso, estoy encantado —y aterrado— de anunciarles mi compromiso con la señorita Charlotte Miller.

—Mirren —siseó ella a sus espaldas, seguido de un tirón de su manga—. Mi apellido es Mirren.

—Charlotte Mirren —se corrigió rápidamente—. Discúlpame, querida. Estoy tan emocionado por nuestro compromiso que ya ni siquiera soy capaz de pensar con claridad. Eso es lo que tú causas en mí.

Esbozó una sonrisa encantadora que ella no le devolvió. Los aplausos empezaron al escucharse, al principio no muy alto, como si las personas aún lo estuvieran procesando, pero después, los vítores llenaron todo el salón. El primero en llegar hasta ellos fue George, junto con su esposa. Nunca le había visto una sonrisa tan amplia.

—Felicidades, hermano. Admito que jamás creí que viviría para ver este día.

Él tampoco.

—Ya ves —dijo Gregory con fingido ánimo—. Te dije que no era un caso perdido.

Aunque sin duda, estaba perdido en ese momento. ¿Qué se suponía que haría de ahora en adelante? Estaba comprometido.

Comprometido.

La sola palabra le causaba un sarpullido de temor por todo el cuerpo.

—Me da curiosidad saber cómo este granuja logró conquistarla, señorita Mirren —indagó con una sonrisa maliciosa que Gregory quiso borrarle con un golpe.

La señorita Mirren, que parecía muy concentrada observando a los condes de Rummage, parpadeó y lo miró como si no hubiera entendido la pregunta. George hizo ademán de repetirla, pero ella por fin logró atar cabos.

—Oh, le sorprendería saberlo.

—Queremos escucharlo, ¿no es así, Anabelle?

Su cuñada fue más prudente. Esbozó una sonrisa amigable y compasiva.

—Sí, pero no la obligaremos a contárnoslo si no lo desea.

Lanzó una mirada de advertencia a George y este terminó cediendo. Jamás había sido de los que molestaba a los demás, así que no estaba en su naturaleza incomodar a una dama. Ese era el don de Gregory.

—Oh, no hay mucho que decir. Me envolvió con sus... palabras y yo confío en que sean sinceras.

La naturalidad con la que lo dijo, sumado a la advertencia implícita, lo sorprendió. Sin duda, era una mujer que había aprendido bien el arte de desenvolverse en sociedad. Sabía manejar situaciones complicadas a la vez que parecía amable y no se dejaba amenazar. Si Gregory quería consolarse con algo, sería una buena condesa. Aunque conseguirlo jamás le había importado en lo absoluto.

—La palabra de un caballero es sagrada, incluso la de mi hermano. —George lo miró, quizás esperando que replicara, pero Gregory permaneció en silencio—. Señorita Mirren, tengo entendido que su padre no aprueba esta relación.

—Si se entera de este anuncio, se disgustará muchísimo —dijo. El miedo en su voz era evidente. Parecía estar maquinando cómo sobrellevar la situación.

—Como le dije, yo puedo acompañar a mi hermano a hablar con su padre.

—No necesito tu ayuda para convencerlo —espetó Gregory.

Al principio, no había tomado muy en cuenta su ofrecimiento, pero lo cierto era que con el humor que tenía en ese momento, le molestaba bastante. Sabía que George no lo consideraba capaz de muchas cosas; sin embargo, era su hermano menor, no tenía que dar siempre la cara por él. Gregory era perfectamente capaz de acercarse al padre de la señorita Mirren y pedir su mano, a la vez que rezaba por que no se la diera.

—Pero...

—Creo que será mejor visto si voy yo solo, después de todo, soy el que pretende a la dama.

George era lo suficientemente prudente para no insistir. También conocía hasta qué punto podía o no llevarle la contraria a Gregory, y por el tono de este, comprendió que era mejor no seguir. A fin y al cabo, ¿por qué lo haría? Ya había conseguido lo que quería.

—¿Te parece si visito mañana a tu padre, Charlotte?

El uso de su nombre la sobresaltó. Lo miró de forma acusatoria, pero él se limitó a sonreír. Si quería hacerle creer a su hermano que esa falsa era real, tenía que sacar sus mejores cartas y hacer la situación lo más verosímil posible. Si llevaban tiempo amándose en secreto, ¿por qué no llamarla por su nombre?

—Por supuesto, *milord*. —El énfasis en la última palabra era su modo de retarlo. A Gregory le pareció divertido—. Lo esperaremos a la hora del té.

—Si necesitas ayuda, sabes que puedes contar conmigo —dijo George y Gregory asintió. Su hermano le sonrió a Charlotte—. Querida dama, estoy muy feliz de que vayas a formar parte de esta familia. No exagero si digo que eres la salvación de mi hermano.

Gregory contuvo un bufido; Charlotte esbozó una sonrisa tensa.

George tomó la mano de la dama y le dio un beso de despedida. Anabelle murmuró unas palabras corteses y ambos se marcharon.

—No entiendo por qué está empeñado en mentirme —musitó ella mientras los observaba marcharse—. Me parece que es un caballero agradable y razonable.

—No lo entenderías.

A ella no le gustó su respuesta, pero no replicó. No era que Gregory tuviera intención de ser grosero, pero temía que si le explicaba a alguien más cómo había terminado en esa situación, sonara tan absurdo que él mismo se arrepintiera más de lo que ya lo estaba.

—¿De verdad irá a hablar mañana con mi padre?

—¿Hay algún inconveniente?

Ella se mordió el labio. El gesto apenas era notorio, pero dado que Gregory tendía a fijarse con frecuencia en sus labios, porque le costaba olvidar el beso que se dieron, se percató de ellos, y sus instintos más lujuriosos le pedían ser él quien lo tuviera entre sus dientes.

Se dijo que, al menos, algo bueno podría salir si ese matrimonio se daba, y era una esposa que le parecía muy apetecible.

—No. Solo... no sé ni cómo voy a plantearle el tema.

Ella parecía de verdad muy preocupada por eso. Gregory se dijo que tenía que investigar sobre su padre. Aunque tenía miedo de que el hombre aceptara su propuesta y le costara más salir del problema en el que se había metido, tampoco quería causarle un disgusto que lo mandara a la tumba. Ya tenía demasiados problemas encima para agregarle el peso de una muerte, y romper un compromiso mientras ella estaba de luto sería considerado de mal gusto, por lo que posiblemente estaría un año entero lidiando con ese problema.

—Me tengo que ir —dijo, mirando fijamente hacia los condes de Rummage, que

caminaban hacia ellos con premura—. Nos... nos vemos mañana, supongo.

Lo dijo como si aún no pudiera creérselo, y Gregory no la culpaba.

Ciertamente, Charlotte no podía creérselo.

Mientras caminaba hacia los condes, a quien tendría que darles muchas explicaciones, se preguntó en qué problema acababa de meterse. Se había comprometido, y no con cualquiera, sino con el mayor libertino de la alta sociedad. No era la primera vez que tomaba una decisión impulsiva, pero sin duda, sí era su acción más insensata.

Escuchaba a las personas murmurar a su alrededor. Ni siquiera se atrevían a felicitarla porque lo más probable era que quisieran darles las condolencias. Muchas mujeres luchaban por obtener la atención del conde, pero aquellas que lo hacían, sabían que obtendrían una diversión temporal. En realidad, pocas de ellas querían ser su esposa. Nadie quería casarse con un hombre cuya fidelidad, y sobre todo discreción, se ponía en duda.

Y ella acababa de comprometerse con él.

Ni siquiera estaba segura de que, de romper el compromiso, ganara algo. Con la suerte que tenía, solo conseguiría el repudio absoluto de la sociedad.

—Charlotte —dijo lady Rummage cuando estuvo lo suficientemente cerca para que la oyera. Le tomó las manos—. Querida, ¿qué ha sido todo esto?

Lord Rummage, un hombre de complexión delgada y aspecto intelectual, la observó con interés.

—No lo esperábamos —dijo el conde—. Ni siquiera sabíamos que te cortejaba.

—No lo hacía —dijo Charlotte con un suspiro cansado. Miró a su alrededor—. Podemos irnos, por favor. Les contaré todo en el camino.

Lady Rummage, una mujer perspicaz, entendió con rapidez y asintió. Una vez en el carruaje, recostó la cabeza en el hombro de la dama. Con frecuencia, no sentía la confianza necesaria para ese tipo de gestos, pero ese día estaba de verdad muy cansada.

—Querida, estamos muy confundidos. Cuéntanos qué pasó, por favor.

Y Charlotte le contó todo, desde cómo había intentado salvarlo hasta el anuncio del matrimonio. Mencionó incluso las razones que tenía para casarse antes de que su padre pasara a mejor vida, y le relató cómo el conde había logrado convencerla. El único detalle que se guardó fue su encuentro en Vauxhall. Cuando terminó, los condes la miraban con estupefacción. Lord Rummage fue el primero en hablar.

—Sin duda, no era lo que nos esperábamos —dijo con cautela, porque, ante todo, era un hombre prudente.

Su esposa, en cambio, tenía más confianza para opinar.

—Oh, Charlotte. ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo has podido aceptar una propuesta tan descabellada, que ni siquiera está basada en el amor, sino en una mentira?

—No me regañe, lady Rummage —musitó Charlotte con la cara oculta entre sus manos por la vergüenza—. Me dejé envolver por sus palabras, y me pareció una buena idea.

Pero pasado el momento, veía con más claridad que había tomado una decisión horrible. Su padre jamás aceptaría ese matrimonio, el compromiso se rompería, y ella quedaría en la ruina. Y si se casaba con él en contra de la voluntad de su progenitor, le causaría un disgusto peligroso.

Había cavado su propia tumba.

—Puede que Leinster tenga razón —comentó lord Rummage de improviso—. Un compromiso entre ellos puede hacer que los caballeros se fijen en ella por curiosidad.

—Daniel, es una apuesta arriesgada y lo sabes. Uno nunca sabe cómo reaccionará la sociedad. Además, ¿qué sucederá si tu padre acepta ese matrimonio? Le prometiste que te

casarías con él si era así.

Charlotte hizo un gesto con la mano para descartar la idea.

—No lo hará. Padre quiere otra clase de hombre para mí.

—Pero Leinster puede ser muy persuasivo —insistió la condesa.

—Además, John...

Lo que fuera que el conde iba a decir, fue reprimido debido a la mirada de advertencia de su esposa. En otra ocasión, Charlotte habría sentido curiosidad, pero estaba demasiado inmersa en su problema para ponerse a pensar en ello. ¿Y si su padre de verdad aceptaba? ¿Tendría el valor de casarse con el conde?

Quiso creer que la situación no llegaría tan lejos. Aunque no se lo dijo, Charlotte sabía que él también se estaba arrepintiendo de su decisión impulsiva. Había dicho que iba a hablar con su padre, y quizás lo haría solo para que su hermano no sospechara, pero dudaba que pusiera mucho esfuerzo al respecto.

No, no habría boda. Tenía que tranquilizarse. Si todo salía bien, cuando rompiera ese compromiso, tendría otro pretendiente que pudiera salvarla de su triste destino, a ella y a su hermano. Y si no... Tendría que prepararse para ser la esposa del conde de Leinster.

Capítulo 7

—Lottie, ¿qué sucede, cariño? Te noto algo... inquieta —dijo el vizconde, que observaba desde la cama como Charlotte iba de un lado a otro. Según ella, estaba arreglando cosas, pero su padre la conocía demasiado bien para creérselo.

—Nada, padre. Estoy bien.

—Ha estado así toda la mañana —la acusó Hector, que estaba sentado en la pequeña mesa ubicada en la mitad de la habitación. Como los movimientos de su padre estaban limitados, ambos hermanos almorzaban para que no se sintiera solo. Siempre habían sido una familia unida, y no estaban acostumbrados a que faltara uno en la mesa, aunque en los últimos años el destino estuviera empeñado en distanciarlos.

Miró a su hermano con molestia, pero este se encogió de hombros y jugó con los restos de comida en el plato.

Todavía no había encontrado la manera de decirle a su padre que el conde de Leinster iría a verlo ese día a la hora del té, y casi no le quedaba tiempo. No obstante, aunque había pasado toda la noche pensándolo, Charlotte no encontraba manera de comunicar la noticia sin que su progenitor sufriera un disgusto. Una parte de ella estaba rezando porque el conde de Leinster no apareciera y se hubiera arrepentido de esa locura. Se había metido en un problema gigante.

—Si sucede algo, Lottie, puedes decírmelo. Puede que no esté en mi mejor forma, pero te aseguro que este viejo aún es capaz de velar por su familia —dijo el hombre con absoluta seriedad.

Charlotte sintió que la invadía una ola de ternura hacia su padre. Ella jamás podría quejarse de él. Cuando lo había necesitado, el vizconde siempre había estado allí, ya fuera para apoyarla, decirle alguna palabra amable o reprenderla de ser necesario. Había tenido el padre que muchas soñaban, y verlo dispuesto a luchar incluso en su estado hacía que quisiera abrazarlo y mantenerlo sujeto para siempre, de tal forma que nunca pudiera separarse de ella.

—No sucede nada... bueno, nada malo —dijo con cautela.

Aunque eso último claramente dependía desde que perspectiva se viera. Casarse con un conde era bueno. Casarse con el conde de Leinster podría ser objeto de debate.

Se acercó a su padre y se sentó a su lado en la cama. Empezó a jugar con la falda de su vestido.

—Padre, ¿qué opinaría de que yo me comprometiera? ¿Lo aprobarías?

Su padre la miró con suspicacia.

—Qué pregunta es esa, Lottie. Sabes que, mientras se trate de un buen hombre que te ame tanto como yo, daré mi consentimiento encantado.

Charlotte se mordió el labio. Convencer a su padre de que el amor no era tan importante en momentos tan críticos como ese sería una pérdida de tiempo, así que prefirió no caer en una discusión. En cambio, meditó sus palabras. ¿Qué podía decirle?

Consideró la posibilidad de contarle la verdad. Podía decirle que había cometido una imprudencia, y que necesitaba que él la ayudara para salir de ella. No obstante, no solo le parecía deshonesto con el trato que había hecho con el conde, sino que también era consciente de que había ido muy lejos para echarse para atrás.

Durante la noche, había pensado con detenimiento su nueva situación. Un compromiso oficialmente anunciado era algo muy serio, y romperlo podía traer consecuencias graves. Quizás, el conde tenía razón y tendría más pretendientes después, pero otro compromiso tomaría tiempo, y si su padre moría antes de eso, el año de luto haría que cualquiera que pudiera tener interés en

ella lo perdiera. Su situación sería igual o peor que antes. Aunque no quisiera admitirlo, el conde era lo más seguro que tenía en ese momento.

Si ese matrimonio era más conveniente que la soltería, todavía estaba en debate. Pero Charlotte no había tenido tiempo de llegar a una conclusión, así que actuaría como había prometido: le diría a su padre de su decisión y esperaría que el conde hiciera lo demás.

—¿Alguien te está cortejando, Lottie? —preguntó Hector, mirándola con ojos esperanzados.

Su hermano nunca se lo había dicho directamente, pero al ser consciente de la situación, también esperaba en secreto que ella se casara. Cuando la veía arreglarse para una velada, solía comentar que seguramente algún caballero quedaría encantado con su belleza y le propondría matrimonio, y que, si sucedía algo, podrían irse a vivir con él.

A Hector tampoco le agradaba el tío Roger, y no quería terminar en su casa.

—Podría decirse que sí —musitó con una mueca. Cortejo o compromiso, a quién le importaban las diferencias. Su padre arqueó las cejas, esperando más información—. Padre, alguien quiere hablar contigo hoy a la hora del té. ¿Crees que podrías recibirlo?

Su padre abrió los ojos, sorprendido.

—Lottie, ¿cómo me vas a decir eso a esta hora? —Tocó la campanilla que estaba a su lado, colgada en la pared, para mandar a llamar a su ayuda de cámara—. Faltan solo dos horas y necesito arreglarme. Dime, ¿quién es el joven con tan buen gusto de fijarse en ti?

Ella se sonrojó y bajó la mirada. Era incapaz de decirle el nombre.

—Es un conde —respondió, evasiva—. Sería un matrimonio muy conveniente.

O eso esperaba.

El vizconde arrugó el ceño.

—Pero ¿te agrada?

Lo detestaba. Sin embargo, se cuidó mucho de que su rostro no lo mostrara.

—Tengo sentimientos muy fuertes por él.

El desagrado era uno.

Su padre la miró, dubitativo.

—Solo, recíbelo y dale una oportunidad, ¿está bien?

El vizconde asintió. En ese momento, tocaron la puerta. El ayuda de cámara se presentó para ayudar a su señor. Hector salió inmediatamente de la habitación, pero cuando Charlotte iba a hacerlo, su padre le tomó la mano.

—Lottie, sabes que quiero que seas feliz, como lo fuimos tu madre y yo.

—Lo sé, padre.

—No quieres casarte solo por interés, ¿verdad?

Ella quiso desviarle la mirada, pero supo que, si lo hacía, su padre sabría la verdad, y eso no podía suceder. Aunque le dolía en el alma mentirle, le dijo:

—No, padre. No es el caso.

Su padre asintió, más tranquilo. Charlotte sintió un nudo en la garganta. Sabía cuánto le dolía a su padre no haber podido darle la seguridad que se merecían, y ella no contribuiría con ese peso.

—Entonces ve tú también a arreglarte. Si de verdad quieres a ese hombre, y él te quiere a ti, yo lo trataré como si fuera de mi familia.

Charlotte suspiró y se marchó antes de que pudiera hacer o decir algo que la delatara.

Tratarlo como si fuera de la familia. El conde tendría suerte si su padre no le tiraba un guante en la cara por atreverse a cortejar a su hija favorita.

Se avecinaba un momento difícil y decisivo en su vida.
No estaba en lo absoluto preparada.

Gregory estaba sentado en uno de los sillones de la linda sala que usaban los Mirren para tomar el té. El lugar evidenciaba cierto deterioro en los muebles y las paredes, signo de la precaria economía familiar, pero la decoración era tan cálida y agradable que los otros detalles pasaban desapercibidos. El salón había sido definitivamente intervenido por una mano femenina a la que le gustaba mucho lo que hacía, pues cada rincón daba la sensación de que se encontraba más que en una casa, en un hogar.

—Me gusta este sitio —dijo George, sentado a su lado.

Gregory lo ignoró, tal y como había hecho durante todo el trayecto hacia esa casa. No obstante, al igual que antes, su silencio no hizo más que causar una sonrisa en su hermano.

George se había aparecido en su casa hacía dos horas, y había insistido en acompañarlo para hablar con el padre de Charlotte. Gregory se había negado afanosamente, hasta que su hermano soltó las palabras que sabía que él no podría refutar:

—No entiendo por qué te niegas. Si de verdad quieres obtener la aprobación del padre de la joven, yo puedo ser de ayuda. A menos que no tengas la mínima intención de convencerlo...

Y así había terminado montado en su carruaje.

Gregory sabía que no iba a descansar hasta verlo en el altar, y se estaba resignado a ello.

«Es todo por tu culpa», se dijo. Su maldito orgullo lo había metido en ese problema, y era el mismo el que le impedía confesar todo y salir de él.

Temía muchísimo la conversación con el vizconde. Charlotte estaba segura de que su padre no aceptaría, pero George tampoco aceptaría un no por respuesta. Su hermano podría ser muy persuasivo, y una vez consiguieran la aprobación del patriarca de la familia, romper el compromiso sería más complicado, pues no habría ninguna excusa válida.

«¿De verdad estás dispuesto a seguir con esto?», le preguntó la voz de la razón.

Lo lógico sería decir que no, pero ya había llegado demasiado lejos para que eso fuera tan fácil, y George lo sabía. Incluso para él sería bajo huir en ese momento, a pesar de que era lo que más deseaba.

Se escucharon pasos acercarse a la puerta, y ambos se levantaron esperando recibir a sus anfitriones. Charlotte apareció de la mano de un hombre que, aunque Gregory sabía que no era tan mayor, lo parecía. Tenía los cabellos canos, y estaba flaco y sin color. Aun así, hacía lo posible por mostrar un porte erguido, y tenía una gran sonrisa en su rostro que desapareció en cuanto vio a Gregory. Observó a Charlotte, pero esta miraba a George con el ceño fruncido. Al menos alguien estaba tan disgustado como él de que su hermano estuviera allí.

—Lottie —dijo el vizconde, mirando a su hija con extrañeza—, ¿es lord Leinster el caballero que me mencionaste?

Charlotte esbozó una sonrisa temblorosa y asintió. El vizconde no parecía en lo absoluto contento, y eso le dio esperanzas a Gregory.

—Lord Hereford —dijo Gregory con amabilidad, porque no quería que su hermano lo acusara de no haber hecho el intento—. Me alegro de que haya podido recibirme.

El vizconde inclinó la cabeza y le hizo un gesto para que tomaran asientos. Los caballeros esperaron hasta que Charlotte se sentó, justo en el mueble frente a ellos.

—Es toda una sorpresa tenerlos aquí, Leinster, señor Curtis —musitó sin mucho ánimo.

Sonaba cansado, muy cansado, como si acabara de realizar un gran esfuerzo físico. La noche anterior, Gregory se había tomado la molestia de investigar un poco sobre él. Al parecer, padecía un mal incurable del corazón que amenazaba con matarlo en cualquier momento.

Algunos decían que no había podido soportar la muerte de su esposa, y la tristeza había terminado por enfermarlo. En cualquier caso, Gregory tenía que cuidar bien sus palabras. Prefería no cargar en su conciencia si le pasaba algo.

—Milord, supongo que la señorita Mirren le habrá comentado sobre el motivo de nuestra visita —dijo George, siempre hablando sin que lo llamaran.

El vizconde miró a su hija con pesar.

—Lottie, por favor, dime que no es verdad que estás considerando a este hombre como esposo.

Gregory enderezó los hombros, indignado. Aunque había esperado el rechazo del vizconde, no imaginó que llegara a ser tan grosero. Su ego gritó, herido. Sí, comprendía que, dada su reputación, no era el partido más destacable, pero ellos no estaban en circunstancias para ser exigentes.

—En realidad... —musitó ella, sin saber qué decir.

Por un momento, Gregory temió que confesara toda la verdad. Parecía muy nerviosa. La falda de su vestido estaba arrugada por los constantes apretones al que la tenían sometida sus manos, y su mirada esquivaba la de su progenitor como un pajarillo que se sentía culpable. Comparada con la mujer que el día anterior le había lanzado una limonada encima, y que se atrevió a decirle en Vauxhall que sus besos no eran increíbles, ese era un pobre cervatillo asustado que solo deseaba huir.

Ella tampoco había medido las consecuencias de ese compromiso, y se preguntaba si aún podía salvarse.

De ser la situación menos crítica, Gregory se habría reído.

Su hermano le dio un codazo, y Gregory lo miró. George señalaba con la barbilla a padre e hija, quería que dijese algo, pero Gregory no estaba seguro de qué, y tampoco quería complacer a su hermano en caso de que lo supiera.

¿En qué maldito lío estaba metido? A lo mejor, él también debería confesar todo en ese mismo momento. Tomó la taza de té que los sirvientes habían traído antes de que sus anfitriones entraran y la utilizó como excusa para no hablar. George no se dio por vencido.

—Las intenciones de mi hermano son serias, milord. Quiere casarse con la señorita Mirren.

Gregory casi se ahoga con el té mientras Charlotte miraba a George con enfado. Estaba convencido de que la única razón por la que su hermano no tenía el traje bañado en té en ese momento era porque la presencia del vizconde hacía que la dama contuviera mejor sus impulsos.

—No —dijo el vizconde con rotundidad.

Charlotte y él exhalaban el aliento contenido. Bien podían ser dos adolescentes que se habían metido en un problema y esperaban que el adulto se los solucionase sin tener que decirle la verdad. Cosa que era cierta. Habían anunciado un compromiso de forma impulsiva, y la única excusa que tenían para romperlo era el rechazo de ese hombre.

—Lottie —dijo el hombre mirando nuevamente a su hija—. No pudiste haberte enamorado de un hombre como él.

El comentario fue otro golpe a su ego, pero este dolió más que el anterior, porque había tocado una herida que su hermano ya se había encargado de abrir varias veces. Que no pudo haberse enamorado de un hombre como él. ¿Por qué? Gregory podía no ser perfecto, pero no entendía por qué todos creían que no merecía ser amado.

Lanzó al vizconde una mirada furiosa.

—No es tan imposible como cree —replicó con sarcasmo.

Se ganó un codazo discreto de su hermano y una mirada enfadada de ella. No le importó. El vizconde se fijó en él. Su respiración había empezado a acelerarse.

—Tú, canalla, jamás podrías hacer feliz a mi Lottie. ¿Crees que no sé la reputación que tienes? Le amargarás la vida con tus... aventuras —dijo.

—Padre, por favor, cálmate —pidió ella, al notar el estado del vizconde.

Gregory también se preocupó. Parecía muy agitado.

—Jamás consentiré que te cases con mi hija. Ella se merece a alguien que la ame de verdad.

Charlotte bajó la cabeza. Gregory no sabía si estaba avergonzada por las palabras de su padre, o quizás se lamentaba por lo que ya no se podía permitir tener. El vizconde era un hombre idealista, que había vivido un matrimonio excelente y creía que todos debían ser iguales. Gregory tenía otra perspectiva de la vida y, por lo visto, Charlotte también había tenido que aprenderla.

Sintió cierta empatía por ella.

—Mi hermano la ama. Ellos se aman. ¿No es verdad, Gregory?

Gregory miró a George con hastío. No era un buen momento para sacarle a colación lo que claramente sabía que era una mentira. Por primera vez, Gregory no tuvo el valor de seguir insistiendo. Por ello, se sorprendió cuando Charlotte dijo:

—Sí, es verdad. Nos amamos.

No lo miró a él cuando lo dijo, sino a la puerta. Gregory siguió su mirada, pero no encontró nada. Supuso que simplemente no se atrevía a fijar la mirada en nadie.

Se preguntó qué la habría hecho mentir de esa manera. Era evidente que quería a su padre, y que engañarlo le dolía. También era consciente de que, hasta el día anterior, no estaba en lo absoluto convencida de esa boda, por lo que el motivo por el que pudo haber cambiado de opinión le generaba curiosidad.

—Soy consciente de que Gregory no tiene buena reputación —continuó George, porque simplemente no podía quedarse callado—. Sin embargo, el amor hace cambiar a las personas, o no, ¿lord Hereford?

Había algo en la forma en que lo dijo que hizo que el vizconde se enderezara y desviara la mirada. Gregory observó a su hermano con una ceja arqueada, pero este le guiñó un ojo y continuó.

—Una vez escuché de un caso, hace muchos años, de un hombre que era muy popular entre las damas, pero ninguna lograba llevarlo al altar. Un día, se enamoró, se casó con la dama, y le fue fiel a su esposa hasta sus últimos días. ¿Conoce esa historia, Hereford?

El relato de George también había captado la atención de Charlotte, que miraba a su padre con curiosidad.

—Padre...

El hombre se levantó con brusquedad, haciendo que todos lo imitaran. Intentaba mantener el porte erguido a pesar de que apenas lograba mantenerse de pie. Suspiró con resignación.

—Si mi hija te ama, y tú estás dispuesto a respetarla y serle leal... —Calló un momento, como si le costara pronunciar las palabras que tenía en la mente—. Si es así, tienes mi aprobación para este matrimonio.

Gregory y Charlotte observaron al vizconde con incredulidad.

—Pero si llego a enterarme antes de la boda que sigues por el mal camino, ten por seguro que no dudaré en oponerme. Y si aún después de casado sé que le estás haciendo daño, la alejaré de ti, no importa lo que me cueste.

La solemnidad con la que lo dijo consiguió que Gregory se estremeciera. No dudaba que ese hombre mataría por su hija, a pesar de que su apariencia débil y respiración forzada podían hacerlo ver poco intimidante.

—Padre, será mejor que descanses. Permíteme llevarte a tu habitación.

Él asintió.

—Continuaremos esta conversación luego —le dijo al conde.

Mientras caminaba hacia la entrada, Charlotte lo miró, y él entendió que quería que lo esperara allí. Una vez desaparecieron de su vista, Gregory encaró a su hermano.

—¿Qué fue lo que le dijiste?

—Nada relevante. Solo le refresqué la memoria sobre su pasado. Ese hombre, aunque hoy parezca muy moralista, no era demasiado diferente a ti en su juventud.

Gregory se sorprendió. No se imaginaba al amoroso vizconde siendo un libertino, ni siquiera en sus mejores años. Si algo había escuchado mientras preguntaba por él la noche anterior, era del amor incondicional que le tuvo a su esposa hasta sus últimos días.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Uno se entera de muchas cosas preguntando a las personas adecuadas. ¿Ves por qué era necesario que te acompañara? Sin mí, no habrías conseguido la aprobación para la boda. De nada.

En momentos como esos, Gregory quería borrarle la sonrisa a golpes.

—Lárgate —espetó.

George amplió su sonrisa.

—Te esperaré en el carruaje. Pero no te demores demasiado, aunque no creo que te atrevas a comprometer a tu futura esposa antes de la boda, ¿verdad? Al menos no en casa de su padre.

Gregory volvió a hacerle un gesto para que se marchara y George lo hizo, con una sonrisa gigante bailando en su rostro.

Gregory se dejó caer en el sillón y miró hacia el techo. Oficialmente estaba comprometido y, al parecer, se iba a casar.

Había pagado caro su mentira, pero ya era muy tarde para retractarse.

Capítulo 8

—Aún me cuesta entenderlo, Lottie —dijo su padre mientras se sentaba con cansancio sobre la cama.

Charlotte lo ayudó, pero no respondió. Sabía que su padre aún tenía mucho por decir.

—Debes conocer la reputación de ese hombre. ¿Cómo has podido enamorarte de él?

—También es una hazaña para mí —respondió Charlotte, sin ser capaz de verlo a los ojos.

Su padre, sin embargo, la conocía demasiado bien. Tomó su mano cuando ella intentó alejarse e hizo que lo mirara.

—¿De verdad estás enamorada de él? ¿O solo buscas la seguridad del matrimonio?

Charlotte no fue capaz de responder. Él suspiró.

—No tienes que hacer esto, Lottie. Soy consciente de que, quizás, no me queda mucho tiempo, y que no los he dejado todo lo protegidos que debería, pero no te quedarás desamparada. Ya he establecido todo, Roger se encargará de ustedes. Me lo prometió.

Charlotte soltó un gemido lastimero. No se atrevía a decirle a su padre que no quería irse con su tío, y que tampoco deseaba que su hermano lo hiciera. Hacía unos días, había tenido un encuentro con él en una de las veladas, y no había sido agradable. Charlotte estaba hablando con alguna dama y él se le había acercado. Lo primero que había hecho después de los saludos protocolares, había sido criticar su vestido escotado —en opinión de Charlotte era bastante decente— y decirle que una mujer de su edad debería ser más decorosa. Charlotte tuvo que hacer todo su esfuerzo por sonreír y alejarse sin ser descortés.

No se imaginaba viviendo con él hasta que su hermano pudiera ejercer el título.

—No es por eso. —Y esa era, quizás, la mentira más grande que había dicho hasta el momento—. Yo... de verdad lo quiero. Deberías darle una oportunidad. No es una mala persona.

Solo era arrogante, caprichoso y orgulloso. Esperaba encontrarle alguna virtud con el tiempo.

—No estoy seguro de que él te quiera.

—Lo hace —aseguró ella. La quería para que su hermano no pudiera sacarle en cara su mentira—. ¿Por qué se casaría conmigo si no?

Supo que su argumento había logrado hacerlo pensar, y era que, después de todo, una hazaña que alguien como Leinster se casara después de su conocida vida disoluta. Para su padre, solo podía haber dos razones: o ella de verdad lo había enamorado, o se casaba porque ya era el momento y le convenía. No obstante, de ser la segunda, habría elegido a alguien más adecuado, por lo que Charlotte estaba segura de que era la primera idea la que estaba haciendo hueco en su cabeza. Nadie podría ni siquiera conjeturar los verdaderos motivos de lo absurdos que eran.

—Lottie, si te arrepientes, yo te apoyaré.

Y con eso, supo que había ganado la primera batalla. Por supuesto, aún había un largo camino a recorrer. No sería tan fácil persuadirlo de que le dejara la custodia de Hector a Leinster.

—Lo sé, padre. Gracias. Descansa. En un rato vendré para cenar todos juntos.

Se marchó antes de que el vizconde fuera consciente de las lágrimas que llenaban sus ojos.

Él siempre la apoyaría, pero él no estaría para siempre.

Con desánimo, bajó las escaleras y regresó al salón del té. El conde estaba sentado de forma despreocupada sobre el sillón, pero tuvo la cortesía de levantarse cuando la vio entrar. A pesar de sus intentos por mantener el control, Charlotte sabía que no estaba tranquilo. Lo delataba el movimiento inquieto de su pie y su mirada preocupada.

—¿Y su hermano? —preguntó ella haciendo un escaneo de la habitación.

—Está en el carruaje.

—Creí que no vendría.

—Yo también lo creí —respondió con amargura.

Era evidente que el hermano menor le había frustrado los planes, y a Charlotte casi le daba risa el puchero que hizo con los labios.

—¿Está arrepentido de la decisión? —le preguntó ella mientras tomaba asiento. Él la imitó.

—Desde que anuncié el compromiso —admitió—, pero creo que ya es muy tarde para decir la verdad.

—Lo es —concordó ella mirando un punto al lado de la cara de él.

Se sumergieron en un silencio incómodo de algunos segundos. Charlotte lo miró, y él a ella. Abrían y cerraban la boca como si ninguno supiera qué decir.

—Por qué admitiste a tu padre que me amabas.

—Porque no hubiera aceptado el compromiso de otra manera.

—Creí que eso era lo que esperabas.

Charlotte guardó silencio, considerando cómo explicarle lo que había pensado la noche anterior.

—Lo era. Es solo que...

—Has visto una oportunidad y decidiste aprovecharla —intervino él.

El desdén en su tono le dejó claro lo que estaba pensando de ella en ese momento. Envaró los hombros y lo miró con decisión.

—Usted no sabe mi situación —espetó con resquemor—. Si mi padre muere, mi hermano y yo terminaremos en casa de un tío que nos hará la vida imposible. A mí me quitará la libertad, y a Hector lo volverá un hombre muy reprimido. No quiero eso ni para mí, ni para mi hermano. Si me casara, podría convencer a mi padre que dejara la custodia de mi hermano a mi esposo...

—Ah, entonces también quieres cargarme con un niño.

Ella lo miró con odio.

—Es mi hermano y no me pienso separar de él. No tiene derecho a reprocharme nada ni acusarme de oportunista cuando fue usted quien nos trajo a esta situación. Si se ha arrepentido, puedo decirle a mi padre que he cambiado de idea y será el hombre más feliz del mundo. Usted puede inventarse lo que desee para justificar la ruptura del compromiso, pero temo que su hermano no le creará ninguna excusa.

Él guardó silencio, y Charlotte supo que había tocado un punto necesario para llevar la conversación a donde quería.

—No crea que estoy encantada de casarme con usted, pero en esta vida las mujeres siempre tienen que hacer sacrificios, y temo que ha llegado mi momento.

La palabra sacrificio no se la tomó bien. Cuadró los hombros y la observó con desdén.

—¿Consideras un sacrificio casarte conmigo?

—No sé cómo será su familia, milord, pero en la mía siempre hubo mucho amor. No soy tan ilusa para seguir buscándolo, pero no significa que no lamente lo que me pude haber perdido.

Él no respondió. Por su expresión, estaba sumido en recuerdos poco agradables.

—El amor es una tontería —espetó.

Ella contuvo el impulso de mirarlo con lástima. Conocía a muchos que pensaban similar, y se debía a que en la alta sociedad los matrimonios por conveniencia no dejaban espacio a sentimientos más profundos. Siempre le había parecido muy triste, pero no era quien para juzgar

la única forma de vida que otros conocían.

—No tiene que decírmelo, para mí es evidente que no tiene intención de profundizar en sus relaciones. Pero eso me lleva a otro tema: las condiciones para que se dé el matrimonio.

—¿Condiciones? —preguntó con incredulidad.

Charlotte apostaba a que era incapaz de concebir como alguien como ella, en su situación desesperada, se atreviera a ponerle condiciones. Tenía el ego demasiado alto para entenderlo.

—Sí, condiciones —repitió sin inmutarse—. Soy consciente de que, a pesar del matrimonio, no va a abandonar su estilo de vida.

Le costó decir las palabras. Aunque intentara parecer indiferente, la situación la afectaba más de lo que quería admitir. Tener que aceptar eso habiendo estado rodeada de la felicidad le parecía injusto. Pero no todos en la vida habían nacido para ser felices.

Él tuvo la cortesía de no responder, aunque su silencio era la afirmación que necesitaba. Apretó los labios.

—Lo único que le pido al respecto es que sea más discreto. Yo no lo recriminaré, pero sí quisiera evitar tener que lidiar con las murmuraciones. ¿De acuerdo?

—Seré tan discreto como tú lo seas, querida.

Ella se tensó. Así que no se había quitado esa idea de la cabeza.

—Si no quiere creer en mi pureza, no lo haga. Pero le aseguro que yo no necesito de esas cosas para ser feliz. Puedo ser feliz cuidando de mi hermano. No tengo vacíos que llenar.

De nuevo, le dio la impresión de que sus palabras habían tocado un punto sensible. Él se levantó lentamente y Charlotte lo imitó, cautelosa por la mirada furiosa que le dirigía.

—¿Consideras que tengo vacíos que llenar?

La calma helada de su voz le puso aún más alerta. No obstante, no se retractó de sus palabras.

—Creo que, si una persona le gusta encontrar refugio en la bebida, el juego, y otras... diversiones, es porque no hay nada más que le dé sentido a su vida. No tiene propósitos, ni nadie que lo motive a ser mejor persona. Está sola, e intenta mitigar eso con compañías falsas y vicios.

Se había pasado. Lo supo en cuanto vio la mirada de él oscurecerse y dio un paso hacia adelante.

—No tengo ningún vacío que llenar, y no tienes derecho a afirmarlo cuando apenas me conoces. Ahora bien, hablas de matrimonio como si yo siguiera dispuesto a casarme contigo. Debo admitir que tu lengua viperina me está haciendo reconsiderarlo.

Charlotte sabía que había tocado una herida y que, por lo tanto, él intentaba manipularla para que se disculpara. No obstante, aunque Charlotte podía ser diplomática, jamás se había disculpado por decir la verdad.

—Como dije, fue usted el que lo propuso, yo solo vi la conveniencia en la propuesta. Si quiere retractarse, adelante, pero hágalo pronto, mientras aún podemos usar la excusa del rechazo de mi padre.

Lo había descolocado. Él parpadeó, como si supiera qué responder cuando ella había optado por no decir lo que él esperaba. Si se iban a casar, era mejor que se diera cuenta de una vez que no tenía un carácter débil.

—¿Va a retractarse? —preguntó con voz suave, como si la respuesta no fuera a cambiar su vida.

—No —respondió, y su determinación fue tal, que le dio la impresión de que acababa de encontrar otra razón aparte de la mentira que le había dicho a su hermano—. ¿Cuándo será la boda?

—Oh, bueno...

En ese momento, sí empezó a sentirse más cohibida. Antes hablaban de tratos y negocios, pero una vez estipulados los acuerdos, había llegado el momento de ponerle fecha al contrato, y eso la asustaba. Además, ese era otro punto a tratar.

—Quisiera que fuera lo más pronto posible —musitó—. Como sabe, mi padre está enfermo, y temo... temo que eso pueda perjudicar el acuerdo.

No se atrevía a decir que temía su muerte, porque era algo que todavía no quería aceptar.

Por suerte, él entendió, y asintió.

—Un mes —anunció, aunque parecía que sus propias palabras le sonaban extrañas—. Publicaré el compromiso y haré correr las amonestaciones.

Charlotte asintió. Él rodeó la pequeña mesa que los separaba y se acercó a ella. Su mirada había pasado del desagrado, a la curiosidad.

—Yo también tengo una solicitud —dijo él. Por su tono pícaro, ella supo que no se tomaría bien lo que le fuera a decir—. Como esto tiene que fingir que es real, tienes que cumplir ante todos tus deberes como esposa.

—Los cumpliré —dijo, confundida porque no había esperado eso—. Me haré cargo de su casa, y seré la imagen de una condesa ideal para la sociedad.

—Ah, pero yo no me refería solo a esos deberes, sino a otros más interesantes, ya sabes, los que incluyen la producción de herederos.

Él dio otro paso adelante. Ella quiso retroceder, pero se topó con el sofá.

—No —dijo de inmediato.

—¿Por qué no? —preguntó con el ceño fruncido.

—Si le doy la libertad de irse con otras mujeres, no tiene por qué exigirme a mí lo que ellas ya le dan.

—Ellas no me pueden dar hijos legítimos.

—No parece que usted quiera ser padre de todas formas.

Él no lo negó, pero por su expresión, supo que no iba a dejar el tema.

—Pero son necesarios, para el condado, ya sabes. George ha conseguido la boda, pero hasta que no haya un lindo varón en la familia que pueda garantizar la sucesión del título, no estará contento.

—Pues su hermano tendrá que aprender a lidiar con la frustración —replicó y se movió un poco hacia el lado para poder alejarse de él—. Además, ha tenido tantas aventuras y nunca se ha rumoreado respecto a un niño. ¿Está seguro de que es capaz de procrearlo?

Entonces él se echó a reír. Y no fue una risa suave, fue una carcajada profunda, como si nunca en su vida hubiera escuchado algo tan gracioso. Charlotte era consciente de los nervios, posiblemente la habían hecho decir una tontería, pero no se imaginó que le causara tanta gracia.

—Dios, en serio eres virgen, ¿verdad?

Charlotte se cruzó de brazos. ¿Tan estúpido había sido lo que había dicho? Había escuchado a su padre decir una vez que los hombres también podían ser infértiles.

—A algunas nos gusta mantener la decencia —siseó, molesta por lo que fuera que hubiera delatado su ignorancia.

—Pues vaya. Esto será menos divertido de lo que esperaba.

Parecía de verdad decepcionado. ¡Qué hombre tan extraño! Cualquier esposo la hubiera repudiado si fuera impura, y él estaba decepcionado.

—Si eso es todo...

—No, no. Aún no me has aclarado si cumplirás con esa parte de tus deberes maritales.

—¿Todavía quiere que lo haga? —preguntó por desdén—. No parece muy entusiasmado.

—Nunca me han gustado las vírgenes —admitió sin pudor—, pero podría ser una experiencia interesante. —Dio un paso hacia ella—. ¿Al menos te habían besado antes de aquella vez en Vauxhall?

—Sí —dijo con satisfacción—. Una o dos veces.

Él chasqueó la lengua.

—Eso explica por qué no supiste apreciar mi beso. Sigue sin ser experiencia suficiente. Y seguramente fueron besos castos, de esos que se dan para no asustar a una dama.

¡Qué pretencioso era! Charlotte quiso decirle muchas cosas, pero temió ponerse en ridículo.

—No compartiré su cama —aseguró.

Él hizo un gesto con la mano para desestimar su comentario y esbozó una sonrisa pícara.

—Bueno, supongo que podremos retomar esta conversación después. —Se inclinó hacia ella, lo que provocó que Charlotte diera otro paso hacia atrás y él riera—. Sin duda, será un reto interesante. —Hizo una venia burlona—. Nos vemos, preciosa. Mañana publicaré el compromiso en la Gacette.

Extrañamente parecía menos afectado que hacía un rato. Se marchó con paso tranquilo, como si no hubiera acabado de tomar una decisión de vida. Charlotte se dejó caer en el sillón, de pronto muy cansada.

Era oficial, se iba a casar con ese hombre. Tardaría un poco en hacerse a la idea

—¿Lottie?

Su hermano asomó la cabeza por el marco de la puerta. Por lo general, no era un niño tímido, pero la observaba como si no supiera qué decirle.

—Pasa, Hector.

Él se adentró lentamente.

—¿Te vas a casar con ese hombre?

—Sí.

Y todavía le costaba incluso pronunciarlo.

—Nunca lo habías mencionado.

—Fue algo reciente.

Charlotte odiaba mentirle a su hermano tanto como a su padre. Hector era un niño muy inteligente para su edad, y se tomaba muy a pecho las mentiras porque creía que significaba tratarlo como alguien incapaz de entender una situación. Sin embargo, aunque sabía que su hermano era muy capaz de comprender sus circunstancias, Charlotte no quería que cargara con ese peso. No dejaba de tener diez años, ella no podía hacerle sentir a alguien tan joven como él que se estaba sacrificando porque tuvieran un futuro más decente que el que les esperaba.

—¿Lo amas?

—Tengo sentimientos fuertes por él —respondió. Esa se convertiría en su frase favorita para no caer completamente en la mentira.

—Entonces, ¿viviremos con él si papá muere?

—Sí.

O eso esperaba. Tendría que convencer a su padre de que le dejara la custodia al conde, y sería igual de complicado que buscar la aceptación del matrimonio.

—Parece un hombre jovial. Al menos no se ve tan amargado y estricto como el tío Roger.

Hector detestaba al tío Roger, o más que odiarlo, le tenía miedo. Charlotte recordaba en una ocasión, cuando habían ido a visitarlo, que su hermano había roto por accidente uno de los

vasos durante la cena. El tío Roger lo habría golpeado de no ser por su padre, que siempre actuaba como mediador, intervino. Charlotte recordaba haberse quejado del tema con su progenitor, pero este, demasiado bueno para ver la malicia en otros, solo dijo que así habían sido criados, y que a Roger le costaba desprenderse de las viejas costumbres.

Charlotte no descartaba que fuera cierto, pero no podía quitarse la idea de que, si su padre decidió elegir otro camino, por qué su tío se había quedado profesando los viejos hábitos. Para Charlotte, las personas capaces de maltratar a un niño por algo tan insignificante tenían una vena malvada, y si a eso le sumaban lo infelices que se veían siempre su esposa e hija...

—Estaremos bien, Hector —dijo extendiendo los brazos para abrazar a su hermano—. Nuestra vida está a punto de mejorar.

O de empeorar.

Era una apuesta arriesgada.

Lo cierto era que no sabía si acababa de salvar su futuro, o había terminado de arruinarlo.

Capítulo 9

Gregory entró en el carruaje donde lo esperaba su hermano, y su buen humor era tan evidente que George no pudo hacer menos que mirarlo con extrañeza.

A Gregory no le importó. Él tampoco entendía por qué estaba tan contento, considerando que acababa de comprometerse con una dama cuyo carácter prometía ser una pesadilla.

Condiciones. La dama se atrevía a poner condiciones como si solo él estuviera recibiendo un favor.

Sonrió. Había conocido muchas mujeres atrevidas en su vida, pero esa en particular tenía algo que llamaba su interés. Quizás porque su atrevimiento no estaba relacionado con intimidades del dormitorio, sino con su naturaleza conflictiva. Gregory estaba acostumbrado a escuchar el apoyo incondicional de sus amistades y de las mujeres con las que se juntaba, por lo que el reto que suponía tratar con ello le divertía.

Era muy consciente que tolerar eso a lo largo del tiempo podría ser contraproducente, y que debería tomarlo como una señal para acabar de una vez con esa absurda falsa que se había inventado una mañana cuando tenía demasiadas copas encima, pero en ese momento, no tenía ganas de finalizar nada, porque, después de mucho tiempo, sentía que había nuevamente algo interesante en su vida.

—Si me sorprende saber que estás oficialmente comprometido, me asombra aún más verte tan contento. La señorita Mirren debe ser una mujer admirable.

Era una bruja con lengua afilada y cara de ángel. A su modo de ver, lo único admirable en ella era el temple con el que llevó toda la conversación. Él le estaba ofreciendo mucho, pero ella se atrevió a pedir más, lo observó con decisión y le dijo en su cara que, si no aceptaba sus condiciones, aún podían retractarse.

¡Que aún podían retractarse! Como si no le hubiese dicho momentos antes que estaba desesperada por no terminar en la casa de su tío, y que estaba dispuesta a cualquier cosa, incluido un matrimonio apresurado, con tal de evitar ese destino.

A cualquier cosa menos a perder el orgullo.

Vaya mujer extraña.

—¿Cuándo harás el anuncio oficial en la Gacete? —preguntó su hermano.

—Iré a solicitarlo hoy mismo —respondió—. Puedes ser testigo, si lo deseas, ya que pareces muy comprometido con todo lo relacionado a este matrimonio.

Su hermano ignoró el sarcasmo y sonrió.

—Me encantaría acompañarte.

El anuncio saldría al día siguiente, y aunque la ansiedad había regresado cuando le notificó al editor la intención de hacer público su compromiso, no se sintió tan agobiado como antes.

Era extraño. Muy extraño, pero favorable. Ya se había comprometido, su orgullo —y lo que le quedaba de honor— le impedían echarse para atrás, así que pasar los días previos a su boda en un suplicio sería muy tedioso.

Quiso decirse que su tranquilidad se debía al acuerdo que había llegado con ella. A pesar de ser una dama complicada de trato, era una mujer muy razonable. Sabía qué podía pedir y qué no, y ser consciente de que no tendría que tolerar celos y lágrimas de una mujer que causaba paz a su alma. Gregory odiaba las lágrimas de las mujeres infelices. Ya le había visto soltar muchas a su madre.

Cuando llegó a su casa, se dirigió al despacho y se sirvió una copa. A diferencia de otros

días, no sentía el deseo incontrolable de beber hasta obtener paz, así que se demoró un rato con ella mientras revisaba la correspondencia.

De vez en cuando, sus pensamientos se desviaban a la conversación que habían tenido, o específicamente a los gestos que hacía mientras la tenían. Siendo por naturaleza admirador de la belleza femenina, Gregory no pudo evitar fijarse en el ceño fruncido que acompañaba una mirada determinada, ni en el puchero de sus labios que le daban un aspecto tierno. No negaba que la dama podía exudar autoridad con su tono, pero su rostro tendía más a causar ternura que miedo. O al menos, a él le generaba ternura, y otras cosas. Llegó a sentir el impulso momentáneo de apretarle los cachetes y también de besarla.

Besarla.

Sin duda, ella tenía unos labios muy tentadores. Gruesos, suaves. Gregory recordaba muy bien su sabor, y como cualquier comida que le había gustado, quería volver a probarlos.

Sonrió con picardía al recordar su negativa de compartir su cama. Aunque su orgullo estaba algo resentido por su reticencia, la expectativa de un reto le despertaba un instinto primitivo de competencia. No pensaba obligarla, pero sí que se divertiría intentando persuadirla. Él tenía mucha experiencia en ello, y ella muy poca en resistirse a encantos masculinos.

Demasiado poca.

A decir verdad, aún le perturbaba que fuera virgen. No se lo había esperado, pero tampoco le quedaba ninguna duda al respecto. La inocencia de su pregunta no pudo ser fingida. Además, tampoco había motivos para fingir, cuando él había dejado claro que no le importaba. Era una dama decente. Una dama que terminaba por equivocación en los jardines de Vauxhall y tenía un carácter peligroso y mandón, pero decente. Nunca imaginó que terminaría con una así.

La vida podía cambiar mucho cuando se tomaba una decisión impulsiva. Y ya que había incursionado en el mundo de las decisiones imprudentes, decidió que no había nada de malo en seguir tomándolas.

Dejó a un lado la copa medio vacía y tomó una hoja de su escritorio.

Si se iba a casar con una desconocida, al menos debería conocer bien a su futura esposa.

Con una sonrisa malvada, empezó a escribir.

Charlotte estaba tomando el té con la condesa de Rummage. La dama parecía calmada, pero la joven esperaba en cualquier momento el comenario que la condesa se había estado guardado.

—Leí esta mañana el compromiso en la Gacete —dijo con tranquilidad y una mirada inquisitiva.

Charlotte asintió y tomó de su taza para evitar responder. No era necesario, sabía que la condesa seguiría con las preguntas.

—Creí que la idea nunca fue llegar tan lejos —insistió la dama.

—No lo era —admitió Charlotte con tono derrotado—, pero mi padre nos sorprendió a todos aceptando la propuesta.

No quiso decirle que ella también había cambiado de idea respecto al matrimonio, y que lo consideraba una buena opción dadas sus circunstancias, pues era consciente de que la condesa intentaría disuadirla. La mujer la quería casi tanto como su madre, y lo único que buscaba, era el bienestar de Charlotte. Podía aceptar sus decisiones, pero no estaría de acuerdo con ella y se lo dejaría saber. Prefería que creyera que el asunto se había salido de sus manos.

—No entiendo como cedió.

—Yo tampoco estoy segura, aunque tengo una ligera idea.

Charlotte había pensado mucho en ello esa noche. Fue evidente que la historia que había

contado el señor Curtis había tocado a su padre, por lo que no era descabellado concluir que se refería a él. Sin embargo, no podía imaginar a su fiel y dedicado padre como un granuja sin corazón. Desde que tenía uso de razón, lo único que Charlotte había escuchado sobre el hombre que le dio la vida estaba relacionado con el buen esposo y padre de familia que era. Pocos tenían comentarios que decir sobre el vizconde, algo que siempre lo había enorgullecido. Que tuviese un pasado oculto jamás le había pasado por la cabeza.

—Lady Rummage, ¿usted conoció a mi padre antes de que se casara con mi madre?

La aludida tomó un largo sorbo de té. Era evidente que meditaba su respuesta. Finalmente suspiró.

—Supongo que te has enterado de su pasado disoluto.

—El hermano de lord Leinster comentó algo, pero me cuesta creerlo.

—Si solo conoces al hombre que es ahora, sí, te costaría creerlo, pero lo cierto es que tu padre tiene mucha historia, querida.

Charlotte hizo un gesto con la mano para que continuara. Lady Rummage miró a los lados, como si temiera que alguien la escuchara.

—Antes de conocer a tu madre, era un granuja muy similar a Leinster. Siempre fue un hombre apuesto, y aún lo es, por lo que no había dama que no suspirara por él. Oh, era encantador el desgraciado. Recitaba poesía y siempre sabía qué decir para que cualquier mujer se sonrojara en su presencia.

—¿Por qué nunca he escuchado nada al respecto?

—Porque se esforzó mucho en limpiar su imagen y lo logró. Cuando conoció a tu madre, todo el mundo estaba convencido de que la haría infeliz. La familia de ella no aceptaba el matrimonio, creían que él le haría daño y que solo la quería por su dote, pues era bien sabido que no tenía una buena situación económica en aquel momento, pero ella estaba muy enamorada. Yo misma le dije varias veces que no se casara con él y no me hizo caso. Tal era su deseo de estar con ese hombre, que decidieron fugarse a Gretna Green.

—¿Se fugaron a Gretna Green?! —preguntó Charlotte, incrédula.

¿Cómo no se sabía esa parte tan emblemática de la historia de sus padres?

—Yo la ayudé. No estaba de acuerdo con esa idea absurda, pero no podía soportar verla desdichada, así que, como buena amiga, la apoyé. Les dije a sus padres que se quedaría a dormir en mi casa, y yo pasé por ella esa noche para corroborar su coartada. La saqué por la puerta de servicio de la mansión en la noche y él la estaba esperando. Al día siguiente, le dije a mis padres que ella había regresado a su casa y le escribí una nota a los suyos notificándoles lo sucedido. Como habíamos supuesto, ellos no hicieron eco de la noticia para evitar un escándalo. Cuando la pareja regresó, llegaron a un acuerdo con ellos: aceptaban el matrimonio si no divulgaban la noticia y se casaban de nuevo ante los ojos de la sociedad. Así fue. Para todos, esa aventura nunca existió.

Decir que estaba sorprendida era poco. Algo había contado su madre una vez sobre la oposición de su familia al matrimonio, pero jamás hasta qué extremo había llegado para casarse con el hombre de su vida. Ella sí que había hecho una apuesta muy arriesgada. Se había casado por voluntad propia con un granuja, confiando en que cambiaría por ella.

Lástima que Charlotte no era tan optimista.

—Con el tiempo, la gente olvidó el escándalo del matrimonio. La conducta de tu padre era tan ejemplar que adjudicaron sus viejos malos hábitos a su juventud, por lo que no fue nada trascendental. Por eso poco se habla de ello. El hermano de Leinster debió investigar muy a fondo para obtener la información.

Charlotte lo veía capaz de eso y mucho más. Había interactuado con él en solo dos ocasiones, y ya sabía que era un hombre demasiado terco para el bien de otros. Sospechaba que era de familia.

—Me cuesta creerlo.

—Con los años, uno aprende que a veces lo imposible puede llegar a ser muy posible. Oh, querida, no me gusta nada este matrimonio al que estás a punto de embarcarte, pero la historia de tu madre me da fe de que no sea un completo caos.

Charlotte esbozó una sonrisa triste.

—No creo que pueda cambiarlo, lady Rummage.

—Una mujer nunca cambia a un hombre, querida —concordó ella, pero la observó con los ojos llenos de la sabiduría que solo dan los años—. Es una ilusa aquella que se case pensando en que logrará cambiar los malos hábitos de su prometido. Sin embargo, una mujer puede enamorar a un hombre, y si este tiene algo de nobleza en su alma, cambiará para poder hacerla feliz. Si hay alguien capaz de volver loco de amor a alguien como Leinster, eres tú, Lottie.

Charlotte lo dudaba, pero no quería explicarle que ni siquiera tenía la intención de intentar enamorar a Leinster, porque eso implicaría desarrollar sentimientos por él que terminarían haciéndole daño. Era mejor fingir antes todos que eran felices, y mantener detrás de las paredes el acuerdo al que habían llegado. Los demás no tenían por qué saber sus desdichas, y lady Rummage no tenía que seguir preocupándose por su futuro.

Charlotte esbozó la sonrisa más sincera que pudo para tranquilizarla. La dama se la devolvió. En ese momento, una criada apareció en la entrada del saloncito.

—Disculpe, señorita. Han traído esto para usted y dicen que es urgente.

Se acercó a Charlotte y extendió una nota. Curiosa, ella la tomó. Cuando vio el nombre del remitente, arrugó el ceño. ¿Qué querría Leinster?

La criada se marchó sin decir nada. Lady Rummage observó el sobre con curiosidad.

—¿No vas a abrirlo? —preguntó con inocencia, tratando de ocultar las ganas de descubrir su contenido.

Charlotte rompió el sobre y sacó la nota. La caligrafía era elegante y clara, un hombre acostumbrado a escribir sin prisas y pensando cada una de sus palabras.

Querida Charlotte.

En vista de nuestro recién anunciado compromiso, y de la falsa que debemos representar ante nuestras respectivas familias y la sociedad, considero conveniente que la aristocracia empiece a vernos juntos y hablar de ello. ¿Qué clase de pareja comprometida y enamorada seríamos si no pasásemos tiempo juntos antes de la boda? Por eso, y con la intención de cambiar la terrible impresión que te di en nuestro primer encuentro, te propongo vernos esta noche en Vauxhall. Considero que no hay mejor lugar para que todos puedan ver lo dichosos que somos por este reciente compromiso que los jardines del placer.

Te espero a ti, y a quien desee acompañarte, esta noche allí. Escuché que presentarán un buen espectáculo. Estoy seguro de que pasaremos una velada muy placentera.

Atentamente

Gregory Curtis, conde de Leinster.

—¿Y bien? —indagó lady Rummage.

—Me invita esta noche a Vauxhall —respondió, esperando no haberse sonrojado por sus últimas palabras. Quizás fueron simple cortesía, pero Charlotte, conociéndolo, no podía sino sospechar de dobles intenciones—. Dice que es conveniente hacernos ver juntos.

—Es verdad —convino ella—, sobre todo si deseas que tu padre se crea esa falsa de que estás enamorada. No obstante, me sorprende que la propuesta venga de él. Pensé que, una vez conseguido lo que deseaba, no se preocuparía mucho por el proceso.

Charlotte pensó lo mismo. De hecho, casi esperaba no verlo hasta el día de su boda.

—Quizás su hermano lo está presionando.

—O tal vez quiere conocer mejor a su futura esposa —dijo la condesa con cierta emoción en la voz—. A veces, así comienza todo, con una simple curiosidad.

Charlotte, de nuevo, no quiso rebatirla. No sabía las razones por las que Leinster la invitaba a Vauxhall, pero era muy consciente de que no debían ser buenas. Que estuviera dispuesta a casarse con él no significaba que se fiase de sus intenciones.

«Cambiar la terrible impresión que te di en nuestro primer encuentro».

Charlotte podría haberlo creído si no lo conociera lo suficiente para saber que no le importaba en lo absoluto lo que había hecho esa noche. Entonces, ¿qué estaba planeando?

No tenía otra opción que averiguarlo.

No se había casado aún, pero le daba la impresión de que acababa de iniciar su tormento.

Capítulo 10

Charlotte y los condes de Rummage apenas habían llegado a Vauxhall cuando Leinster se les acercó. Vestía como de costumbre: un frac color azul marino, una camisa blanca y pantalones y chaleco grises, pero por alguna razón, se veía más guapo que antes. Quizás era la sonrisa encantadora y el brillo pícaro en sus ojos lo que acentuaban la imagen de granuja despreocupado, esa que advertía que había que tener cuidado con ese hombre, pero la misma que hacía que todas se sintieran irremediabilmente atraídas hacia él.

Charlotte no era la excepción. Aunque detestaba admitirlo, sabía que estaba a punto de pescarse a uno de los partidos más apuestos de toda la sociedad. Así como sería el objeto de lástima de aquellas matronas que sabían dónde se estaba metiendo, también sería la envidia de las jóvenes que solo pensaban en llevarse un príncipe al altar.

Aunque el conde de Leinster, más que un príncipe, era el propio demonio.

—Buenas noches —dijo con ánimo y una profunda reverencia—. Lord Rummage, lady Rummage, señorita Mirren, me alegra que hayan venido.

—No podíamos rechazar la invitación del prometido de Lottie —comentó lady Rummage observándolo con interés—. Ha sido grato recibirla.

—Y sorpresiva también —dijo Charlotte. No pudo evitar observarlo con desconfianza—. ¿Alguna razón en particular por la que deseaba verme, milord?

—¿No es suficiente querer ver a mi encantadora prometida?

—No tiene que fingir frente a los condes. Ellos saben todo.

Él se encogió de hombros.

—Al menos dame el mérito de querer dar una buena impresión. Aunque sepan todo, siempre hay que fingir, querida. Recuerda que las paredes tienen oídos y el viento es experto en trasladar rumores. Entonces, ¿me concedes esta pieza?

Extendió con cortesía una mano hacia ella que Charlotte tomó con recelo. Hacía bastante tiempo que no bailaba. De vez en cuando, algún que otro amable caballero la sacaba a la pista de baile, pero podría decirse que en los últimos años había tenido muy poca práctica. Esperaba no hacer el ridículo.

La orquesta estaba tocando una polca, y, tras unos minutos, Charlotte logró seguir el ritmo. El conde era un buen bailarín, por lo que tuvo que admitir que se divirtió mucho danzando. Sentía que todas las miradas estaban a su alrededor, pero no le importó. Siempre le había encantado bailar. Era una de sus distracciones favoritas, y la falta de popularidad la había privado de ello.

No conversaron durante la danza y ella estuvo cómoda con eso. Sin embargo, cuando finalizó, el conde se acercó con un brillo peligroso en los ojos.

—¿Damos un paseo?

Ella de inmediato levantó las defensas.

—¿A dónde? No es adecuado sin una carabina apropiada.

—Estamos comprometidos y a los ojos de todos. No hay nada inapropiado en caminar un poco por allí.

Hablaba con inocencia, pero ella sabía que cada acción de ese hombre solo podía estar llena de malicia.

—Le diré a la condesa que nos acompañe.

—¿Acaso tienes miedo de mí, cariño?

La pregunta había tenido justo el efecto que él había esperado: la duda. Aunque Charlotte

era muy consciente de que intentaba manipularla y de que lo más adecuado era buscar una carabina para el paseo, tampoco quería darle el gusto de hacerle saber que la intimidaba. Aunque sí, lo hacía. Era sentido común.

—Yo...

—Charlotte.

La voz a sus espaldas, ronca y dura, hizo que un escalofrío la recorriera. Giró con lentitud la cabeza e hizo una inclinación respetuosa al hombre robusto que estaba frente a ella. Debía rondar los cincuenta años, aunque su rostro severo lo hacía ver mucho mayor. Vestía de forma impecable, y tras de él estaban dos mujeres, una mayor cuyo rostro mostraba claros signos de tristeza y una más joven. Ambas llevaban vestidos de cuello alto y tenían la mirada baja. Charlotte sabía que la joven tenía menos edad que ella, pero cualquiera diría por su forma de vestir que pasaba los treinta.

—Tío —saludó con la voz amable que usaba con la sociedad—. ¡Qué sorpresa encontrarlo por aquí!

Y de hecho lo era. Su tío casi no asistía a eventos sociales, y una que otra vez lo había escuchado decir que Vauxhall era un sitio al que solo asistían aquellos de dudosa moralidad. Si había un lugar en el que había esperado no verlo, era ese.

—El futuro esposo de tu prima, el señor Clark, nos ha invitado —comentó sin emoción.

Charlotte también tuvo que ocultar la suya. No sabía que su prima estaba prometida. No era que les prestara mucha atención a las noticias familiares, pero estaba segura de que recordaría haber leído ese anuncio. Tal vez aún no era oficial.

—Oh, eso es... increíble. Felicidades, Annie —musitó con la educación que la caracterizaba.

La susodicha hizo una imperceptible inclinación de cabeza sin despegar la mirada del suelo. No parecía muy entusiasmada, y Charlotte la entendía. El señor Clark era un viudo poco agraciado que debía llevarle como veinte años. De él se rumoreaban muchas cosas, y ninguna buena. Dedujo que su tío debió de haberle concertado un matrimonio, porque tampoco había escuchado de ningún cortejo.

Pobrecilla.

Vio de reojo que Leinster hacía una mueca de desagrado. Si incluso a él le parecía una pareja inadecuada para una señorita, estaban hablando de un partido muy malo.

—Leí sobre tu compromiso, Charlotte —dijo su tío. A ella se le hizo difícil discernir si lo que oía en su voz era su amargura natural, o un descontento por razones desconocidas—. Fue sorpresivo.

Lanzó al conde una mirada de desdén que este le devolvió. Charlotte no lo culpaba. Si su tío no planeaba ser educado —casi nunca lo era—, Leinster no tenía por qué serlo.

—Lo sé. Todo surgió muy rápido —respondió con fingida amabilidad.

—No sé cómo tu padre aprobó ese matrimonio.

Charlotte se tensó, y las damas detrás de su tío también. Estaba pasando los límites.

—Padre solo quiere que yo sea feliz —respondió con toda la calma que pudo recoger.

—Ese siempre ha sido el problema, que es demasiado blando contigo. —Le lanzó una mirada de arriba abajo. Se detuvo un momento en sus pechos, y Charlotte supuso que estaba criticando el escote de su vestido. Contuvo el impulso de cubrirse. Solía hacer eso con frecuencia, y la ponía incómoda—. Necesitabas una mano más dura en tu educación.

Charlotte no supo que responder, y tampoco tuvo que hacerlo. Leinster se ubicó frente a ella ocultándola de la mirada escrutadora de su tío.

—Creo que podemos estar de acuerdo en que el barón tiene un carácter pasivo, pero considero que no es a Charlotte a quien le hace falta que Hereford le ponga límites.

Sonrió, pero evidentemente no era una sonrisa cordial. Su tío se tensó y todos a su alrededor también. Aunque no era un hombre con un título a sus espaldas, inspiraba una autoridad que pocos se atrevían a replicar.

—Si me disculpa, señor Mirren, iba a pasear un rato con mi prometida.

Hizo una reverencia que fue más burlesca que cortés, enlazó su brazo con el de ella y la arrastró fuera de la vista de sus odiosos familiares. Ella apenas pudo procesar todo.

—Creo que ya puedo entender por qué no quieres vivir con él.

Ella bajó la mirada, un poco avergonzada por su situación.

—Nunca ha sido un hombre agradable. Su concepto de moralidad es muy cerrado.

—Esos siempre son los peores.

—¿A qué se refiere? —preguntó con curiosidad.

Él meditó sus palabras.

—Tengo la creencia de que una persona decente en realidad reprime muchas cosas solo por quedar bien. La naturaleza humana no puede ser perfecta, y pretender serlo solo significa que todos tus malos pensamientos los ocultas del espectador, pero no significa que no estén ahí. Cuando se tiene una mente tan cerrada como la de tu tío, sin duda hay muchos malos pensamientos ocultos. No te acerques demasiado a él.

La advertencia la hizo con una seriedad tan impropia de él que Charlotte sintió un escalofrío. ¿Había visto algo que ella no?

Le sorprendió el análisis que él había hecho. Hasta el momento, la imagen que Charlotte tenía del conde era la de un hombre despreocupado, el típico hijo de familia noble que evadía sus responsabilidades y solo pensaba en el juego, bebida y mujeres. Saber que era capaz de interpretar el carácter de una persona hasta ese distaba de impresión que se había hecho de él, porque alguien que sabía leer así a otros, sin duda se sabía leer a sí mismo. Pero quizás él tampoco quería admitirlo.

—Entonces, ¿puede entender por qué preferiría que mi hermano viviera con nosotros? —preguntó con cautela, aprovechando que había salido el tema.

Él asintió.

—Difícilmente me atrevería a considerarme un buen tutor, pero entre mi mal ejemplo y la severidad de tu tío, creo que sí, estará mejor con nosotros.

Ella respiró aliviada.

—Entonces, ¿lo aceptará?

—Ah, ¿podía elegir? En nuestra última conversación entendí que era una imposición.

Ella se maldijo por haberse mostrado vulnerable. Intentó recuperar su seguridad habitual.

—Tenemos que convencer a mi padre de que le deje la custodia. Hará falta que cuide su imagen durante un tiempo, demostrarle que es un hombre decente.

—¿No estoy actuando como un hombre decente, cariño? Yo creo que se me está dando muy bien el papel. Incluso te defendí de tu tío. Merezco mérito por eso.

En opinión de Charlotte, lo que él necesitaba eran unas cuantas lecciones de humildad. Sí, la había defendido, cosa que también la había dejado sorprendida, pero su autoestima tan alta sería un gran problema a futuro.

Iba a replicar cuando se percató de que ya no se escuchaba el ruido de la orquesta. Miró a su alrededor y sus ojos reconocieron de inmediato el sitio al que la había llevado aprovechando su distracción.

Lo observó acusatoriamente, pero él tomó su mano y tiró más de ella hacia los jardines oscuros.

—Te dije que iba a corregir la primera impresión que tuviste de mí, cariño, y ¿qué mejor que hacerlo en el mismo lugar, para que este no quede lleno de recuerdos negativos?

Charlotte no se resistió demasiado, no porque la propuesta le gustase, sino porque tenía miedo de que alguien los viera y la oscuridad era el refugio más cercano por el momento. Tenía la impresión de que necesitaría de un tiempo para convencer al conde de que desistiera de lo que sea que tenía en mente.

—Si mal no recuerdo, milord...

—Gregory.

—¿Disculpe?

—Me llamo Gregory, pero también puedes decirme Greg. Como desees. Si queremos fingir que estamos enamorados, debemos... intimar más entre nosotros.

Estaba recostada en un árbol, con él demasiado cerca para que fuera decente, y apenas podía verle el rostro. El uso del verbo «intimar» obtuvo justo el efecto que él deseaba: un escalofrío recorrió su piel y sintió que si él llegaba a tocarla, esta ardería.

—El amor no tiene nada que ver con el respeto. Es de mal gusto llamar en público a una pareja por su nombre —musitó, intentando concentrarse en el tema a tratar.

—¿Tus padres no lo hacían?

Ella guardó silencio, consciente de que tenía un punto. Sí, sus padres lo hacían.

—¿Y no sería extraño que tú no lo hicieras? ¿No implicaría eso ante tu padre que no me amas lo suficiente?

Era un manipulador de los buenos. Charlotte se dijo que el matrimonio podría ser más complicado de lo esperado.

—Gregory —dijo con desgana, como si acabara de firmar una sentencia—, si mal no recuerdo, mi primera mala impresión se dio porque no quisiste aceptar mi negativa a un beso. No veo cómo pretendes solucionar eso cuando ni siquiera pudiste aceptar que no quería dar un paseo a solas contigo.

Él tensó los hombros, pero, a diferencia de la última vez, se lo tomó con más calma. Esbozó una sonrisa coqueta.

—He estado reflexionando al respecto. Tengo mucha confianza en mí mismo y mis capacidades, y mi ego me ha hecho acercarme a ti de forma inapropiada.

Charlotte entrecerró los ojos, con recelo. ¿La había llevado allí para disculparse? ¿Podría no ser el conde un caso perdido?

—No consideré que, con tu poca experiencia, eso podía resultarte perturbador.

Se retractaba de lo pensado anteriormente. Decidió no tomárselo como un insulto.

—Por eso, esta vez he decidido hacer las cosas bien —dijo con voz ronca a la vez que un dedo viajaba a su mejilla.

Su cuerpo, que por alguna razón había estado a la expectativa del contacto, reaccionó a este. Los vellos se le erizaron, y sintió la fuerte tentación de cerrar los ojos para profundizar las sensaciones.

No lo hizo. Sabía que cerrar los ojos sería su perdición.

—¿Por qué? —preguntó cuando pudo encontrar su voz—. Lo nuestro es un simple trato.

—Un matrimonio es más interesante si en la pareja hay cierta... afinidad.

—Yo no quiero tener afinidad contigo, solo deseo paz.

Él dio un paso hacia adelante.

—Oh, pero ¿no sería mejor tener paz y afinidad al mismo tiempo? Te aseguro que resulta muy placentero.

Había algo hipnotizante en su voz que hacía que a Charlotte se le dificultara responder. Su cuerpo sentía la cercanía, y lo único que podía ver con claridad era esos labios que le hacían una propuesta indecente. Si a eso se refería con hacer las cosas bien, lo estaba consiguiendo, pero no le gustaba nada.

—Milord...

—Gregory —recordó él con voz aterciopelada.

Ella tragó saliva. Nunca un nombre había resultado tan íntimo.

—Regresemos.

—¿Por qué, cariño? ¿No me vas a dar una oportunidad de hacer las cosas bien?

«No», quiso gritar. Pero no pudo pronunciar palabra. El dedo había bajado hasta su cuello, y un escalofrío placentero la atravesó. La vez que lo había besado se había sentido bien, pero la expectación de que lo que iba a ocurrir se sentía aún mejor.

—Imagínate lo bien que podemos congeniar —musitó cerca de su oreja. Podía sentir su cálida respiración en el cuello—. Lo bien que podríamos llevarnos.

—Gregory —suplicó, aunque no sabía si le estaba pidiendo que parara, o que siguiera.

Él decidió tomarlo como lo segundo. Antes de que pudiera pensarlo bien, había arrasado sus labios. A diferencia de la primera vez, su contacto no fue brusco ni pasional, sino lento y persuasivo. El toque de labios despertó en Charlotte llamas por todo su cuerpo y una punzada en el centro de su vientre. Por instinto natural, abrió la boca y dejó que la lengua de él explorara con curiosidad toda su cavidad. Se sentía muy bien.

Sin notarlo, puso las manos sobre sus hombros y él la atrajo más hacia sí. El beso fue intensificándose, y con este, una necesidad que punzaba entre sus piernas. Charlotte quería seguir besándolo, quería que la tocara y sentía la necesidad de presionarse contra él con la esperanza de aliviar la necesidad que crecía en su vientre bajo.

Entendía por qué las mujeres mataban por ser su querida. Había algo adictivo en el sabor de su boca y el movimiento de sus labios.

Fue este último pensamiento fue la que la hizo despertar de la embriaguez a la que la tenían sometida sus labios. Se separó con brusquedad y se sintió mareada por la ruptura abrupta del contacto. Él también parecía abrumado, Sus ojos vidriosos la observaban como si no pudiera hilar ni un solo pensamiento en su cabeza.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo Charlotte cuando logró recuperar el habla.

—Pero te ha gustado.

—No quiero mantener ninguna clase de intimidad contigo si la vas a mantener con otras mujeres.

Se sentía tan tonta por haberse dejado persuadir de esa manera. Charlotte tenía claro que ese hombre jamás podría amarla, pero si quería mantener un poco de su cordura intacta no podía permitir que la sedujera de esa forma.

—Si lo nuestro es un trato, no deberías estar celosa.

—¡No son celos! —chilló, ofendida por la insinuación y molesta por que él no lo entendiera—. Se llama respeto hacia mí misma. Si otras quieren dejar que las uses solo por diversión, es su problema. Yo no quiero ser una más del montón.

Él la miró confundido.

—Es solo sexo, Charlotte. ¿Por qué lo enredas todo? Podemos tener sexo como cualquier pareja normal y disfrutarlo sin necesidad de que te sientas usada.

Ella sonrió con amargura.

—Debí suponer que no lo entenderías.

Logró escabullirse de entre sus brazos y empezó a caminar hacia la salida.

—Darme herederos es uno de tus deberes como esposa —recordó él con amargura.

Ella se detuvo y lo miró con una ceja arqueada.

—Parece que sabe muy bien cuáles son los deberes de una mujer, milord, pero ¿y los del esposo? Creo que decir que solo tienen que proveer me parece una injusticia cuando a nosotras se nos exige tanto. Se debería hablar más de lealtad y dedicación a su familia, pero eso es algo que usted no conoce y no pienso obligarlo a que aprenda. Quizás estoy desesperada, pero tampoco cederé a todos sus caprichos. Nos vemos, milord. —Continuó caminando, pero se detuvo y le lanzó una última mirada—. Ah, y la boda debería darse apenas terminen las amonestaciones. No hay mucho tiempo que perder.

Sin decir más, se alejó. Algo dentro de ella chillaba con frustración por no haber podido terminar lo que el beso había iniciado, y supo que mantenerse firme en su decisión sería más difícil de lo que esperaba. Pero lo lograría. Quizás para el conde el sexo no significaba nada, pero Charlotte tenía otra impresión. Sentía que, para entregar su cuerpo, necesitaba más que besos persuasivos, necesitaba una conexión con la persona, confianza, y Leinster no era alguien por el que pudiera permitirse desarrollar esos sentimientos. Tenía que resistir, y si eso generaba problemas en el matrimonio, sería un problema que resolvería después.

Lo primero era solventar su situación actual. Después vería cómo podía conservar su cordura ante ese granuja de besos embriagadores.

Capítulo 11

Poco después del incidente de los jardines oscuros, Gregory regresó a su casa. Sabía que era de mala educación, considerando que él había hecho la invitación, pero aun así estaba demasiado disgustado para pensar en la cortesía.

Ella lo había rechazado.

De nuevo. Aun sabiendo que le había gustado su beso.

Gregory no podía entenderla. Acostumbrado a mujeres que disfrutaban del deseo carnal, no comprendía por qué lo rechazaba solo por el simple hecho de no ser la única. Él creía que habían dejado claro la naturaleza de su acuerdo, y le parecía absurdo que, siendo un matrimonio, este no incluyera intimidad cuando esta podía ser muy buena.

«Se llama respeto hacia mí misma» había dicho ella. Pero él no entendía por qué perdería el respeto hacia ella misma si acordaban de mutuo acuerdo solo involucrarse en el plano físico. Para él, era solo una manera de disfrutar. No tenían por qué estar involucrados sentimientos.

Lo más triste de todo era que él la deseaba, y mucho. La había citado esa noche para seducirla y había sido él quien se había quedado con las ganas de más. Gregory solía enorgullecerse de su gran autocontrol, pero al tocar los labios de esa mujer, un deseo salvaje, que hacía tiempo no sentía, había despertado en su interior. Requirió de todo su autocontrol para no aprisionarla con fuerza y desbordar toda su pasión. Cuando ella se separó, apenas y podía pensar.

¿Qué le había pasado? Hacía más de diez años que había dejado atrás la etapa de adolescente desesperado. Gregory había aprendido a disfrutar de los juegos previos, del placer de seducir y de las palabras coquetas, pero con ella se le hacía más difícil controlarse, algo absurdo, pues no era una mujer dotada en las artes de seducción.

No había hecho nada para despertar su deseo, pero lo había conseguido mejor que muchas otras.

Esa noche no durmió bien y al día siguiente estaba de mal humor, por eso, cuando Raymond fue a visitarlo, lo recibió con mala cara.

—No era esa la alegría que esperaba de un hombre recién prometido —dijo el marqués sentándose frente a la mesa de su despacho.

Raymond era un hombre alto y corpulento, cuya presencia podía ser intimidante para cualquiera que no lo conociera. No obstante, el peligro del marqués no radicaba en su fuerza física, pues era un hombre que evitaba los conflictos, sino en su lengua mordaz y su sarcasmo continuo. Tenía un humor difícil de llevar.

—A lo mejor es que no me es grata tu compañía —replicó con desdén mientras volvía a llenar su vaso con coñac. No eran ni las diez de la mañana y esa era su segunda copa—. Hasta que te dignas a aparecer. Me estuve muriendo hace dos semanas y no supe nada de ti.

—Te mandé una nota —dijo Raymond—. Apuesto lo que sea a que debe estar entre ese montón que no has leído.

Señaló la pila de caras sin abrir que descansaba en una esquina de su escritorio. Con duda, empezó a buscar en cada una de ellas hasta que encontró una con la caligrafía del marqués. La abrió.

Querido Gregory.

Los rumores sobre tu enfermedad me han dejado desconcertados. A decir verdad, veía más probable que cayeras en cama debido a la sífilis a que lo hicieras por tuberculosis, enfermedad que, cabe acotar, se desarrolló con una rapidez que cualquier médico consideraría alarmante. Espero poder visitarte en estos días, y deseo tu pronta recuperación del mal que te aqueje, sea físico o mental.

Atentamente,

Raymond.

Gregory supuso que la carta debió haber llegado con atraso, lo cual era una lástima, porque de haberla recibido a tiempo, no hubiera tenido que mostrar a su hermano la pobre imitación del mayordomo y Gregory se hubiera sentido lo suficientemente satisfecho para no caer en una mentira tan absurda.

—Había planeado hacerte una visita cuando me llegó el rumor de que estabas de nuevo en sociedad, así que asumí que no era una enfermedad tan grave como se rumoreaba. Si es que acaso existió...

Algo que detestaba de Raymond era que, al igual que George, era muy listo para el bien de otros. O lo conocía demasiado bien. Era lo más cercano que tenía a un amigo verdadero.

—Hice una apuesta con George —confesó y dio un sorbo a su copa—. No salió muy bien.

—¿Y esa apuesta está relacionada con la impactante noticia de que el soltero empedernido ha decidido casarse?

Gregory asintió y se lo contó todo. No le importaba mucho quedar como un idiota frente a Raymond porque ya había aceptado ante sí mismo que lo era.

Cuando finalizó el relato, el marqués estaba verdaderamente sorprendido.

—He escuchado razones absurdas para casarse, pero la tuya sin duda se ha llevado un premio. Cuando pienso que no puedes sorprenderme más, lo haces.

Gregory hizo caso omiso a la burla y se terminó el contenido de su copa. Decidió no beber más por el momento. Quería conversar del tema con alguien que no fuera George.

—Sé que ha sido una tontería, pero ya no puedo echarme para atrás.

—Al menos se aprecia que tengas honor. He escuchado hablar de la dama en cuestión. Una solterona respetable pero agradable, que se desenvuelve bien en sociedad y es hija de un vizconde.

—La tenías estudiada. ¿Estaba entre tus posibles candidatas?

Raymond se encogió de hombros.

El marqués también estaba en la búsqueda de una esposa, pero por motivos que distaban mucho de querer sentar cabeza. Su padre había muerto y había dejado como condición para heredar todo lo referente al título que tuviera un heredero antes de que se cumplieran dos años de su muerte, lo que sucedería en pocos meses. Raymond había pasado gran parte de ese tiempo rebelándose contra la imposición del viejo, hasta que había caído en la cuenta de que sus hermanas dependían de él y quedarse con un título sin dinero no era conveniente para su futuro.

—Has tenido suerte de no elegirla. Esa mujer es insoportable —espetó.

Raymond arqueó las cejas y Gregory decidió que otra copa no haría daño.

—Es altanera y controladora. Quiere todos los beneficios de un matrimonio conmigo sin ceder demasiado.

—No me digas que tiene la esperanza de llevarte por el buen camino.

—No, no es tan insensata. Pero sí se ha negado a cumplir con sus deberes conyugales.

Raymond soltó una carcajada que lo molestó. Bebió más de la mitad del vaso de un trago, pero el ardor no ayudó a que su humor mejorara.

—Sin duda, no habría sido la mejor candidata para mí. Sin embargo, he de admitir que me sorprende que alguien se resista a tus encantos.

—A mí también. Dice que, si voy a estar con otras, no piensa dejar su dignidad siendo una más. Debe ser porque es virgen. Solo alguien que no conoce el placer carnal puede rechazarlo por cosas tan absurdas.

—Yo pienso que llevas mucho tiempo tratando con mujeres de otra clase —replicó

Raymond. Gregory, interesado, le hizo un gesto con la mano para instarlo a seguir—. Para ti el sexo no significa nada más que placer, y para las mujeres con las que tratas tampoco, porque la mayoría están casadas o no quieren nada serio. Pero para otras, esa intimidad va vinculada a los sentimientos, querido amigo, y no puedes pretender que alguien que ha sido criada con el afecto con el que fue educada la señorita Mirren se desligue de sus sentimientos por algo carnal.

Gregory guardó silencio. Una parte de él se negaba a darle la razón, pero la otra veía con sentido lo que Raymond decía. Sí, a lo mejor estaba acostumbrada a tratar con personas que tenían tan pocos sentimientos como él.

Por alguna razón, el pensamiento lo llenó de amargura.

—Ya que te has visto obligado a «sentar cabeza» por una apuesta absurda, ¿no has pensado en hacerlo de verdad?

Gregory entrecerró los ojos, confundido.

—¿Qué quieres decir?

—Te vas a casar. ¿De verdad quieres seguir con la vida que llevas hasta el momento, Gregory? ¿Todavía tiene sentido para ti?

Si quería ser sincero consigo mismo, ya hacía tiempo que esa vida no tenía sentido para él. Era lo único que conocía, lo entretenía, pero no se sentía en lo absoluto tan satisfecho como en el principio. Algunas veces creía que era cuestión de costumbre, otras, en sus noches más largas, pensaba que su hermano tenía razón y sabía que en el fondo todo era una falsa.

Pero aún le costaba admitirlo.

No obstante, verse como un caballero decente que solo era fiel a una mujer le parecía irreal. Él, que se aburría con frecuencia de sus parejas en la cama, no pensaba que pudiera tolerar tener a la misma por el resto de su vida, aunque dicha dama haya despertado en su cuerpo un deseo que creía dormido.

Raymond debió notar su confusión, porque le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Solo piénsalo. Si vas a incursionar en el matrimonio, lo mejor será trabajar para que se dé bien. Sé que no crees en el «felices para siempre», y tal vez no exista, pero con paciencia y dedicación se puede lograr, al menos, tener paz.

Gregory quiso decirle que él tenía paz, pero las palabras no salieron de su boca. A lo mejor porque sabía que era una mentira.

Tocaron la puerta y, distraído, musitó la aprobación para entrar. El mayordomo lo hizo. Tenía en sus manos una carta.

—Acaba de llegar, milord. El lacayo que la trajo espera una respuesta inmediata.

Gregory tomó el sobre, lo abrió y leyó el contenido de la nota.

—Dile que ahí estaré.

El mayordomo asintió y se marchó. Raymond arqueó las cejas.

—Mi suegro me invita a cenar esta noche en su casa. Deduzco que quiere asegurarse de que Charlotte y yo estamos muy enamorados.

Raymond sonrió con burla.

—Si pudiste convencer a toda la sociedad londinense de que te estabas muriendo de tuberculosis, esto será una tarea sencilla.

Pero Gregory no lo veía así, porque para él, el mayor reto no era el vizconde, sino la joven terca y hermosa con la que estaba a punto de casarse.

—Papá me dijo que podía asistir a la cena porque ya era un niño grande —comentó Hector, emocionado, mientras seguía a su hermana en su paseo por el comedor.

Charlotte verificó que los platos colocados por los sirvientes estuvieran en el orden

adecuado y que las flores del centro de mesa estuvieran frescas. Cuando estuvo conforme, salió del comedor.

—Sé que te comportarás como todo un hombre —dijo Charlotte revolviendo su cabello.

Él hizo una mueca.

—No me verán como un hombre si haces eso.

—Incluso los hombres necesitan cariño —acotó ella.

—¿Le harías eso a su prometido?

La sonrisa de Charlotte se borró.

Pensar en ese hombre la ponía nerviosa. Había pasado gran parte de la noche anterior pensando en lo que había sucedido entre ellos. No podía olvidar su beso y en lo fácil que sería ceder a todo lo que le proponían sus tentadores labios. El hombre tenía experiencia seduciendo, y ella era solo una mujer sin armas ante su encanto.

Si pensaba resistirse durante todo el matrimonio, tenía que empezar a trabajar en su fuerza de voluntad, y a veces le preocupaba no ser lo suficientemente fuerte.

—¿Crees que le caeré bien al conde? —preguntó Hector que, como todo niño, pasaba siempre de un tema a otro.

Charlotte se sentó en uno de los sillones con los que contaba el salón principal, a la espera de la llegada del invitado. Hector la imitó.

—¿Por qué no vas a agradecerle? Eres un joven encantador.

—Quiero agradecerle. Si voy a vivir con ustedes, quiero poder hablar con alguien.

Charlotte lo observó con fingida indignación.

—Siempre podrás hablar conmigo —lo reprendió.

—Pero tú eres mujer. Yo te quiero mucho, Lottie, pero hay cosas que los hombres solo pueden hablar con otros hombres.

Charlotte se daba una idea de a qué podía referirse su hermano y temía bastante los consejos que el conde pudiera darle. Aun así, se fiaba más de él que de su tío. Al menos, ella estaría presente para intervenir de ser necesario.

—Oh, vaya. Eres un niño muy desagradecido —dijo fingiéndose ofendida—, yo creí que hasta el momento te había dado muy buenos consejos.

Hector iba a replicar, pero en ese momento el mayordomo entró y anunció la presencia de Leinster. Ambos hermanos se levantaron para recibirlo.

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco al verlo. Se veía tan apuesto como la noche anterior, y no pudo evitar revivir el recuerdo de esos labios contra los de ella.

Maldito fuera él y su poderoso encanto.

—Milord.

Hector fue el primero en saludar, haciendo una inclinación de cabeza formal y muy cuidada que Leinster devolvió.

—¿Conoce ya a mi hermano, milord? Cenará con nosotros.

—Es un placer —respondió el conde con educación. Apenas miró al muchacho Sus ojos estaban fijos en Charlotte.

—Disculpe que mi padre no esté aquí para recibirlo. Su condición hace que demore un poco en estar listo y, a decir verdad, lo espera más tarde.

—Discúlpame, querida, pero son tantas mis ganas de verte que no puedo evitar buscar la manera de pasar todo el tiempo que pueda contigo.

Charlotte se sonrojó y Hector soltó una risita.

—¿Ves, Lottie? Esas cosas no te las enseña una hermana.

Charlotte decidió ignorarlo y, antes que el conde pudiera preguntar, tomó asiento y le hizo un gesto con la mano para que la imitara.

Se miraron por varios segundos en un silencio que a ella le parecía incómodo. Ya que su último encuentro había terminado en disputa, no sabía muy bien de que humor estaba el conde. Parecía estar bien, pero Charlotte no se fiaba cuando su primer comentario había tenido la clara intención de molestarla. Aunque, era sincera consigo misma, él siempre parecía tener ánimos de molestarla.

Hector, ajeno a todo, decidió romper el silencio.

—Mi hermana se encargó de organizar todo para la cena de hoy —comentó el joven con entusiasmo—. Esas cosas se le dan muy bien. Le aseguro que será una esposa excelente, milord.

Charlotte volvió a enrojecer. Quería a Hector, pero en ese momento sentía la necesidad de golpearlo. Ella no necesitaba que la vendieran.

El conde sonrió con burla.

—Oh, sí, no tengo duda de que cumplirá con todos sus deberes como condesa.

Ella lo miró con advertencia, pero él fingió no notarlo. Por suerte, su padre apareció en ese momento para aligerar la tensión del ambiente.

—Leinster. Me alegra que hayas venido —dijo el vizconde acercándose con lentitud al centro del salón.

Gregory se levantó y lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Me alegra haber sido invitado, milord.

—Solo falta Roger y podremos comenzar.

Charlotte hizo una mueca al escuchar el nombre de su tío y por la expresión de Leinster, a él tampoco le agradaba demasiado esa compañía. Ella había intentado disuadir a su progenitor de invitarlo, pero este había alegado que su hermano era parte de la familia y, por lo tanto, debía estar presente en ese tipo de reuniones de integración.

Como si lo hubieran invocado, el mayordomo entró para anunciar la llegada del señor Mirren. Su tío entró a la estancia con el aspecto impoluto y el semblante serio que lo caracterizaba. Tras él, su hija y su esposa mantenían las distancias y la cabeza baja, como de costumbre. El hombre realizó los saludos protocolarios y Charlotte notó como su vista iba continuamente de Leinster a ella. Observaba al conde con desagrado y ella supo que la cena no sería tan pacífica como había tenido la esperanza que fuera.

Miró a Leinster y este le devolvió la mirada con la determinación brillando en sus ojos. No hubo necesidad de palabras para que Charlotte supiera que, fuera lo que fuera que estuviera planeando su tío, el conde estaba preparado para darle batalla. Él inclinó ligeramente la cabeza hacia ella y Charlotte le devolvió el gesto. Podían haber estado lanzándose indirectas hacía unos minutos, pero durante esa cena pertenecían al mismo equipo.

Tendrían que hacer la mejor actuación de su vida para convencer a su padre de lo enamorados que estaban a pesar de lo que pudiera decir su tío, y ambos estaban dispuestos a triunfar. Por primera vez desde que lo conocía Charlotte sintió que podía contar con él.

Esperaba no equivocarse.

Capítulo 12

Cuando entraron al comedor, el vizconde se sentó en la cabecera de la mesa, y los invitados, Leinster y su tío, a los lados. Su tío Roger miraba a Leinster con tal desprecio que Charlotte se preguntó si no habría entre ellos alguna rencilla personal de la que no estaba enterada, pero el conde no parecía enfadado con su tío. De hecho, lo ignoraba con tanto descaro que resultaba igual de grosero que las miradas del otro.

Charlotte estaba sentada al lado del conde y Hector se ubicaba a su otro lado. La señora y la señorita Mirren estaban al lado de su tío. Ambas parecían muy concentradas en su plato aún vacío. El ambiente era incómodo, aunque su padre o no lo notó, o fingió que no era así, porque ordenó servir la cena con el entusiasmo que lo caracterizaba. Los lacayos sirvieron la entrada, y cuando se retiraron, comenzó la disputa para la que Charlotte se había estado preparando desde que supo de la visita de su tío esa noche.

—Tengo que confesarte, hermano, que tu aceptación de este matrimonio me ha dejado sorprendido.

Charlotte tensó la mano con la que sostenía el cubierto y observó a Leinster, pero este no parecía en lo absoluto mortificado. Al contrario, miraba al tío Roger como si esperara con ansias su próximo movimiento.

—Lottie lo ama. Sabes que lo único que deseo es su felicidad.

—Pero ambos sabemos la reputación del caballero. Disculpe, Leinster, pero hay muchos rumores desagradables que lo preceden. Comprenderá que quiera velar por los intereses de mi sobrina.

Charlotte contuvo el impulso de hacer una mueca de desagrado. Tenía muy claro que a su tío nunca había tomado en cuenta sus intereses. De hecho, a Charlotte le extrañaba que mostrara tanta oposición a la boda. Ella hubiera creído que un hombre como él estaría contento de no tenerla viviendo de su caridad, ni a ella ni a su hermano.

—Su preocupación es admirable, señor Mirren, pero le aseguro que solo tengo buenas intenciones hacia su sobrina —dijo Leinster. Mentía con una naturalidad preocupante.

—Todos merecemos una segunda oportunidad, Roger —dijo el vizconde, siempre siendo mediador de paz—. Si Lottie lo ama, y él la ama a ella, ¿por qué no dejar que sean felices?

—Recelo de que lo que sientan sea verdadero amor.

—¡Claro que lo es! —dijo Leinster con vehemencia. Observó a Charlotte con un brillo pícaro en los ojos—. Me enamoré de ella por su encantadora personalidad, su persistencia, su tenacidad, y la capacidad de siempre conseguir lo que quiere. Sobra decir que es una dama hermosa con muchos talentos y carácter afable. Querida, díles por qué te enamoraste de mí para que puedan estar conformes.

Charlotte lo hubiera golpeado de ser posible. Enderezó los hombros e intentó imprimir un tono natural en su voz.

—Me enamoré de él por su carácter risueño, su buen humor y su... empatía. Por supuesto, también influyó su encanto y sus palabras persuasivas. No sabe aceptar un no por respuesta y puede ser increíblemente persistente.

—Como ve, señor Mirren, estamos muy enamorados —intervino el conde antes de que ella pudiera seguir describiendo todos sus defectos.

—Habrà que ver cuánto dura el amor, sobre todo de su parte, Leinster —dijo con malicia—. No estaba hace unos días lord Lancaster disgustado con usted por... ciertos asuntos.

Esta vez Leinster sí que se tensó y Charlotte también.

—Rumores malintencionados. Me juzga muy severamente, señor Mirren. Entiendo su preocupación, pero en mi opinión, hay destinos peores que casarse con un granuja regenerado. Por ejemplo, esos matrimonios en donde hay una gran diferencia de edad siempre me han parecido muy crueles para la parte más joven. Difícilmente encontrarán nada en qué congeniar y la dama será más una enfermera que una esposa, dejando pasar así los mejores años de su vida.

Hubo un silencio tenso. Charlotte miró a su prima, Annie, que estaba muy incómoda y parecía contener el llanto. Quiso reprender a Leinster por haberle metido en la disputa, pero también era consciente de que el conde estaba en ese juego por ella.

—Creo que es momento de servir el primer plato —dijo su padre intentando aliviar la tensión del ambiente.

Funcionó temporalmente, porque en esta ocasión fue Hector el que, inocentemente, tocó otro tema que, aunque no se había debatido, era igual de delicado.

—Papá, ¿Leinster me va a cuidar en caso de que tú nos hagas falta?

Charlotte le dio un golpe con el zapato a su hermano para que comprendiera que acaba de ser muy imprudente. Más allá de que era deprimente recordarle a una persona que estaba próximo a la muerte, no era el momento adecuado para sacar el tema.

Su tío miró con severidad al vizconde.

—Supongo que no se te cruzará esa idea por la cabeza —le dijo—. Hector necesita tener el mejor de los ejemplos.

—Padre —intervino Charlotte, ansiosa—. Sabes que Hector y yo estamos muy unidos. Yo puedo encargarme de él y educarlo junto con Leinster.

—¿Qué sabe el conde de educación? —se burló su tío.

—Le sorprendería. Por ejemplo, no hago comentarios impertinentes ni maliciosos a menos que me provoquen, es más de lo que se puede decir de otros.

—Hereford, si aceptas este matrimonio por algún tipo de presión, te aseguro que yo puedo hacerme cargo tanto de Charlotte como de Hector. Lo haré con gusto.

Hubo algo en el tono en que lo dijo que le provocó un escalofrío de desagrado, sobre todo porque la estaba observando de nuevo con esa mirada depredadora y profunda.

No pudo evitar recordar las palabras de Leinster y su teoría de que tanta moralidad ocultaba defectos ocultos y oscuros.

—Tengo curiosidad —dijo Leinster con una mirada astuta—. El matrimonio de una dama siempre es bien recibido por la familia. No dudo de su cariño por sus sobrinos, milord, pero admitirá que para cualquiera es más cómodo que una dama esté casada, y si el esposo de este está dispuesto a hacerse cargo del resto de la familia, ¿por qué no aceptarlo? Además de mi mala reputación, ¿hay alguna razón en particular por la que no acepte este matrimonio? O por el que desee que Charlotte viva con usted.

La pregunta generó silencio y muchas miradas confundidas. Charlotte y el vizconde lo observaron sin entender el trasfondo, la señora Mirren apretó los cubiertos, Annie siguió mirando su plato y Hector continuó comiendo, ajeno al revuelo que había armado. Su tío, sin embargo, observaba al conde con algo similar al odio.

—¿Por qué habría algo más? —replicó con voz pausada, como si hubiera meditado bien sus palabras.

Leinster se encogió de hombros.

—Solo era una interrogante. No tiene por qué agobiarse, señor Mirren, Charlotte me ha conquistado, he decidido cambiar por ella, y le aseguro que soy muy capaz de cuidarla, a ella y a su hermano.

Para sorpresa de la joven, tomó su mano y se la llevó a los labios en un beso rápido y casto. Ella se sonrojó, mientras el vizconde observó el gesto con curiosidad.

—A decir verdad, me gustaría que habláramos de otro tema que no esté relacionado con mi posible falta —comentó el vizconde con una sonrisa entre burlona e incómoda.

—Lo lamento, padre —dijo Hector, por fin entendiendo que lo había hecho mal.

—No te preocupes, hijo. ¿Estamos listos para el segundo plato?

Y con el comentario finiquitó la discusión. Su padre podría ser un hombre pasivo, pero sabía cómo usarlo a su favor para terminar las discusiones. Llegado un momento, su amabilidad en instantes de tensión era tal que a los involucrados les daba vergüenza seguir con la disputa.

El resto de la cena transcurrió sin inconvenientes.

Lo ideal hubiera sido que, después de esta, los caballeros se fueran a su salón y las damas a otro, pero su tío le pidió a su padre una conversación a solas y dejó a la señora y señorita Mirren en compañía de Charlotte y Leinster. Hector había sido mandado a dormir.

Las damas no aportaban demasiado a la conversación. Cruzaban una que otra palabra entre ellas, pero la mayor parte del tiempo parecían interesadas en cualquier cosa menos en ellos. Por lo tanto, su única compañía era Leinster, quien sí parecía animado a hablar.

—¿Qué crees que le esté diciendo tu tío sobre mí a tu padre? Apuesto a que investigó mis últimos pecados y los ha puesto en una lista.

—Solo espero que mi padre no lo tome en serio —musitó ella—. Tiene en mucha estima a mi tío.

—¿Por qué? —preguntó, verdaderamente desconcertado—. Es el menor.

—A veces los hermanos menores son los más sensatos y el otro lo sabe, ¿no lo crees? —indagó con una sonrisa burlona.

Él la miró con fastidio y no respondió.

Permanecieron unos segundos en silencio. A Charlotte el puchero de su boca le recordaba al de un niño haciendo berrinche. No iba a hablar hasta que lo hiciera ella.

—Te defendiste bien, aunque tus palabras fueron muy duras —murmuró para que las damas no la escucharan.

—La verdad es dolorosa.

—Ah, ¿sí? No me da la impresión de que seas un hombre que acepte sus verdades.

—Lo cierto es que pocos se atreven a decírmelas.

—¿Y le gustaría que lo hicieran?

—Me gustaría que me llamas por mi nombre. La falsa se vuelve más débil si no hay confianza entre nosotros. Además, suena muy bien en tus labios.

Charlotte recordaba muy bien la última vez que lo había llamado por su nombre y, sonrojada, lo miró con desdén. Él le ofreció una sonrisa inocente.

No hablaron más, pero el silencio tampoco duró demasiado. Su tío regresó al salón y le hizo un gesto a su esposa e hija para que se levantaran. Ellas lo hicieron con premura.

—Creo que es hora de irnos. Leinster, mi hermano quiere hablar contigo.

La sonrisa maliciosa en su rostro no auguraba nada bueno y Charlotte solo podía desear que no hubiera llenado de veneno a su padre.

Leinster le lanzó una mirada que pretendía ser alentadora y caminó hacia el despacho del vizconde.

Charlotte lo observó con nerviosismo, y cuando volvió a fijar los ojos en su tío, este tenía un perverso brillo de satisfacción en la mirada.

—Yo no esperaría que ese matrimonio se diera. Pero no te preocupes, querida, cuidaré

bien de ustedes.

Ella lo observó marchar, angustiada. ¿Por qué estaba empeñado en que fueran a vivir con él? Su padre no iba a dejar fortuna que le interesase, y ellos solo serían una carga. ¿Acaso estaba tan amargado que tenía deseo de amargar a otros? Se le hacía creer que alguien pudiera ser tan cruel, menos cuando se trataba de su propia familia.

Se dejó caer en una silla y miró el pasillo por donde había desaparecido el conde. Solo le quedaba esperar que fuera tan persuasivo como lo había sido con ella. Era su única esperanza.

Gregory entró al despacho del vizconde con seguridad y buen semblante. Suponía que habían hecho varias acusaciones contra él, así que debía estar preparado para rebatirlas con la mayor templanza posible, sobre todo considerando que la mayoría de los delitos imputados seguramente eran reales. Tenía que parecer creíble. Por suerte, no era nuevo para él fingir que lo estaban injuriando. Había practicado varias veces con George.

—Por favor, siéntese.

Gregory obedeció. A simple vista, el conde parecía un hombre fácil de tratar, sobre todo cuando lo que una vez fue un corpulento cuerpo estaba consumido por la enfermedad y los ojos que lo observaban parecían más cansados que condenatorios. Sin embargo, sabía que tenía que irse con cuidado. Nada le daba más fuerza a un hombre que el amor por un ser querido.

—¿Desde hace cuánto tiempo está cortejando a Charlotte?

Gregory sacó cálculos mentales rápidos. No podría dar una fecha muy lejana, o tendrían más pecados que adjudicarle. Pero una muy cercana resultaría sospechosa.

—Hace dos meses. Aunque debo decir que me conquistó apenas la vi.

—Si hace dos meses mi hija lo conquistó, por qué Roger mencionó que hacía apenas dos semanas lord Lancaster lo estaba buscando por todo Vauxhall porque según usted se había ido con su mujer, o por qué el marqués de Carisbrooke quería retarlo a duelo hacía apenas un mes.

—Lord Lancaster no tiene pruebas de que yo estaba con su esposa, y últimamente todos quieren retarme a duelo por cualquier tontería. Posiblemente se deba a que le gané en las cartas y crea que hice trampa. El marqués es más vicioso.

El conde no le había creído por completo, pero tampoco parecía descartar la idea.

—Dicen que la viuda Argyll divulgó que usted la utilizó y no se quiso casar con ella.

—Las viudas, en su dolor y necesidad de sentirse a salvo, suelen exagerar un poco las cosas con la esperanza de que el caballero en cuestión les proponga otro matrimonio.

—¿Y qué pasa con la cantidad de dinero que perdió en el juego hace menos de un mes?

—Nada de lo que preocuparse. Admito que juego y apuesto, pero nunca lo suficiente para que cause problemas a mi economía.

—Dicen que tiene problemas con el alcohol.

—Habría notado que en la cena apenas toqué mi copa.

Lo cierto era que a Leinster no le gustaba ese vino y por eso no lo había tomado, pero sí podía usarlo de excusa para salvarse.

—Si no se le hubiera escuchado decir a Lottie cuánto lo quería, pensaría que intentan engañarme.

Gregory no se solía sentir incómodo mintiendo, pero en ese momento sí lo hizo. Después de todo, lo que tenía frente a sí era solo un hombre que amaba a su familia.

—Su hija jamás hará algo para lastimarlo.

Era el comentario más sincero que había dicho en toda la noche.

—No a propósito, pero Lottie tiende a cargar con responsabilidades que no le corresponden.

Suspiró con cansancio y se recostó en la silla.

—He fallado en muchos aspectos de mi vida. No manejé bien mi economía persiguiendo a un imposible, y ni siquiera pude mantener mi salud el tiempo suficiente para reponerla. Mis hijos son los que pagarán las consecuencias, y eso me pesa como no tiene idea. Pero si algo puedo hacer antes de morir, es al menos asegurarme de que mi Lottie será feliz. Quiero creer en tu palabra, Leinster, porque yo soy un ejemplo de que cuando se ama a alguien, uno mismo cambia para poder hacerla feliz. Júrame por tu honor que no harás sufrir a mi Lottie y este viejo podrá estar en paz.

Aunque muchos creyeran lo contrario, Gregory sí se consideraba una persona con cierto honor, por eso no hizo la promesa de inmediato. Dar su palabra como caballero implicaría tener que cumplirla, aunque la persona a la que se la estuviera haciendo estuviera cerca de la muerte.

¿Podría prometer de verdad que no la haría sufrir? Consideraba que su acuerdo había sido lo suficientemente claro para que los sentimientos no se involucraran en el matrimonio, pero una parte de él, recelosa, le decía que, si seguía con su estilo de vida, tarde o temprano, ella lamentaría ese matrimonio. Y eso le llevaba a la pregunta de ¿de verdad quería seguir con su estilo de vida? No había tenido mucho tiempo de pensar en lo que Raymond le había aconsejado, pero de vez en cuando lo atormentaba la pregunta de si este tenía un sentido para él. A decir verdad, encontraba mucho más entretenidos los debates con Charlotte que las conversaciones vacías con las damas que iba a conquistar. Quizás se debiera a la novedad, tal vez se pasaría con el tiempo, pero lo cierto era que la vida que llevaba hasta el momento era tan triste como todos afirmaban, y por negarse a admitirlo era que había terminado en esa situación.

Pero tampoco sabía si podía cambiarla.

—En su momento, a mí también me hubiera costado hacer esa promesa —dijo el vizconde, tomándose su silencio con más calma de lo que Gregory hubiera esperado—. Uno se acostumbra a un estilo de vida que en un momento lo hizo feliz, y tiene recelo de admitir que puede cambiarlo, no confiamos en nuestros instintos, en nuestro autocontrol. Tenemos miedo. Hasta que esa persona te hace ver que no necesitas mujeres, alcohol y juego constante para ser feliz, porque hay felicidad en verla sonreír, en hablar con ella y pasar las noches a su lado frente a la chimenea. Una vida libertina da momentos cortos de felicidad, Leinster, pero pasar tiempo con alguien que de verdad aprecias, te da la paz que necesitas para toda la vida. Entonces, sabes que jamás podrás hacerle daño porque tú también sufrirás. Así pues, ¿puedes hacerme la promesa que te pido?

Y Gregory, sin ni siquiera pensarlo, dijo:

—Le prometo que jamás le causaré daño intencionalmente.

Porque se dio cuenta de que él tampoco quería hacerla sufrir. Podía haber dañado a mucha gente con su indiferencia o falta de compromiso, pero ser cruel con alguien nunca había sido parte de su naturaleza. Había visto a su madre sufrir por su padre, e inconscientemente supo que no podría hacerle eso a su esposa. Por eso había estado evitando el matrimonio.

Y ahora que había caído en él, no tenía ni idea de lo que iba a pasar con su vida.

Capítulo 13

La boda se llevó a cabo apenas terminaron las amonestaciones, es decir, dos semanas después de haberse anunciado el compromiso. A Charlotte no le sorprendía que los días hubieran pasado inexplicablemente rápido después de esa noche en su casa. Los momentos que uno más temía eran los que llegaban con mayor prontitud. Al destino le fascinaba el espectáculo de un alma desdichada enfrentando su mayor miedo.

Sentada en el carruaje que la llevaría a la iglesia, acomodó por décima vez la falda del vestido color lila que había mandado a hacer con prisas para la ocasión. Sintió la mirada de su padre, que estaba sentado justo frente a ella, y, aunque sabía que su actitud generaba sospecha, no la enfrentó. Presentía que si lo miraba demasiado tiempo, él se daría cuenta de que lo suyo no eran solo los nervios típicos de una novia, sino un verdadero terror a ese matrimonio, pues ni se estaba casando con el amor de su vida, ni tenía ninguna seguridad sobre su futuro.

—Lottie, ¿segura que estás bien?

Charlotte suspiró. Era la segunda vez que le hacía esa pregunta, y si no controlaba su temor, no sería la última durante ese trayecto. Deseó que Hector los hubiera acompañado en el carruaje. Su padre lo había mandado en otro coche, y Charlotte estaba segura que la razón era que quería evaluarla durante el camino, por si había algún indicio de que se arrepentía.

A decir verdad, sentía una fuerte necesidad de salir huyendo.

—Segura, padre.

—Entonces, ¿por qué no me miras a los ojos?

Siempre había sido un hombre muy perspicaz. Después de una respiración profunda, lo enfrentó. Pocas veces se veía al vizconde preocupado, pues era un hombre por naturaleza optimista, pero Charlotte lo conocía lo suficiente para saber que él también tenía mucho miedo. Miedo por ella.

—Si no estás segura de este matrimonio, podemos cancelarlo.

Charlotte contuvo una risa histérica.

Cancelar el matrimonio no era una opción.

De hecho, había pocas opciones en las que ella y su reputación pudieran salir intactas.

Bueno, en realidad solo había una: casarse.

Aunque quisiera salir corriendo, se había metido tanto en eso que huir no era una opción.

—Estoy bien, padre. Solo un poco nerviosa, ya sabes, como toda novia.

Su padre no pareció convencido, pero ella esbozó una sonrisa tranquilizadora que al menos lo persuadió por el momento.

—Todavía me cuesta creer que te vayas a casar con ese hombre.

A ella también le costaba creérselo, y estaba a unos minutos de suceder.

—La vida da vueltas inesperadas, padre.

Muy inesperadas, como una propuesta de matrimonio de un desconocido.

—Él me prometió que no te haría sufrir, y mi instinto, espero no equivocarme, me dice que fue sincero.

Eso sí que la sorprendió. Después de salir de hablar con su padre, Leinster había salido, se había despedido con educación y se había marchado, sin dar demasiados detalles de la conversación. Charlotte había notado que parecía pensativo y algo disperso. Había hablado con su padre, pero este le aseguró que todo estaba bien, y no se habló más del tema.

Tampoco había visto mucho a Leinster desde entonces. Parecía haber desistido de la idea de verse en público, y Charlotte sospechaba que se debía a que había comprendido que no iba a

obtener nada de ella.

«Mejor», pensó. Así no fastidiará más.

Pero una pequeña parte de ella estaba resentida por su falta de atención. Se convenció a sí misma de que era porque necesitaban aparentar y no quiso pensar más en ello, aunque sabía que no era la única razón.

—No me hará sufrir, padre —prometió ella.

Porque la clase de sufrimiento al que se refería su padre solo podría originarse si ella se involucraba sentimentalmente con Leinster, y estaba decidida a que no sucediera.

—Tu tío insiste en que es una mala idea —continuó el vizconde.

Charlotte contuvo una mueca. Su tío nunca había estado demasiado presente en las reuniones familiares. Recordaba haberlo visto solo una que otra vez desde que era pequeña, pero desde hacía dos semanas, cuando se anunció su compromiso, parecía vivir en su casa. Iba casi todos los días a cenar, y siempre sacaba el tema de Leinster. Por suerte, el vizconde había cumplido su palabra y se había comportado durante esos días, por lo que no había pruebas con las que incriminarlo, pero la insistencia de su tío resultaba irritante. Por fortuna, su padre era un hombre paciente y no tan manipulable como todos creían. Escuchaba con paciencia a su hermano, pedía evidencias, y al no obtenerlas, desestimaba las acusaciones. Por supuesto, una que otra semilla de duda habría logrado sembrar, pero nada lo suficientemente grave para lograr la oposición de su progenitor a la boda.

Esperaba que desistiera una vez esta se llevara a cabo, o podría resultar un problema cuando intentara convencer a su padre de que le dejara la custodia de Hector.

Un tema que no podía posponer demasiado tiempo.

Se aclaró la voz.

—Padre, respecto a Hector ... Me gustaría que pudiera vivir conmigo si llegase a suceder algo, y estoy seguro de que él también se sentiría más cómodo. Leinster tiene los recursos para darle la mejor educación.

Su padre se recostó en el asiento. Ese día parecía más cansado que de costumbre. Charlotte había notado que la última semana había empezado a sufrir un deterioro evidente. Se cansaba más rápido, caminaba más lento y respiraba con dificultad. No quería pensar en el tema de su muerte, pero había alguien vivo que todavía necesitaba de ella.

—No me encanta la idea de que Leinster sea el tutor de tu hermano —comentó con sinceridad—. Más allá de su reputación, creo que tu tío tiene más madurez para ayudar a Hector en su proceso de crecimiento.

—Pero un apoyo más joven podría ser más agradable para Hector —insistió, no queriendo decirle que su tío era más estricto que maduro—. Y yo velaré por él.

Su padre suspiró.

—Lottie, sé que estás preocupada por tu hermano, yo también lo estoy, y aunque estas conversaciones son necesarias, admito que no me anima demasiado tenerlas.

Charlotte se sonrojó, consciente de lo que decía su padre. Supuso que hablar de una posible muerte jamás era agradable.

—Lo siento, padre.

—No, yo lo siento. Soy muy consciente de que no me queda mucho tiempo, y lamento no haber tenido la fortaleza para seguir velando por ustedes unos años más. Le prometí a su madre que lo haría, pero parece que el creador tiene otros planes.

Charlotte parpadeó para alejar las lágrimas de sus ojos, pero estas solo corrieron en libertad por sus mejillas. Había estado conteniéndolas demasiado tiempo porque necesitaba ser

fuerte. Necesitaba ser fuerte para saber cómo iba a resolver su futuro y el de su hermano, necesitaba ser fuerte para llevar a cabo ese absurdo plan, y necesitaba ser fuerte para lo que se avecinaba. Pero ser fuerte no significaba no sentir dolor, porque al final, la fortaleza se formaba gracias a la necesidad de responder a una situación desdichada.

Sin pensarlo, se lanzó a los brazos de su padre, que la abrazó con cariño.

—Lottie, querida Lottie. No quiero que llores, menos hoy. Dale a este viejo la felicidad de verte dichosa. Al menos me quedará ese consuelo.

Ella intentó tranquilizarse, pero no pudo, porque no era dichosa. Su padre se estaba muriendo, iba a casarse con un hombre que nunca la amaría y ni siquiera podía asegurar el futuro de su hermano. Estaba ansiosa, devastada y al borde de la histeria. Y aun así, cuando llegaron a la iglesia se obligó a respirar hondo, limpiarse las lágrimas del rostro y forzar una sonrisa para que su padre creyera que todo estaba bien.

Cuando divisó a Leinster, pensó que él tampoco tenía muy buen aspecto. Las ojeras en su rostro indicaban que no había dormido bien, y aunque el resto de su aspecto era impecable, nada podía borrar la inquietud que había en sus ojos. Parecía un condenado a muerte que esperaba que lo salvaran a último momento, aunque supiera que era imposible. Charlotte compartía en sentimiento, y se lo hizo saber con una mirada comprensiva. Pese a ello, ambos forzaron una sonrisa cuando se vieron, recitaron sus votos y se montaron en el carruaje que los llevaría a la casa del conde, donde sería el desayuno de bodas.

No hablaron durante el trayecto, como si ninguno de los dos supiera qué decir. En el caso de Charlotte, aún seguía asimilando todo lo que acaba de suceder.

Casarse era sin duda un acontecimiento que podía dejar a una mujer pensativa por un tiempo, sobre todo cuando el pretendiente estaba muy lejos de lo soñado alguna vez.

Y aún quedaba mucho camino por delante.

Una vida, para ser más específicos. Esperaba poder con ello.

Gregory aún no podía creer que se hubiera casado. Recostado en una esquina del salón de baile, se bebió el contenido de su copa mientras observaba a las personas interactuar. Si tenía que soportar una felicitación más, sumado con comentarios similares a «hasta que llegó tu momento, Leinster» o «ya era hora de sentar cabeza» la sonrisa se le deformaría en el rostro.

No había dormido nada esa noche temiendo el día, y ya había llegado, había pasado, y aun así no lograba recuperarse, porque sentía que ahora que había dado el paso, no tenía ni idea de qué sería de su vida.

—No te recomiendo emborracharte. Aún es temprano y no daría buena impresión.

Gregory se giró para enfrentar a Roger. No le importaba admitir que había estado evitándolo todo el día, antes, durante, y después de la ceremonia. No estaba de humor para soportar sus comentarios, sobre todo porque esa situación era en parte culpa de sus maquinaciones.

—Nunca me ha importado dar una buena impresión.

—Ahora que estás casado, debería hacerlo.

Gregory le dirigió una mirada mordaz.

—Estás feliz, ¿verdad?

—Por supuesto. Pronunciaste los votos frente al altar, algo que ya había perdido la esperanza de que hicieras. ¿Cómo no estar feliz? Si te soy sincero, no esperaba que llevaras el teatro tan lejos.

Gregory no se sorprendió por sus palabras. Siempre supuso que su hermano conocía toda

la verdad. George no era fácil de engañar.

—Un buen hermano hubiera impedido que hiciera esta locura.

—Si estabas tan empeñado en mantener la falsa, ¿quién era yo para hacerte entrar en razón? Tenías que medir por ti mismo las consecuencias de la terquedad.

—Siempre tan aleccionador. No entiendo por qué no fuiste el mayor.

—No te menosprecies, Gregory. Creo que este matrimonio te beneficiará.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Sobre todo, porque sospecho que la terquedad no fue lo único que te motivó a seguir adelante.

—No te entiendo —dijo con voz tensa

—No negaré que tu insistencia en llevarme la contraria fue una gran motivación para seguir con esta farsa, pero creo que ni siquiera tú serías capaz de llegar tan lejos solo por mantener una mentira, así que no es inverosímil suponer que, o la señorita Mirren llamó, aunque sea un poco, tu atención, o te diste cuenta de que casarse podría no ser tan terrible. O ambas.

—No formes historias románticas conmigo.

—Oh, soy consciente de que esto no es una historia romántica. Tampoco sé si llegaré a hacerlo, pero no pierdo la esperanza. Acabas de demostrarme que lo improbable puede ser posible.

Levantó su propia copa, hizo un brindis imaginario y se marchó, dejando a Gregory aún de peor humor.

No quiso pensar en lo que su hermano había dicho, porque en el fondo sabía que tenía razón. Sí, se había casado para llevarle la contraria, pero también porque una parte de él estaba harto de la vida que llevaba y quiso arriesgarse al cambio.

Y vaya cambio. Aún no estaba seguro de que esa no se convirtiera en la peor decisión de su vida.

—Si no tuviera que luchar contra la educación, los echaría a todos. Mi nivel de paciencia social se está agotando.

Gregory miró a su pequeña nueva esposa que había aparecido a su lado. Tenía que admitir que se veía muy bonita con ese vestido lila que resaltaba sus curvas y provocaba pensamientos indeseados en cualquier hombre. Sin embargo, parte de su encanto se veía disminuido por el cansancio en su rostro. Al igual que él, estaba harta de fingir cordialidad, de sonreír y bromear. Lo cual era irónico, pues ambos llevaban haciendo eso toda su vida.

—Sé que estás ansiosa de quedarte a solas conmigo, querida, pero creo que echar a todos es una medida extrema.

Ella lo miró con fastidio y él le sonrió. Había encontrado cierta gracia en molestarla que podía volver ese matrimonio más llevadero, al menos para él. Le generaba ternura cómo fruncía los labios, cómo arrugaba el ceño e incluso la hostilidad con la que lo miraba.

—¿No te cansa? Siempre sonreír, ser amable, aunque por dentro quieras estrangular al otro, reclamarle su falsedad.

—A decir verdad, siempre he intentado tomarme estas cosas con calma y humor. Arrugar mucho el ceño hace que salgan arrugas, cariño.

Ella le lanzó una mirada hastiada.

—No sé por qué te he preguntado, si tú eres el tipo de interlocutor al que uno le provoca estrangular.

Él sonrió.

—Si te quedas conmigo esta noche, puedo dejarte intentarlo.

Ella lo observó con confusión y él soltó un suspiro de decepción. Por eso detestaba a las vírgenes. ¡Había tantas cosas que no entendían!

Le echó otro vistazo y se dijo que, si ella lo permitiera, no le importaría enseñarle. De hecho, empezaba a pensar que podría estar muchas veces con ella sin aburrirse, cosa que no le pasaba con frecuencia. Pero esa maldita mujer estaba empeñada en mantenerlo alejado.

«No será por mucho tiempo», se dijo. Gregory no era una persona que se diera por vencida con facilidad, por lo que ya había ideado un plan para comenzar el proceso de seducción. ¡Que lo aspasen si esa mujer no terminaba en su cama!

—Se siente extraño, ¿no crees? —preguntó ella.

Él supo de inmediato a qué se refería.

—Bastante.

—¿Estás arrepentido?

—Me arrepiento de muy pocas en la vida, encanto. Arrepentirse es una pérdida de tiempo si no puedes cambiar la decisión, así que no, no estoy arrepentido. ¿Y tú?

Ella lo pensó un momento.

—Creo que fue lo mejor —dijo con voz ausente. Bien podría tratarse de una mártir que acababa de ser sacrificada.

Tampoco podía culparla por no estar contenta. Él tampoco lo estaba. Aunque no valía la pena lamentarse por algo que no podrían cambiar, sí tenía que admitir que había sido una decisión imprudente, y que tendría que lidiar con las consecuencias, fueran las que fueran. Sin embargo, no estaba tan pesimista respecto al futuro como antes, y por eso le molestó un poco que ella pareciera tan abatida. El matrimonio con él podía no ser lo que soñó, pero no consideraba que fuera lo peor que podía pasarle.

—Ahora intenta decirlo sin sonar tan desdichada —musitó sin poder contener su resquemor.

Ella parpadeó, como si saliera de un trance.

—Lo siento. No es que sea desdichada. Es solo que... Muchas cosas que asimilar, supongo.

—Sí, puedo entender eso.

Guardaron silencio por un minuto.

—Gregory... ¿crees que esto saldrá bien?

No tenía idea. Pero era una persona optimista por naturaleza. Siempre que cometía un error, intentaba pensar que la situación mejoraría. No veía por qué no podía aplicar el mismo razonamiento en esa decisión.

—Tengo esperanza.

Una pareja empezó a acercarse a ellos, ambos con sonrisas tan amplias que no podía ser reales. Ella lo miró, él asintió con la cabeza y le tomó del brazo. Ambos sonrieron con igual falsedad.

No sabía si todo saldría bien, pero podrían intentarlo.

Capítulo 14

Cuando el último de los invitados se fue, Charlotte sintió el imperioso impulso de marcharse con él, sobre todo teniendo en cuenta que el último en irse fue su padre. Se sentía extraño quedarse en una casa ajena cuando ya todos se habían ido, y aunque su padre se fue asegurándole que podía regresar con él cuando quisiese, Charlotte sabía que ese ya no era su hogar.

Miró a su alrededor con confusión, preguntándose qué iba a hacer a partir de ese momento. Mucho había temido que llegara la hora de la consumación de su alocada decisión, pero poco había pensado en ello por miedo a arrepentirse.

Al menos podría decir que Leinster estaba igual de dubitativo que ella. La observaba como si fuera un paquete no grato que habían dejado en su casa y no tenía idea de qué hacer con él.

—¿Quieres que te enseñe la casa? —preguntó con expresión nerviosa.

A lo mejor él también estaba cayendo en la cuenta de que definitivamente no había vuelta atrás.

Charlotte asintió y él se dedicó a hacerle un pequeño recorrido por la mansión. No hablaron demasiado. Leinster parecía sumido en sus propios pensamientos y una que otra vez llegó a confundir las habitaciones. Finalmente, se habían topado con una mujer muy agradable, que resultó ser el ama de llaves, y que Leinster vio como su salvación. La dejó a su cargo y le dijo que la vería en la cena, antes de desaparecer como un niño al que le acababan de quitar una gran carga.

—Tiene que disculparlo, milady —le dijo la mujer, que se había presentado como la señora Harris, aunque insistió en que la llamaran Mary. Su voz era maternal y educada—. No acostumbra a tener personas aquí, y pasa tan poco tiempo en esta casa que me atrevo a asegurar que no la conoce bien. Espero que el matrimonio logre cambiar ese aspecto.

Charlotte esbozó una sonrisa tensa. No se atrevió a decirle a la dama que eso no sucedería.

—Oh, ese joven sabe tan poco sobre el procedimiento adecuado de todo. Ni siquiera convocó a todo el personal para presentárselo —refunfuñó la mujer—. No se preocupe. Cuando terminemos el recorrido los reuniré para usted. Todos aquí estamos encantados con su llegada. Hace tanta falta una mano femenina en esta casa...

Mary era una mujer muy conversadora y también bastante sincera. A Charlotte le agradó de inmediato. A diferencia de lo que se esperaba de un criado, no tenía reparos en decir lo que pensaba y, por lo que comentó, había muchas cosas que le reprochaba a su señor. No obstante, también se dio cuenta de inmediato de que eran reproches guiados por el afecto. Mary quería tanto a Leinster que por eso se atrevía a hablar de él.

—Debe tener mucha paciencia con él, milady —dijo la dama mientras le mostraba finalmente la que sería su habitación, una agradable estancia decorada en azul cielo y blanco, con una cama gigante, un tocador y un pequeño balcón—. A veces, le cuesta entender lo que se necesita, aunque para uno es evidente. Por ejemplo, cuando le comenté que ya había mandado a arreglar su habitación, me dio las gracias, pero supe por su expresión que ni siquiera había pensado en ello. ¡Y faltaba un día para la boda! ¿Dónde creía que iba a dormir? Dios sabrá. Tuve que recordarle que las damas decentes tenían su propia habitación.

Charlotte se sonrojó al entender la insinuación que estaba haciendo Mary. Seguramente por esa casa habían pasado muchas mujeres, pero las que se quedaban a dormir sin duda no lo

hacían en un cuarto aparte. La mujer, que no se percató de lo incómodo que resultó para ella el comentario, continuó hablando.

—Aunque creo que no prestar atención a cosas evidentes es un defecto de todos los hombres en general. Mi esposo es muy meticuloso en su trabajo, pero Dios sabe que muchas veces he tenido que aclararle algo para que pudiera entender que estaba haciendo mal. Milady, ¿desea conocer al personal ahora o quiere descansar?

—Me gustaría conocer a todo el personal —decidió Charlotte, pues descansar significaba pensar.

Mary volvió a llevarla abajo y le pidió que la esperara en el vestíbulo. Pocos minutos después, una fila de criados se posicionó frente a ella, liderados por Mary y un hombre alto y delgado cuyo semblante inexpresivo lo delataba como el mayordomo. Charlotte quedó sorprendida cuando se dio a conocer como el señor Harris. Fue este quien inició las presentaciones. Charlotte hizo lo posible por memorizar nombres y rostros. Aunque no había tanto personal como había esperado, sí eran más de los que servían en su casa.

—Voy a prepararle un baño. ¿Desea que mande a una doncella para que la asista? —preguntó Mary.

Charlotte asintió, entusiasmada. Hacía tiempo que no tenía una doncella personal. Con las deudas de su padre en aumento, el personal de servicio se fue reduciendo considerablemente.

Aunque no le entusiasmaba demasiado la idea de una cena con Leinster, se esmeró en su arreglo personal porque necesitaba hablar con él. Se puso uno de sus vestidos más recientes, uno color vino que resaltaba en la palidez de su piel y que había formado parte del ajuar que la condesa de Rummage le había dado como regalo de bodas. Dejó que la doncella peinara con habilidad su cabello hasta formar una corona sobre su cabeza, e incluso permitió que le aplicara un poco de polvo y color en los labios, aunque nunca había sido fanática del maquillaje.

Cuando llegó al comedor, él la estaba esperando, y aunque fuera presuntuoso de su parte creerlo, a Charlotte le dio la impresión de que estaba sorprendido al verla.

—Buenas noches —musitó él con la voz ligeramente ronca.

Ella respondió al saludo con una inclinación de cabeza y procedió a sentarse. Tener la certeza de que estaba presentable y bonita, le dio cierta seguridad para que sus manos no temblaran cuando le sirvieron la entrada, ni cuando Leinster se la quedó mirando fijamente.

—Hablé con mi padre sobre la custodia de mi hermano —comentó Charlotte después de mucho rato en un silencio lleno de miradas indecisas—. Dijo que iba a pensar en la propuesta de dejártela a ti, pero creo que, para convencerlo, es necesario que vea que puedes ser un buen tutor.

Leinster amplió una ceja, pidiendo más información. A ella no le tembló la voz cuando dijo:

—Necesitas demostrar que eres un hombre responsable, de familia y que has dejado atrás todos tus malos hábitos.

—Creo recordar que cuando hicimos este trato, comentaste que no interferirías en mi vida —dijo con fastidio—. ¿Qué pasó con esa promesa, encanto? ¿Esperabas llevarme al altar para atosigarme con exigencias?

—No estoy diciendo que no puedas seguir con tu vida —respondió igual de molesta—, solo que debes hacerlo con más discreción, que no haya rumores sobre ti que ensucien tu imagen.

—Hasta a los santos le inventan rumores, querida, estás pidiendo demasiado.

Charlotte sabía que tenía razón. Evitar las habladurías de la gente necesitaba más que discreción: necesitaba una conducta impecable. La sociedad era como cuervos que sobrevolaban sobre chismes frescos. Tenían ojos en todos lados y pocas veces alguien salía bien parado cuando

caía en su lengua. Dada la reputación que precedía a Leinster, el reciente matrimonio tendría los ojos de todos puestos sobre ellos. Los aristócratas querían saber si de verdad una mujer como ella había logrado enamorar al conde o era todo un matrimonio por conveniencia.

Sí, era consciente que le estaba pidiendo más de lo que habían acordado en un principio, pero no había llegado tan lejos para que al final su hermano se quedara con su tío.

—Si llegaste a estos extremos por fastidiar a un hermano, puedes fingir un poco más para salvar al mío —dijo con lentitud.

Observó el efecto que sus palabras tenían en él. No le habían agradado, y lo demostró desviando la mirada y bebiendo con ímpetu de su copa. Ella esperó con paciencia a que tomara una decisión. Por supuesto, no podía obligarlo a nada. En un matrimonio, era la mujer la que siempre salía perdiendo, y Charlotte siempre fue consciente de ello. Sin embargo, una parte de ella quería creer que Leinster se apiadaría de su causa.

—Solo porque tu tío tampoco me agrada —refunfuñó y se metió un trozo de cordero a la boca para no seguir hablando.

Charlotte esbozó una pequeña sonrisa y continuó con su comida.

No dijeron palabra hasta que la cena terminó. Charlotte le deseó buenas noches y él respondió con un seco asentimiento de cabeza. A ella no le importó, estaba demasiado feliz por haber conseguido lo que deseaba que solo pudo pensar en la paz que tendría cuando por fin todo quedara en orden.

Dejó que la doncella la ayudara a quitarse el vestido y le trenzara el cabello antes de irse a dormir. La cámara era muy cómoda y estaba tan cansada por todo lo sucedido en el día que ya casi había caído en el dulce arropo del sueño cuando sintió que alguien abría y cerraba la puerta.

Se incorporó, sobresaltada, y buscó con la mirada al intruso, que no había llegado por la puerta principal, sino por una entrada que estaba al fondo y que no había detallado hasta el momento. Estaba vestido solamente con un pantalón y la camisa sin moño, lo que dejaba a entrever parte de su pecho, iluminado por la lámpara que tenía en su mano.

Había en él algo atractivo, salvaje.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Leinster con recelo.

Aunque su camisión era muy recatado, Charlotte se cubrió con las sábanas. El gesto de pudor hizo que él se riera.

—Hace poco hablaste sobre la importancia de mantener las apariencias —dijo él acercándose con lentitud a la cama—. He estado pensando, y sería muy extraño que una pareja de recién casados, enamorados, no durmieran juntos la primera noche, ¿no crees? ¿Qué pensaría tu padre? ¿Qué pensaría mi hermano?

—No tienen por qué enterarse —espetó ella.

Sintió el impulso de retroceder, pero no tenía hacia dónde. Lo más extraño era que este instinto no estaba guiado por el miedo, pues algo le decía que él no le haría daño, sino por algo más primitivo. Él parecía un cazador y, en consecuencia, su cerebro reaccionaba como una presa.

—Pareces olvidar, querida, que una de las fuentes más frecuente y fidedignas de chismes son los criados —continuó él con tranquilidad—. Uno cree que, al pagarles, se gana su lealtad, pero lo cierto es que tienen ojos y oídos en todos lados, y siempre están dispuestos a dar información porque es una forma en que se sienten poderosos.

Charlotte lo sabía, pero no pensaba darle la razón. No cuando sabía qué estaba proponiéndole.

—Si no dormimos juntos, alguien lo notará, y lo hará saber a todos los empleados de la casa. Estos, a su vez, se lo comentarán a empleados de sus otras casas, donde las doncellas

estarán encantadas de dar la noticia de primera mano a sus señoras, y estas luego la repetirán. Si queremos fingir que estamos enamorados, no podemos permitirnos este rumor —dijo con solemnidad.

Charlotte lo observó con recelo. Aunque sabía que tras esa propuesta lógica había intenciones ocultas.

—No creo que rumores de esa índole lleguen a mi padre.

—Pero sí a mi hermano. El desgraciado siempre se entera de todo. Apuesto a que debe tener algún infiltrado en mi servicio. Yo acepté mantener las apariencias para que consigas la custodia de tu hermano, tú deberías aceptar mantener las apariencias para que el mío no se entere que le mentí. Ese era el trato.

Y Charlotte supo que estaba acabada. Sí, ese había sido el trato y ella podía ser muchas cosas, pero también tenía palabra.

—Oh, está bien, pero no te me acerques durante la noche —le advirtió mientras se rodaba a la esquina de la cama.

Lo escuchó reír cuando se subió al lecho y ella le dio la espalda.

—No te lo puedo prometer. Soy algo inquieto mientras duermo.

—Pues tendrás que controlarte, si no, no te aseguro que despiertes en la cama —espetó ella.

—¡Qué agresividad, cariño! ¿Acaso tienes miedo de algo?

En su voz había burla, pero también un ligero tono seductor que hizo que se estremeciera. Su voz no salió tan firme como hubiera deseado cuando dijo: buenas noches.

Escuchó su risa antes de que la lámpara se apagara y quedaran en completa oscuridad. El sueño no llegó a Charlotte tan rápido como antes, y ni siquiera se atrevió a moverse por temor a... A decir verdad, no sabía a qué le temía. Por su actitud, no parecía dispuesto a asediarla a mitad de la noche con propuestas indeseadas.

Sintió una punzada de decepción que se apresuró a ahogar. No, claro que no estaba decepcionada. Quizás su ego se había resentido un poco debido a que él no la consideraba lo suficientemente hermosa para seguir insistiendo, pero mantener las distancias en el plano íntimo era lo mejor que podía suceder.

Rato después, Charlotte por fin logró conciliar el sueño y, para su sorpresa, durmió con tranquilidad.

La despertó un cosquilleo cálido y agradable en su brazo. Se revolvió contras las almohadas como un gatito al que le estaban haciendo cariño y suspiró con satisfacción. Alguien río, y fue ese sonido el que la sacó de la ensoñación. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que no se estaba restregando contra las almohadas, sino contra un pecho desnudo y unos brazos que la rodeaban con ternura mientras una mano curiosa la acariciaba.

Horrorizada, Charlotte se separó de él como si su contacto la quemara.

—Antes de que me reclames —dijo él con ligereza—, me gustaría acotar que fuiste tú quien se acercó a mí en la noche. Y como no soy tan insensible, decidí no tirarte de la cama.

Charlotte sintió que enrojecía y no supo donde fijar la mirada.

—Yo... lo siento.

—Oh, no me molestó —continuó él, parecía estar de muy buen humor—. Sentir tu cuerpo junto al mío en realidad fue muy... agradable.

Charlotte estuvo a punto de lanzarle una almohada, pero se olvidó de ello cuando él se inclinó hacia ella. La visión de su pecho desnudo y sus cabellos claros despeinados hacían que su estómago se revolviera con sensaciones nunca antes sentidas. La boca se le secó y fue incapaz de

decir palabra.

—Sé que también te gustó. Antes de despertarte estabas muy cómoda.

Estuvo segura de que debía de parecer un tomate. ¡Desgraciado!

—Estaba dormida, no era consciente —se justificó.

Él chasqueó, desaprobando ese argumento.

—Yo diría que tu cuerpo inconscientemente me busca. Y le gustan mis caricias.

Acercó una mano hacia ella, y aunque por dentro la voz de la razón le gritaba que lo alejara, una necesidad desconocida la mantuvo ahí, a la expectativa, hasta que él acarició su mejilla con el dedo índice, moviéndolo con ternura y paseándolo por su cara con la delicadeza de una pluma.

—Si tan solo no fueras tan terca y te dejaras llevar. ¿Qué dices, cariño? ¿Te dejarás llevar?

Ella quiso decir que sí, pero aún tenía algo de sensatez, así que se alejó. Decidió refugiarse en la rabia para poder recuperar el control de sí misma.

—Solo en tus sueños. —Se bajó de la cama y lo miró con fijeza—. ¿No crees que es hora de que te marches?

Él hizo un pequeño puchero, como un niño al que le acaban de decepcionar, pero más allá de eso no parecía molesto.

—Sigue valiendo la pena soñarlo —dijo él con tranquilidad. Con pereza, se bajó de la cama—. Debo decir que repruebo el hecho de que no cumplas tus deberes como esposa, sobre todo considerando que tendré que pasar un tiempo comportándome como el esposo ejemplar.

Charlotte sabía lo que estaba intentando decirle. Ella aseguró que no iría a su cama mientras tuviera a otras, pero le estaba pidiendo que, por un tiempo, no ocasionara escándalos que pudieran perjudicarlo. Cualquiera diría que era un trato injusto, y ella lo sabía. Sin embargo, se dijo que solo sería por un tiempo. No podía ceder a sus encantos o saldría muy lastimada.

—A lo mejor te hace bien probar vivir como una persona decente —replicó.

—La decencia está sobrevalorada —dijo con desenfado mientras se ponía su camisa—. La gente se empeña en vivir de lo que otros dicen, reprimen sus deseos y después terminan igual de amargados que tu tío. Lo único que les queda es aferrarse a una imagen de moralidad para al menos quedarse con el consuelo de ser respetados,

Charlotte jamás lo había visto de esa manera, y tuvo que admitir que tenía un punto. No obstante, no podía darle por completo la razón.

—Pero no puedes justificar en eso el daño a otros.

—Yo no daño a nadie —respondió, indignado—. Mi hermano diría que si acaso a mí mismo, porque aprecio la buena bebida, pero jamás a otros.

—Sé que has estado con mujeres casadas.

—Ah, eso —dijo como si no fuera importante. Caminó hasta quedar a unos pasos de ella y le habló como si fuera un padre que estaba a punto de enseñarle a su hijo una lección de vida—. No soy responsable de que ellas decidan engañar a sus esposos. Yo solo planteo una aventura, ellas podrían negarse, pero aun así aceptan.

—Eres tan culpable como ellas —se empeñó Charlotte—. Haces una propuesta que no deberías hacer por respeto.

—Respeto —masculló con desdén—. Esto es algo que la sociedad no conoce, querida. Si alguien te deseara, te aseguro que no pensaría en mí e igual te haría la propuesta indecente. Queda de ti aceptarla o no. Además, muchos de sus esposos tampoco son la virtud personalizada. Los conozco a varios de ellos muchas amantes. Solo prefieren hacerse los ofendidos cuando sus

esposas juegan a lo mismo.

Charlotte guardó silencio por unos segundos, analizando sus palabras. Él debió dar por concluida la conversación, porque empezó a dirigirse a la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

—¿Te hace feliz? —preguntó ella de improvisto. Él se giró y la observó con expresión interrogante—. Dices que aquellos que reprimen sus deseos se amargan, pero tú que sí los dejas libres, ¿eres feliz?

Él tardó más en responder de lo que ella había esperado. Alguien tocó la puerta con suavidad.

—¿Sí? —preguntó ella.

—Disculpe, milady —dijo la voz del señor Harris—. Me preguntaba si milord se encontraba con usted.

Charlotte enrojeció. No era malo que su esposo estuviera en su habitación. Era lo que se esperaba y, aun así, le daba vergüenza admitirlo. No tuvo que hacerlo, porque Gregory esbozó una sonrisa pícaro y respondió.

—¿Qué deseas, Charles?

—Alguien quiere verlo, milord.

—Dile a George que recuerde que me acabo de casar, por Dios, que son estas horas de importunar a un hombre en la mañana después de su boda.

Charlotte le dio un manotazo, pero el daño ya estaba hecho. Escuchó al mayordomo carraspear, incómodo.

—No es el señor quien lo busca, milord. Es... una conocida. Lady Argyll.

Leinster hizo una mueca de desagrado y Charlotte arrugó el ceño. Conocida. Qué eufemismo para describir a alguna de sus amantes.

Intentó recordar el nombre, pero no se le hacía familiar. Como fuera, no le agradó saber que estaba allí. Le lanzó una mirada a Leinster, advirtiéndole que tenían un trato. Este la captó, sin embargo, dijo:

—Dígale que voy en un momento.

Charlotte jadeó.

—¿Cómo te atreves? —siseó.

—Creí que no me harías escenas de celos —le recordó él mientras abría la puerta que conectaba a los dos dormitorios.

Ella lo siguió.

—Ayer hicimos un trato. ¿Qué crees que dirá la gente si recibes a esa mujer? Tú que tanto te preocupabas por los criados, ya deben estar murmurando.

—Ella no estaba en el país —informó él—. Debe de haber regresado hace poco y no sabe nada del matrimonio.

—Eso no acallará los rumores —espetó Charlotte.

—No recibirla tampoco. Es terca, volverá. No sé qué quiere. Voy a averiguarlo y luego me desharé de ella.

—Te acompaño.

Él la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿Quieres que te presente a una de mis antiguas amantes?

—Seguramente ya conozco a varias —dijo con resquemor—. Mi presencia ahí disminuirá los rumores, los criados podrán ver que no tienes intenciones de tener encuentros clandestinos con ella y que me das mi lugar como tu esposa.

Él no parecía muy convencido, pero terminó asintiendo.

—Como quieras. Pero te advierto que Christine es... complicada.

A Charlotte no le pasó desapercibido que usó su nombre de pila. Una ira ciega quiso tomar posesión de su mente, pero se obligó a controlarla. Ella no tenía ninguna razón para estar celosa, y el único motivo por el que deseaba deshacerse de esa mujer era porque interfería en sus planes.

Regresó a su habitación y mandó a llamar a su doncella. Mientras la arreglaban, se reconfortó diciéndose que Gregory no parecía demasiado entusiasmado al verla, así que quizás no sería muy complicado que se mantuviera al margen.

Una vez lista, sonrió con melancolía. La boda había sido solo el primer acto. La función continuaba y a Charlotte le tocaba hacer una muy buena representación.

Por su hermano, solamente por él.

Y con ese pensamiento salió de la habitación.

Capítulo 15

Cuando Charlotte salió de la habitación, Gregory la esperaba recostado en la pared, con una expresión entre el aburrimiento y la impaciencia.

—Nuestra visita va a reprochar que la hicimos esperar demasiado —dijo con fastidio.

Algo en su tono le hizo saber que la conocía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Entonces, debería aprender a visitar en horas prudentes, ¿no crees? —respondió con ligereza mientras se encaminaba a las escaleras.

Él la siguió. Su paso era lento, como si no quisiese llegar a su destino.

—¿Algo más que deba saber de nuestra honorable visita? —preguntó Charlotte.

—No te tomes personal lo que te diga.

Charlotte arrugó el ceño, pero no tuvo tiempo de preguntar a qué se refería porque llegaron al pequeño salón destinado a recibir a los invitados. Gregory abrió la puerta y una deslumbrante mujer pelirroja apareció frente a ellos. Era alta, mucho más que el promedio femenino, y tenía una figura esbelta y bien proporcionada para estar rondando los treinta años. Sus ojos rasgados eran de color verde y tenía las mejillas llenas de pecas, pero estas, lejos de restarle atractivo, le sumaban delicadeza a un rostro de por sí angelical.

Sabía que Leinster era capaz de atraer a mujeres muy hermosas, pero verse frente a semejante dama la hizo consciente de sus propios defectos. Charlotte jamás se había considerado fea, pero si la comparaban con la dama que tenía adelante, nadie la creería bonita. Lady Argyll había sido la inspiración de la palabra belleza.

—Christine, querida, admito que no esperaba verte... nunca más —saludó Leinster con evidente desánimo.

Su actitud le dio esperanzas a Charlotte, aunque ni siquiera sabía por qué se emocionaba por eso.

—Gregory, te recuerdo un poco más encantador —respondió ella con una sonrisa deslumbrante. Nada en esa mujer era sencillo. Parecía que cada parte, cada gesto, fue tallado por un ángel.

Charlotte dio un paso adelante y la dama por fin se fijó en ella. Arqueó una ceja hacia Leinster y este carraspeó.

—Supongo que no estás enterada de mi matrimonio. Ella es Charlotte, la nueva condesa de Leinster.

Charlotte inclinó la cabeza a modo de saludo que la dama le devolvió sin demasiado entusiasmo. En cambio, la observó con una curiosidad sincera, como si fuera un objeto muy interesante.

—Así que es verdad. Escuché los rumores, pero necesitaba que tú me los confirmaras. Te has casado. Dime, Gregory, ¿has perdido el juicio? Porque recuerdo que una vez me comentaste que esa sería la única razón por la que pronunciarías los votos.

—Eso fue hace cinco años. Cambié de parecer.

—Sí, y también de gustos, por lo que veo. —Miró a Charlotte de arriba a abajo—. Has bajado bastante tus estándares.

Charlotte tuvo que contener un jadeo. Una ira ciega se apoderó de ella y dio un paso hacia adelante, pero Leinster le colocó una mano sobre el hombro para tranquilizarla. Observó a lady Argyll con advertencia.

—Te recuerdo que estás en nuestra casa, querida, por lo que te agradecería que cuidaras las palabras que diriges a mi esposa.

La dama, en lugar de avergonzarse, esbozó una sonrisa incrédula.

—Cuánto hubiera dado porque hace tres años me defendieras a mí así.

—¿A qué has venido?

—Acabo de regresar a Inglaterra. Francia no me parece un país tan interesante como pensé. El primer rumor que me llegó al volver fue el de tu matrimonio, y tenía que venir a confirmarlo, sobre todo porque la sociedad dice que estás perdidamente enamorado de tu esposa. ¿Es eso también verdad? —preguntó con burla.

Leinster tardó en responder, así que Charlotte habló por él antes de que el silencio lo delatara.

—Que no te dé vergüenza admitirlo, querido —dijo con su mejor tono dulce—. El amor es tan hermoso que debe presumirse. No creo que a lady Argyll le incomode solo por el hecho de no tener a nadie en su vida.

La mujer no borró la sonrisa de sus labios, pero sí se tensó. Gracias al comentario, Charlotte obtuvo toda su atención. No supo descifrar el sentimiento en su mirada, pero por un momento llegó a creer que se trataba de admiración.

Aunque era más probable que estuviera evaluando el nivel de su enemiga.

Leinster tosió, y Charlotte no supo si intentó contener una carcajada, o solo estaba incómodo.

—Estamos muy enamorados —afirmó.

—Me cuesta un poco creerlo. Tú no crees en el amor.

—Han pasado años, Christine. En muchos años ocurren muchas cosas y cuando conocí a Lottie, supe que iba a cambiar mi vida. —Se giró para observar a Charlotte, que tuvo que contener el impulso de retroceder ante la determinación que vio en sus ojos—. Y no me equivoqué.

Para enfatizarlo, se inclinó y rozó sus labios con descaro. Charlotte le respondió al beso, solo por las apariencias, y cuando se separó, los ojos de él brillaban con deseo contenido. Sus palabras podían tener doble sentido, podían ser falsas, pero el deseo en sus ojos era completamente real.

—No es que no me sea grata tu presencia —continuó Leinster con un brillo pícaro en los ojos que le advirtió que no le gustaría lo que iba a decir—, pero nuestra boda fue ayer, y tu visita nos sacó de la cama. Si nos disculpas...

Esta vez la dama sí borró su sonrisa.

—Nos vemos, Leinster. Puedes escribirme cuando se te pase el nuevo capricho.

Pasó a su lado caminando con la elegancia de una reina, como si no acabaran de rechazarla. Muy a su pesar, Charlotte admiró su porte.

—¿Vamos a desayunar? —preguntó Gregory mientras se dirigía a la puerta—. Tengo hambre.

Charlotte lo siguió.

—¿Quién es esa mujer?

—¿No es evidente?

—Quiero la historia completa.

—¿Por qué?

—Porque me insultó. Quiero saber qué esperar de ella.

—Te lo advertí, no te tomes sus comentarios muy personales. Es descarada por

naturaleza, y no le importa ser grosera.

—Me sorprende que haya logrado casarse.

—A mí no —respondió mientras entraba al comedor. Los criados apartaron las sillas para que ellos se sentaran—. Es hija de un duque, es preciosa y tenía una dote espectacular. Fue en su momento el diamante de la temporada.

«La dicha de la posición juntada con dinero y belleza», pensó Charlotte con desánimo. Algunas podían darse el lujo de ser desagradables porque, aun así, las querrían, otras, tenían que arreglárselas.

—¿Quién fue su esposo?

—Otro duque, amigo de su padre. Le llevaba como treinta años, pero su familia consideró que no había un partido mejor en esa temporada.

—La obligaron a casarse —concluyó Charlotte.

A veces la dicha era solo un disfraz para la desgracia. Detuvieron la conversación mientras los criados dejaban en la mesa los platos llenos de tocino, jamón, queso, huevo, mermelada, pan y, por supuesto, té.

—Como a muchas. Pero el rato amargo no duró demasiado. Su marido falleció apenas seis meses después de la boda cuando se cayó de un caballo. Tuvo la suerte de estar embarazada y tener un niño poco después. Entonces, quedó viuda, rica y con mucho poder. También con muchas ganas de experimentar aquello que su esposo no le supo dar, imagino que me explico.

Ella asintió, no sin sonrojarse. Él se sirvió un pan con jamón y huevo y Charlotte tomó uno y empezó a untarle mermelada con lentitud.

—Y ahí fue donde entraste tú —dijo con calma—. ¿O apareciste cuando su esposo aún estaba vivo?

—No, no. Jamás me meto con recién casadas. Los maridos son más celosos que de costumbre porque temen que se dude la legitimidad de la descendencia. La conocí cuando ya había pasado el año de luto. ¿Tengo que seguir? Es muy temprano para iniciar una discusión.

—Yo no quiero discutir.

Él la miró como si no le creyera.

—Cuando el tema es una amante, las mujeres siempre quieren discutir.

—Solo deseo saber la historia. Si esa mujer regresó, la sociedad traerá a colación su aventura. No quiero que me tomen desprevenida.

Él se encogió de hombros.

—Estuvimos teniendo encuentros casuales como por seis meses. Jamás había durado tanto con una amante, pero Christine era... bueno, no importa. —Charlotte agradeció que describiera los atributos que pudiera tener la mujer en la cama—. Se empezó a enamorar de mí y a insinuar que podríamos casarnos. Al principio la ignoré, me gustaba estar con ella porque también era buena conversadora, pero se volvió demasiado insistente. No es de las mujeres acostumbradas a recibir un no por respuesta.

—Y le dijiste que solo irías al altar si perdías el juicio —completó Charlotte, recordando las palabras de la dama.

—Sí. Era muy hermosa, no deseaba casarme y ni siquiera ella podría cambiar eso. No se lo tomó bien. Rompimos lo que teníamos y se marchó a Francia. Eso fue lo último que supe de ella.

Charlotte analizó la situación. Solo podía concluir que la mujer había regresado, por motivos desconocidos, y quiso ver si podía recuperar a Leinster.

—Ella quería volver contigo —aseguró y él no lo negó—. ¿A ti te gustaría volver con

ella? —preguntó con la mayor indiferencia que fue capaz de reunir.

—Nunca repito amantes, cariño, es muy aburrido. Y Christine en particular resultó demasiado insistente para mi gusto.

Charlotte sintió una punzada en su pecho que atribuyó a la preocupación por los problemas que esa mujer podría traer. Tenía que ser eso, pues no podía tratarse de decepción por la respuesta de Gregory. Ya sabía que era incapaz de amar, su contestación solo se lo confirmaba.

—Su regreso ocasionará rumores —musitó Charlotte, inquieta.

—No puedes culparme por ello —refunfuñó él—. Yo también hubiese deseado que no volviera.

—Debemos hacer algo.

—¿Como qué? —preguntó antes de llevarse el pan a la boca.

—Es esencial que nos mostremos como una pareja feliz ante la sociedad.

—Creí que siempre había sido el plan inicial.

—Sí, pero ahora debemos hacerlo con más ahínco. No puede quedar dudas de que nos amamos, Leinster.

Él esbozó una sonrisa maliciosa.

—Creo que hace un momento dejé claro mis dotes actorales, querida. ¿O quieres otra demostración?

Ella supo que estaba haciendo alusión al beso que le había robado frente a lady Argyll. No perdía oportunidad para molestarla.

—No. Confío en tu talento —respondió con desdén.

—Oh, te aseguro que tengo mucho talento. La pregunta es: ¿podrás tú seguirme el ritmo?

De nuevo, estaba mencionando de forma indirecta el beso. Por un momento, Charlotte temió lo que pudiera pasar por su cabeza. Sabía que a Leinster le gustaba jugar, y no dudaría en aprovechar la necesidad de aparentar para ponerla en situaciones que la harían sentir incómoda. No podía permitirlo. Si seguía demostrándole que su cercanía le afectaba más de lo que quería admitir, nunca la dejaría en paz.

Decidida, le devolvió la sonrisa burlona.

—¿Estás de acuerdo si hacemos nuestra primera aparición social en la fiesta de lady Atholl, cariño?

Por un momento, él la observó con desconcierto. Después, se carcajeó.

—Por supuesto que sí, cariño.

Y Charlotte, por alguna razón, sintió que todo iba a salir bien.

Capítulo 16

Los días siguientes transcurrieron en una rutina y sin mayores inconvenientes. No habían salido demasiado de la casa, pues una pareja recién casada prefería pasar los primeros días después de la boda juntos. O eso era lo que le había dicho Charlotte, por lo que Gregory se aferró a la misma excusa para irse a dormir a su cama todas las noches.

A ella no le había gustado la idea, pero a él le encantaba, aunque los progresos en el ámbito que quería habían sido prácticamente nulos.

Aun así, el reto que le suponía seducir a su nueva esposa lo llenaba de paciencia. A Gregory le divertía abrazarla por la noche y hacerle creer que había sido ella quien se había acercado, le gustaba provocarla en las mañanas y ver sus mejillas sonrojadas y le fascinaba hacer insinuaciones a la que su cuerpo respondía, aunque ella lo negara. Tenía fe de que tarde o temprano pasaría lo inevitable, pero mientras, se entretenía con sus reacciones propias de damas inocentes. Jamás imaginó que estar casado con una sería tan divertido.

Por otra parte, no había vuelto a saber nada de Christine desde esa mañana, cosa que agradecía.

Aunque de todas las amantes que había tenido en toda su vida Christine había sido una de las que más le agradaba, Gregory no tenía ganas de volver a verla. Sí, la mujer era increíblemente hermosa, y tenía que admitir que había cierto encanto en su lengua mordaz y humor sarcástico, daba buenas conversaciones y, por un tiempo, sintió que ella podía llegar a entenderlo. Sin embargo, padecía del defecto que muchas mujeres tenían: esperaba de él más de lo que podía ofrecerle y, a sus ojos, eso le quitó gran parte de su atractivo. Gregory había aprendido que, debido a que nunca le habían negado nada en su vida, Christine era una dama muy caprichosa, y podía ocasionar muchos problemas si se veía rechazada. Que se hubiera ido a Francia fue un respiro para él, y tenerla de regreso a Inglaterra no le agradaba demasiado. Tenía fe de que en esos tres años hubiera podido olvidarlo.

El día del baile donde harían su primera presentación como esposos llegó. Gregory estaba en el salón principal, esperando que su querida condesa bajara. En general, era un hombre que se preocupaba por el buen aspecto, pero jamás había entendido por qué las damas tardaban tanto en acicalarse, considerando que siempre comenzaban a hacerlo al menos medio día antes del evento. Ya se había dado cuenta de que ese era un defecto que su querida esposa compartía con el resto de las mujeres, y se resignó a tener que esperarla por el resto de su vida.

Estaba refunfuñando en su cabeza sobre mujeres complicadas cuando ella por fin bajó y, entonces, toda queja se esfumó ante lo que sus ojos vieron. La dama que tenía delante, aunque ya le había demostrado que tenía la capacidad de ser hermosa, se veía mucho más deslumbrante de lo que recordaba. El vestido azul rey con ribeteado planteado destacaba en su piel pálida, moldeaba su figura y resaltaba la belleza simple de un rostro delicado. Habían recogido su cabello en un rodete bien elaborado, dejando algunos mechones rubios adornar su rostro como rayos de sol que se filtraban en la noche para hacerle compañía a la luna.

Gregory había visto muchas mujeres hermosas, pero en ese momento, ninguna se le comparó. El pensamiento lo preocupó solo por un instante. No era capaz de pensar con coherencia mientras la observaba.

—¿Nos vamos? —preguntó ella con el tono autoritario que solo usaba con él.

Asintió.

El viaje transcurrió en silencio, al menos de su parte. Charlotte comentó acciones que deberían hacer para iniciar el teatro, como permanecer el mayor tiempo posible juntos, bailar el

primer baile y, de preferencia, algún otro, aunque fuera inapropiado; sonreír bastante y usar palabras de afecto no demasiado descaradas.

Gregory apenas le prestó atención. Su atención estaba fija en su vestido, y en cómo el escote de corazón resaltaba un busto generoso. Si había algo que le gustaba de las mujeres, eran sus pechos. Había muchas cosas que se imaginaba haciendo con ellos, y el viaje consistió en una lucha con los pensamientos indecentes para evitar que su interés se volviera notorio.

—Bien, hemos llegado. ¿Alguna duda del proceder? —preguntó, parecía nerviosa.

—Ninguna —respondió con seguridad.

Tal vez no le había prestado atención a lo que le decía, pero Gregory siempre iba confiado de sí mismo.

Un lacayo les abrió la puerta y ellos bajaron. Aunque era temprano, la fila para entrar no estuvo tan larga, por lo que la espera fue corta y el primer saludo que realizaron fue a los anfitriones, quienes lo recibieron con saludos efusivos y miradas curiosas.

Fue esa noche donde se dio cuenta de que su esposa sabía desenvolverse muy bien en sociedad.

Una vez entraron, fueron interceptados por varias personas, algunos conocidos para Gregory, otros no tanto, pero Charlotte se sabía el nombre de todos, hablaba con educación y simpatía, y desviaba con eficacia cualquier pregunta impertinente respecto a su boda. De hecho, hablaba más de lo que esperaba. Gregory se consideraba por naturaleza un hombre social, pero Charlotte iba a un nivel más allá. Siempre tenía un comentario que responder o una historia vana que contar. Llegó un punto en que se había fastidiado. Cuando iba a una fiesta, compartía algunos saludos con gente conocida, intercambiaba miradas con damas y se iba a jugar al salón destinado para el entretenimiento de caballeros. Hablar con demasiadas personas lo aburría, y lamentó no haber protestado cuando debió ante eso de «pasar la mayor parte del tiempo juntos». Agradeció cuando los compases del primer baile empezaron a sonar y se encaminaron a la pista.

—Eres una buena conversadora —dijo mientras se situaban en sus puestos para empezar el minué.

—Una persona introvertida en una sociedad como esta es tragada fácilmente. Ser social es una habilidad que he ido perfeccionando con los años.

Y sin duda lo había hecho bien. Gregory había notado que Charlotte decía siempre cosas semejantes a lo que las personas querían escuchar. Sus respuestas eran buenas, pero vacías, sus historias eran vanas. De haber visto esa parte de ella antes de la boda, habría concluido que se iba a casar con la típica mujer que terminaría por convertirse en una matrona insoportable y chismosa, sin mucho en su cabeza que conversaciones mecánicas. No dudaba de que se volvería una matrona insoportable, pero al menos sabía que era más inteligente y decidida de lo que dejaba mostrar.

El baile comenzó y no les dio mucha oportunidad de hablar. Ya había visto que era una bailarina hábil, como se esperaba de cualquier señorita, pero a diferencia de otras compañeras de danza, era grato bailar con ella. Sus movimientos parecían estar sincronizados. No ensuciaron la danza con palabras sin sentido, entre ambos sabían que no era necesario. Al finalizar, inclinaron la cabeza en reconocimiento y continuaron su camino, en silencio.

—Oh, ahí está George. Vamos a saludar —dijo Gregory, quien nunca se había mostrado tan feliz de ver a su hermano.

Tomó el brazo de Charlotte y la guio con rapidez hasta su hermano, antes de que alguien más pudiera interceptarlos. George y su esposa los vieron llegar desde donde estaban y sonrieron.

—Hermano, qué dicha. Por un momento pensé que te habías ido de viaje de bodas y no habías avisado —dijo con humor, saludando a Charlotte con un beso en la mano.

—Estuvimos ocupados —dijo con una sonrisa pícara.

Charlotte apretó el brazo que lo sostenía y Gregory amplió la sonrisa. Le gustaba hacerle ese tipo de bromas porque le encantaba ver sus mejillas sonrojadas. Nunca una mujer le había parecido tan tierna como ella cuando estaba avergonzada.

—Me alegro de volver a verlo, señor Curtis, y a usted también, señora Curtis.

—Oh, puedes llamarme Anabelle. Ahora somos familia —dijo su cuñada con una sonrisa amable y sincera.

—Gracias, Anabelle. De más está decir que puedes llamarme Charlotte.

—¿Qué tal la vida de casado, Gregory? —preguntó George con evidente picardía.

En respuesta, Gregory soltó el brazo de Charlotte y la rodeó por la cintura, atrayéndola hacia él. Evaluó su reacción y se divirtió al ver que esbozaba una sonrisa forzada.

Podría haberle dicho que o era necesario fingir frente a su hermano, que este sabía la verdad, pero eso hubiera arruinado mucho de la diversión, incluyendo las noches en su cama.

—Increíble, ¿no es verdad, cariño?

—Así es —respondió ella sin borrar la sonrisa.

George le lanzó una mirada a Anabelle y esta miró a Charlotte con simpatía.

—Querida, ¿por qué no dejamos que los caballeros hablen sobre ellos mientras tú y yo nos conocemos más? Hay algunas amigas a las que puedo presentarte.

Cuando las damas se fueron, George miró a Gregory con reproche.

—Canalla, ¿no le has dicho que no necesita fingir más frente a mí?

Él se encogió de hombros.

—Si yo necesito fingir por ella, ella también debería fingir por mí. Esto tiene que ser igualitario de alguna manera. No tienes idea de lo que he tenido que soportar hoy. Es más sociable de lo que esperaba.

George se carcajeó.

—No me engañas. Algo planeas.

—¿Te importa?

—Por lo que me has contado, es una buena mujer, Gregory. No le hagas daño.

—¿Por qué todos parecen creer que voy a hacerle daño? —preguntó, irritado.

Cuando el padre de Charlotte lo había interrogado al respecto no le había molestado demasiado, pues entendía su preocupación. Pero que su propio hermano lo creyera desgraciado hasta ese punto...

George pareció entender que se había excedido.

—No creo que lo hagas de forma consciente, es solo que... bueno, fuiste el que más se dejó influenciar por la conducta de nuestro padre.

—Yo no soy nuestro padre —dijo con molestia—. Y Charlotte no es nuestra madre.

Casarse pudo haber sido una decisión impulsiva, pero se había cuidado mucho de evaluar que no tuviera la misma debilidad de carácter que su progenitora. Sabía que no podría soportarlo.

—No estoy diciendo eso, solo que...

—¡Vaya, ahí está Raymond! Voy a saludarlo.

Sin esperar respuesta, se alejó de George. Quería mucho a su hermano, pero no podía estar cerca de él cuando tocaba el tema de la relación de sus padres. Estaba empecinado en mostrar siempre lo que fue mal entre ellos, como si Gregory no lo supiera.

Lo sabía demasiado bien, y se había cuidado por muchos años de no caer en lo mismo.

Llegó hasta donde estaba Raymond, parado cerca de una columna. Observaba a la multitud con una sonrisa impropia de él.

—¿Raymond Hopkins sonriendo? ¿A qué se debe el milagro?

Raymond le dedicó una mirada mordaz.

—Milagro el que estés tú aquí. ¿No estabas de viaje de boda? —replicó.

Gregory Curtis compuso una expresión de dramático pesar. Ya se había dado cuenta que muchos creían que se habían ido de viaje de bodas, así que decidió seguirles el juego.

—Lamentablemente no fue tan largo como me hubiera gustado. Las responsabilidades me llamaron, y he tenido que resolver. No me hubiese quejado de ser hijo segundo en estos momentos.

En realidad, se había pasado gran parte de su vida deseando serlo.

—Yo tampoco, créeme.

—¿Aún no has conseguido a tu futura esposa? —preguntó con curiosidad.

—Ha sido más difícil de lo que esperaba. No lo entiendo. Hace algunos años las matronas hacían fila para presentarme a sus hijas, sobaban candidatas. Los caballeros me mencionaban lo grandioso que podría ser formar una alianza con ellos, y ahora que necesito una esposa, nadie aprovecha la oportunidad.

—Sucede, querido Ray, que ya no eres tan buen candidato como antes —le dijo Gregory con su natural sinceridad—. Sí, eres joven, tienes un título prestigioso, pero todos saben que, si en un año no hay en tu casa un niño llorando a todo pulmón, toda tu fortuna desaparece. Y seamos sinceros, que consigas una esposa no es garantía de que tengas un hijo en el tiempo estipulado, ni de que este sea varón.

—La renta de la propiedad ligada al título no nos permitirá pasar penurias.

—No, pero tampoco vivir con lujos, y menos si quieres ahorrar para darle una buena dote a tus tres hermanas, ¿verdad? Eso también lo sabe la sociedad y los padres de familia. Los nobles que tengan hijas en edad casadera intentarán buscar un partido más adecuado. Si quieres conseguir esposa, tendrás que irte por las desesperadas y bajar tus exigencias.

—He bajado mis exigencias —protestó Raymond—. La última candidata a la que le propuse matrimonio es hija de un barón.

Gregory se rio. Entre ambos, Raymond siempre había sido más clasista.

—No dudo que para ti eso sea bajar tus exigencias, pero temo que tendrás que bajarlas más. Si no quieres casarte con una dama cuya familia tenga reputación cuestionable, esté más arruinada que tú, o sea tan fea que no puedas hacer la tarea de crear el heredero, vas a tener que olvidar a aquellas damas cuya sangre noble sea de línea directa. Si fuera tú, apostararía por la sobrina de algún conde o marqués. Esos padres estarían más dispuestos a pasar por alto tu situación económica.

—Te olvidas de que tengo tres hermanas a mi cargo —dijo con desdén, no contento con la idea que planteaba Gregory—. La esposa que elija debe ser toda una dama para que, en su momento, las ayude con su presentación en sociedad.

—Que no tengan títulos no significa que no sean buenas esposas o damas bien educadas. Hombre, no te recordaba tan quisquilloso. Soy yo, ¿o estás más amargado que de costumbre? A lo mejor esa es otra razón por la que no se te acercan. Si lo piensas bien, creo que tu actitud también espanta a posibles candidatas. Antes te sobaban porque eras más agradable, pero después de lo que sucedió con Danielle...

Raymond le lanzó una mirada dura y Gregory recordó que era un tema prohibido.

—También puedes verle el lado bueno —continuó para relajar la tensión que se había

formado—. Tu padre, donde quiera que esté, sufrirá mucho al saber que has rebajado su linaje obligado por una decisión que él tomó antes de morir. Si mis palabras no te convencen, al menos piensa en el difunto marqués revolviéndose en la tumba.

Eso sí que lo hizo pensar.

—¿A quién me sugieres? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Yo di la idea, tampoco planees que haga todo el trabajo —replicó Gregory con burla. Ante la mirada mordaz de Raymond, suspiró—. Puedo preguntarle a Charlotte. Ella conoce a muchas señoritas.

Demasiadas.

—Tú también.

Gregory se rio, y con el recuerdo vino el pensamiento de que, aunque no había pasado mucho tiempo desde su boda, sentía que había dejado esa vida hacía una eternidad.

—Así es, pero se tomarán mejor la presentación si la hace Charlotte y no yo. —Sonrió con picardía. Ubicó a Charlotte con la mirada y dijo—: Allá está mi mujer. Si lo deseas, podemos preguntarle ahora mismo.

—Parece ocupada.

—Si esperas conseguirla sola, no lo lograrás. Charlotte conoce a toda la alta sociedad londinense y siempre tiene compañía. —Un hecho que empezaba a lamentar profundamente—. Esa mujer con la que habla se me hace familiar... ¿Cómo se llamaba? ¿Señorita Cullen? ¿Carter? ¡Callen! Sí, creo que es la señorita Callen, pero no la hija del barón, su sobrina.

—¿También le coqueteaste en su momento? —preguntó Raymond con cierto desdén.

—Sí —respondió sin vergüenza.

—Me sorprende que te acuerdes de ella.

—Es difícil de olvidar. Recuerdo particularmente tres cosas de ella: la primera, su generosa delantera. Mírala y dime si olvidarías con facilidad ese par de pechos. —Raymond no respondió, pero Gregory supo la respuesta por su mirada—. La segunda cosa que recuerdo de ella es que estaba bastante desesperada. No le coqueteé por mucho tiempo porque me pareció la clase de joven que no te dejaría en paz si le mostrabas mucho interés, e incluso podrían tenderte una trampa. La tercera característica que no puedo olvidar es que era muy extraña. Recuerdo a la perfección que una vez sacó en una conversación que los pulpos tenían cuatro corazones, ¿o eran cinco?

—Tres.

—¡Eso! Debí suponer que tú lo sabrías. Siempre fuiste el más listo de la clase. Pero al menos no se lo andes diciendo a las damas que cortejas. Si ella suelta ese tipo de comentarios a sus pretendientes, no me sorprende que esté soltera y desesperada.

De hecho, Gregory recordaba a la señorita Callen como una de las más extrañas que había conocido, que no habían sido pocas. No le parecía desagradable, pero sí alguien con la que había que tener cuidado. Notó que a Raymond no pareció gustarle su percepción y se preguntó por qué.

—A lo mejor deberías proponerle matrimonio a ella —bromeó Gregory—. Recibirías un sí inmediatamente.

Raymond le dedicó una mirada de hastío y volvió su atención hacia las damas. Gregory también se fijó en ellas. Charlotte trataba a la señorita Callen con más ánimo del que había demostrado con otras damas, lo que le hizo cuestionarse si no eran amigas cercanas. No la había visto en su boda, así que lo dudaba, pero la conducta de su mujer con la señorita Callen era cálida. Charlotte divisó a Gregory, intentó que la señorita Callen los acompañara, pero esta no se

mostró muy entusiasmada y logró zafarse de los brazos de su mujer, quien, confundida, se dirigió hacia ellos.

—Querida —dijo Gregory, animado—, ¿recuerdas a Raymond, lord Rhodesay? Debí habértelo presentado en algún momento.

—Por supuesto que lo recuerdo —respondió y extendió su mano para que él la saludara. Raymond se vio obligado a hacerlo—. Estuvo en nuestra boda.

También se había dado cuenta de que tenía una memoria extraordinaria. Gregory apostaba que era igual de buena para guardar rencores.

—Y necesita de tu ayuda. Le había dicho para ir a saludarte, pero le dio vergüenza interrumpir la conversación con tu amiga.

—No quería ser imprudente —replicó Raymond.

—Oh, jamás. De igual forma, la señorita Callen parecía tener prisa. Iba a traerla para presentártela, Gregory, pero me dijo algo de que su madre se sentía mal y que debía buscar a sus tíos para ver si la podían llevar a casa, y que, si no, tendría que quedarse con ella todo el tiempo porque temía que se desmayara.

—¿De dónde la conoces, querida? No recuerdo haberla visto en la boda.

—Es una vieja amiga. La conocí en mi primera temporada, hace dos años, pero creo que ella no se acordaba de mí. ¡Me libró de tomar una decisión terrible!

—Ah, ¿sí? —indagó Raymond, curioso.

—Sí. Estaba yo por ese tiempo enamorada de lord Clementine...

—Querida —interrumpió Gregory, temiendo que viniera una de esas historias largas y tediosas que se había dedicado a contar toda la tarde—, no dudo que es una historia muy interesante, pero podrás contarla otro día. Te llamé porque quería ver si tus conocimientos de la alta sociedad podían ayudar a nuestro amigo.

Charlotte le lanzó una discreta mirada de fastidio, pero centró su interés en Raymond.

—¿En qué puedo ayudarlo, milord?

—En realidad, no creo que...

—Creo que te comenté que mi amigo necesita una esposa, rápido —intervino Gregory, sabiendo que Raymond no se atrevería a pedirselo.

—Oh, sí, algo me habías dicho al respecto —respondió ella, aunque por su mirada recelosa, supo que él jamás se lo había dicho.

—Tú conoces a muchas damas de buena cuna, aunque no necesariamente de sangre noble directa, que podrían estar dispuestas aceptar una propuesta rápida de matrimonio. Alguna sobrina de un conde o de un marqués.

Charlotte compuso una expresión pensativa.

—La señorita Wood es sobrina de un conde, mientras que la señorita Roseblack de un marqués. Ambas son damas muy educadas, y tienen dos o tres temporadas en sociedad. La primera no se ha casado porque no tiene dote suficiente y la segunda porque, según su padre, nadie decente ha pedido su mano. También está la señorita Williams, la señorita Wood y... ¡Oh! ¡La señorita Callen es sobrina de un barón! —dijo, entusiasmada—. Apuesto a que estaría encantada de recibir una propuesta suya. Es educada, agradable y muy dulce.

—Quizás podría decirme más sobre la señorita Roseblack...

—Oh, es una amargada, igual que su padre. En cambio, la señorita Callen es muy alegre.

—¿Y qué me dice de la señorita Wood?

—Es muy tímida. No se desenvuelve bien en sociedad. Por su parte, la señorita Callen es bastante sociable.

Gregory carraspeó para intentar contener la risa. Por alguna razón, su esposa se había empeñado en venderle la señorita Callen a Raymond, y este, que estaba cayendo en la cuenta de lo terca que podía llegar a ser Charlotte, estaba buscando la mejor manera de huir.

—Lo consideraré —mintió Raymond, desesperado—. Temo que tengo que irme. Mañana tengo que hacer un viaje y no quiero irme a dormir muy tarde. Ha sido un placer, lady Leinster. Gracias por sus sugerencias.

—El placer ha sido mío. Espero que le haya sido de ayuda.

—No tiene ni idea de cuánta.

Gregory le dio un codazo a Raymond a manera de reprimenda por el sarcasmo, pero este se limitó a despedirse y marcharse.

—Un encanto, lord Rodhesay —dijo Charlotte con ironía. Acababa de tumbar su fachada de educación.

—Querida, lo has atosigado demasiado con la señorita Callen. ¿Alguna razón en particular?

—Podría decírtela, pero ya que hablo demasiado para tu gusto, prefiero no incomodar —dijo con desdén.

Gregory suspiró.

—No puedes culparme. Llevas toda la noche hablando sin parar.

—Es mejor hablar a dejarlos hablar a ellos. He aprendido que decir cualquier banalidad es la mejor técnica para evitar preguntas incómodas. No les das oportunidad, y cuando terminas, están tan fastidiados que solo quieren irse.

Gregory jamás lo había pensado así y tuvo que darle la razón.

—¿Me concedes el segundo baile de la noche, querida? —preguntó para no caer en una discusión.

Ella aceptó su mano, no sin cierto resquemor. La tensión entre ambos se disipó mientras bailaban, y el resto de la velada la llevaron igual que al principio, con la diferencia de que esta vez Gregory toleró mejor sociabilizar. Una vez estuvieron en el carruaje, cayó agotado.

—Creo que lo hemos hecho bien —comentó Charlotte, animada—. Me he encontrado a los condes de Rummage, y me dijeron que los demás dicen que están sorprendidos por tu cambio.

—Te lo dije, querida, tengo dotes de actor. —Sin poder resistirse, se inclinó hacia ella y musitó—. Quizás para la próxima podemos incluso ponernos más atrevidos.

—No hay que sobrepasar los límites de lo correcto o caeremos en lo vulgar.

—Ah, pero dará mucho más de que hablar, y al menos podrán decir que no nos quitamos las manos de encima.

Ella resopló.

—Puedes seguir soñándolo.

—¿Por qué soñarlo si puedo hacerlo realidad?

Gregory no pensó demasiado cuando la tomó de los brazos y tiró de ella hasta sentarla en su regazo. Había querido hacerlo mientras iban de camino a la fiesta, y durante la velada también. En general, sabía manejar muy bien sus impulsos, pero tanto tiempo deseándola sin tenerla estaba haciendo mella en su paciencia.

—Gregory...

No la dejó terminar. Se apoderó de sus labios con el hambre que tenía desde el inicio de la noche. Ella protestó, pero no se alejó. Gregory movió sus labios con maestría sobre ella, consiguiendo que se relajara entre sus brazos. Su boca le sabía a ambrosía.

La atrajo más hacia sí, disfrutando del contacto de su piel y sus manos viajaron a la piel expuesta de sus pechos. Deseaba explorar cada parte de sus curvas, sentirla debajo de él y apreciar la calidez que insinuaba la temperatura de su cuerpo.

Ella jadeó cuando la boca de Gregory fue a parar a su cuello. La sintió aferrarse a su chaleco y él, a su vez, presionó las manos en las caderas, atrayéndola hacia sí. El carruaje se detuvo, por lo que él, asumiendo que habían llegado, se separó de mala gana y la colocó a su lado. Ella lo observó con las pupilas dilatadas, sin entender, hasta que el cochero les abrió la puerta.

Entonces, Charlotte comprendió todo y, sonrojada, se bajó del carruaje. Cuando estaban en el vestíbulo, él la tomó del brazo, pero ella se apartó.

—Creo que esta noche deberías dormir en tu habitación.

Gregory la observó con incredulidad.

—Creo que esta noche, más que ninguna otra, debería dormir en *tu* habitación —corrigió él.

Ella negó con la cabeza. Su respiración estaba agitada, pero sus ojos estaban llenos de determinación.

—No, lo del carruaje fue un error. Sigo firme en la idea de que hay que mantener las distancias.

—¿Por qué? —preguntó, enfurruñado—. He visto cómo reaccionas a mi toque. Te gusta. ¿Por qué te lo niegas a ti misma?

—¡Porque es lo mejor si queremos que esto funcione! —replicó, exasperada. No estaba tan calmada como quería aparentar—. ¿Quieres una mujer que no te moleste? Bien, pero necesito mantener las distancias emocionales contigo para ser esa mujer.

—Es solo sexo, Charlotte.

—Para ti tal vez, pero no para mí —dijo, su voz teñida de amargura—. Yo sí tengo sentimientos, Gregory. No me gusta que me usen como un objeto.

Él no fue capaz de replicar y ella se marchó.

Conmocionado y frustrado por el deseo insatisfecho, Gregory fue a su despacho y se sirvió una copa de su licor más fuerte.

No sabía qué pensar. Para él, el sexo era una manera de pasarla bien. Todas sus amantes lo comprendían, y no veía en qué forma podía eso afectar a las emociones.

De pronto, se le vinieron a la cabeza las palabras que Raymond le había dicho hacía un tiempo, sobre que estaba acostumbrado a otro tipo de mujeres y, muy a su pesar, le dio la razón. Charlotte había sido criada con cariño y amor, no era de extrañar que, aunque hubiera renunciado a eso en un matrimonio, todavía vinculase ciertos actos con el afecto.

—Bien, eso será un problema —masculló antes de beber de su copa.

Él no podía darle el afecto que ella quería y, por ende, ella jamás se entregaría a él. Podría sobrevivir con una que otra amante una vez se terminara esa farsa. El inconveniente era que la idea no le parecía atractiva como hacía algunas semanas. Él no quería a otra amante, la quería a ella y empezaba a dudar que fuera algo temporal.

Pero tampoco podía obligarla a estar con él, ni engañarla si eso para ella significaba algo más. Era un canalla, pero había prometido no hacerla sufrir conscientemente, y haría caso a su palabra.

Suspiró.

Después de todo, ese matrimonio sí resultaría un gran problema.

Capítulo 17

Charlotte hizo lo posible por evitar a Gregory el día siguiente. Habló con el personal de la casa, se puso al día con todo lo relacionado con las cuentas y estableció el menú de la semana. No quería topárselo porque hacerlo significaría tener que pensar en lo sucedido la noche anterior, y eso ya la había mantenido mucho rato en vela.

Durante muchas horas Charlotte se reprochó su propio comportamiento. Aunque sabía que la reacción de su cuerpo era más instintiva que emocional, no pudo evitar sentirse culpable por haber disfrutado de sus besos, de sus caricias, y haber estado a punto de permitir que hiciera con ella lo que quisiera.

Se había prometido a sí misma que mantendría las distancias, pero sabía bien que, por alguna razón que no entendía, las estaba rompiendo, y eso la asustaba. Leinster no solo le provocaba deseo, sino que empezaba a caerle bien. Eso podía ser muy peligroso dado el historial del personaje. Él mismo no veía nada de malo en solo tener intimidad sin compromiso. Charlotte lo veía todo mal. Sin embargo, tenía que admitir que su actitud la divertía tanto como la irritaba. A veces lo veía como un niño que se enfurruñaba cuando no conseguía lo que quería, y eso le recordaba que, aunque podía ser un conde, todo un Don Juan y experto en temas adultos, también era un humano con espíritu infantil aún latente. Aunque había insinuado lo contrario, Charlotte quería creer que sí tenía sentimientos. Un hombre sin corazón no hubiera aceptado ayudarla una vez casados, pues era muy consciente que, de ambos, ella era la que le pedía más.

Aunque el entendimiento era elemental para una convivencia pacífica, Charlotte no quería comentar el error de encariñarse con él, pues temía salir muy, muy lastimada.

Lamentablemente, tampoco sabía cómo evitarlo, y eso la tenía preocupada.

Esa noche decidió acompañarlo a cenar. Por más que deseara encerrarse en su habitación, hacerlo implicaría murmuraciones entre la servidumbre. Así pues, se arregló como siempre y controló sus nervios para bajar.

Él la estaba esperando, vestido siempre de manera impecable, pero con ese aire relajado que lo volvía muy atractivo. La saludó con cordialidad, pero sin la picardía acostumbrada. Se preguntó si estaría molesto por su rechazo del día anterior.

—¿Cómo fue tu día? —preguntó Charlotte para romper el silencio tenso.

—Otro en el que me hubiese gustado ser hijo segundo. George no tiene tantos asuntos que atender.

Ella no supo qué responder, así que continuó con su cena en silencio. De vez en cuando, se lanzaban una que otra mirada incómoda. Cuando terminaron de comer, él la sorprendió diciendo:

—¿Te gustaría tomar una copa conmigo? Quisiera... hablar sobre algo.

Gregory siempre solía mostrar mucha seguridad sobre sí mismo, por lo que el nerviosismo en su voz la sorprendió y descartó cualquier plan para emborracharla y seducirla. Asintió y tomó la mano que la ofrecía. La llevó hasta su despacho. Charlotte sabía cuál era la estancia porque se la habían señalado en el recorrido, pero hasta el momento no había entrado. Era un espacio pequeño, decorado con muebles de caoba y paneles de madera. Había una al lado de una ventana, y en cada lado de esta una silla. Sin embargo, lo más destacable era una estancia gigante, llena de muchos licores, fue a donde se dirigió Leinster.

—Por lo visto, eres fanático de la buena bebida.

Gregory asintió, tomó dos copas de la estantería y las dejó sobre la mesa.

—¿Coñac, whisky, vino o brandy?

—Vino estará bien.

Él sonrió.

—¿Prefieres quedarte con lo seguro?

—No me gusta demasiado el alcohol.

Él sirvió dos copas de vino y le entregó una.

—Haces bien. Es un vicio desagradable.

—Al que tú sucumbes con frecuencia.

Había estado observándolo. Siempre se tomaba una copa en el almuerzo y dos en la cena. En su boda, se bebió cuatro, y la velada a la que asistieron tomó tres. También podía decir que tenía buena resistencia, porque nunca lo había visto borracho.

—Más de lo que debería —admitió él e hizo un gesto para que se sentara—. Cualquiera diría que lo dejaría después de que por estar borracho le prometí a mi hermano que me casaría, pero ni siquiera por eso he aprendido la lección.

Charlotte lo observó con curiosidad.

—Jamás me contaste esa historia completa.

Él tardó un poco en responder, como si analizase qué debía decirle y qué no.

—Es una historia un tanto ridícula.

—Eso es algo que ya me imagino.

Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa. No sentía la incomodidad que había esperado al estar a solas con él y eso la tranquilizaba en la misma medida que la perturbaba, porque que lograra hacerla pasar rápido del enojo a la paz no podía ser una buena señal.

—Mi hermano me aseguró que mis amistades no eran reales, y que, si me pasaba algo, nadie se preocuparía por mí —dijo lentamente, como si le costara confesarlo.

Al principio, Charlotte no entendió qué tenía que ver eso con el matrimonio, pero sí logró atar otro cabo.

—La enfermedad...

—La inventé. Quería demostrarle que, aunque no fueran amigos cercanos, sí tenía quien se preocupase por mí. —Sonrió con amargura—. Nadie lo hizo, así que, negado a admitir mi derrota, le pedí al mayordomo y al ama de llaves que escribieran cartas haciéndose pasar por conocidos. El señor Harris se hizo pasar por Raymond, y no fue demasiado convincente, pero lo peor fue lo que hizo Mary. Se inventó una historia de amor absurda que no supe cómo explicar, y como ya tenía varias copas encima y mi hermano insistía en que yo le estaba mintiendo, me dispuse a mantener hasta el final la farsa. Le dije que llevaba tiempo saliendo con alguien en secreto porque el padre de ella no me aceptaba debido a mi reputación. No esperaba que la mentira durara demasiado tiempo, pero entonces aquella noche, tú me salvaste, y él llegó preguntando si eras la misteriosa dama. Mi orgullo no me dejó admitir que no.

Para sorpresa de ambos, Charlotte se carcajeó.

—Sí, fue todo más ridículo de lo que me imaginaba. —Su semblante se volvió serio—. ¿Te entristece?

—¿Qué?

—Que nadie se haya preocupado por ti.

De nuevo, él se tomó su tiempo en responder. Bebió de su copa y miró a un punto detrás de ella, como si no pudiera sostenerle la mirada mientras hablaba.

—Me decepcionó un poco. No consideraba a la gente que me rodeaba grandes amigos, pero al menos esperaba importarles lo suficiente para recibir una carta que deseara mi pronta recuperación. Creo que lo que más me molestó es que George tuviera razón. Siempre la tiene.

Se quedaron unos segundos en silencio. Él no lo dijo, pero Charlotte sabía que su decisión sí era tristeza. Debía ser deprimente saber no contar con nadie que lo apreciara de verdad, más allá de su hermano. Para Charlotte, esa era una consecuencia de su estilo de vida disoluto, pero no se atrevió a decírselo. No era el momento, y tampoco era necesario. Estaba segura de que él ya lo lamentaba.

—¿Por qué nunca sentiste la necesidad de casarte? —preguntó en cambio.

Él se encogió de hombros.

—El matrimonio es una transacción conveniente, en donde te unes para siempre a una persona que no quieres por lo que pueda ofrecerte, tienes hijos con ella y finges ante la sociedad que todo está bien mientras llevas las discusiones en casa.

Aunque Charlotte sabía cómo funcionaba el mundo, no pudo evitar sentirse un poco disgustada por esa visión.

—No es así.

—Oh, sí lo es, cariño. Solo que tú creciste en un ambiente que resulta una excepción, pero la mayoría de los matrimonios de la clase alta son solo conveniencia, aunque George se empeñe en decir lo contrario. No hay respeto, ni amor, y eso casi siempre implica sufrimiento para una de las partes. Aunque no lo creas, yo no quería ser el causante de que alguna dama fuera desdichada el resto de su existencia por mi culpa, por eso no quería casarme. Prefería juntarme con aquellos que tenían la realidad clara.

Charlotte no necesitó más explicaciones para saber que el matrimonio de sus padres había sido caótico. Sintió empatía hacia él. No se imaginaba lo que debía haber visto para que su alma se llenara de cinismo, para que no quisiera amar. O peor, para que se viera como la causa de sufrimiento de alguien.

—¿Crees que seré infeliz el resto de mi existencia? —preguntó en voz baja.

Él por fin la miró.

—No es mi intención hacerte daño. De hecho... Bien, quería hablar contigo sobre eso. Yo... —Parecía que se le estaba haciendo difícil encontrar las palabras, como si lo que fuera a decir no fuera frecuente—. Yo lamento lo de anoche. No volverá a pasar.

Charlotte no había esperado eso. Lo observó con atención. Él había desviado la mirada de nuevo y ella estaba segura de que la imagen de él avergonzado era algo que muy pocos, ni siquiera su hermano, habían podido apreciar. Se preguntó qué razón tenía para cambiar tan abruptamente de opinión, siendo un hombre demasiado persistente para su propio bien.

No quiso preguntar.

—Acepto las disculpas —dijo y alzó la copa de vino en un brindis silencioso de paz—. Y confío en que no seré desdichada el resto de mi existencia a tu lado.

O de eso se encargaría ella.

Sus labios se curvaron, pero sin demasiado ánimo.

—Aprecio tu fe en mí. No creí que la tuvieras.

—Yo tampoco, pero... has resultado ser un enigma, Gregory.

No supo por qué lo dijo, pero era lo que pensaba. Estaba casada con ese hombre, pero recién lo conocía de verdad. No era el granuja egocéntrico que todos veían. Resulta que, como predijo, sí tenía un corazón. Que pudiera o no amar era parte de otra discusión.

—Créeme, a veces yo tampoco me entiendo.

—¿Por qué no te casaste antes? —preguntó él.

Charlotte supuso que era su turno de hacer preguntas.

—Porque esperaba encontrar el amor —dijo, un poco avergonzada—. Quizás te parece

absurdo, pero crecí y siempre quise algo similar a lo que tenían mis padres, y no es fácil de hallar. Pasó la primera temporada, la segunda, después mi madre enfermó y mi padre gastó toda su fortuna buscando una cura. —Sumida en los recuerdos, tardó en continuar—. Luego vino el año de luto. Ya sabes lo que pasa con una dama sin dinero y que ha dejado pasar sus mejores años, nadie la quiere como esposa.

Se formó un silencio llenado solo por las respiraciones de ambos. Él la miraba como si intentara descifrar algo.

—Tu padre debió querer mucho a tu madre.

—La amaba más que a nadie en el mundo. No estoy de acuerdo con tu percepción del matrimonio, pero puedo conceder algo: casarse por amor no siempre es lo mejor. Dejar tu corazón en manos de alguien te puede destruir. A mi padre lo destruyó.

—A mi madre también —musitó en voz baja. Estaba segura de que ni siquiera había tenido intención de que ella lo escuchara.

Bebieron en silencio por mucho tiempo, pero sin estar incómodos. Parecía que, dichas las confesiones, se había formado entre ellos una nueva clase de intimidad que podían disfrutar solo tomando una copa.

Charlotte miró el reloj encima de la repisa.

—Es tarde. Debería irme a dormir... ¿vienes?

Había sido una pregunta muy imprudente, pero una parte masoquista y perversa la había obligado a hacerla porque, aunque no deseaba admitirlo, dormía mejor con la calidez de su cuerpo al lado del de ella.

Él la miró como si intentara descifrarla, y ella muy consciente de que sus acciones se contradecían.

«Tonta», se dijo. ¿Por qué había hecho esa pregunta?

—Creo que ya ha pasado tiempo suficiente para que prescindamos de algunas noches juntos —comentó con lentitud, como si le costara decir las palabras.

Charlotte, que no quería seguir poniéndose en vergüenza, asintió y se marchó.

Una vez en su habitación se preguntó si no era demasiado tarde para protegerse.

Gregory se sirvió al menos dos copas de vino más antes de irse a dormir. Se quedó pensando en su conversación con Charlotte, y como esta había fluido mejor de lo que esperaba. Había admitido ante ella lo que nunca pudo admitir frente a su hermano: que nadie lo quería, y no se sintió tan mal como esperó. Quizás porque ella no lo había juzgado, ni se había compadecido. No le había dicho palabras amables, pero él había podido sentir la empatía en su mirada. Hacía mucho tiempo que nadie le daba algo más que compasión.

Mientras subía a su habitación, se detuvo por un momento frente a la de ella. Sintió el impulso de entrar, pero sabía que, de hacerlo, no podría contenerse, y prefirió continuar de largo.

Gregory siempre se había cuidado de dejar las cosas claras con sus amantes. No tenía intención de lastimar a nadie, como hizo su padre con su madre, pero tampoco se hacía responsable de cualquier daño inconsciente que la relación pudiera dejar. Con base en esa filosofía había hecho la promesa al padre de su mujer. Sin embargo, se dio cuenta de que no quería dañarla de ninguna manera. Algo en ella despertaba un instinto de protección que nunca creyó conocer.

Asustado, se dejó caer en la cama sumido en un mar de pensamientos respecto a lo que ella le ocasionaba. Todos demasiado nuevos para reconocerlos. No obstante, no podía ser nada profundo. Él era como su padre, vicioso, mujeriego, incapaz de amar. Y, por lo tanto, incapaz de ser amado de verdad.

No debería olvidar eso.

Capítulo 18

Era la cuarta fiesta a la que asistían después de la boda, pero la primera en la que se encontraban a Christine.

Gregory la observó por el rabillo del ojo, siendo muy consciente de que la gente ya empezaba a murmurar al respecto. Charlotte aún no se había dado cuenta. Hablaba con entusiasmo con una dama cuyo nombre no recordaba y él se preguntó cuánto tiempo podía ocultárselo. Sabía que no mucho, pero acababan de llegar a la velada, y si ella se enteraba empezaría a hablar sobre algún plan para acallar los rumores, y eso casi siempre implicaba algo que a él le fastidiaría.

La dama con la que estaban hablando se despidió de ellos y Gregory pensó en algo para distraer a su esposa. La excusa perfecta se manifestó frente a ellos, y aunque estaba seguro de que el salvador no apreciaría intervenir, sobre todo porque su semblante evidenciaba mal humor, Gregory estaba lo suficientemente desesperado para usarlo a su favor.

—¿Vamos a saludar a Raymond? —preguntó Gregory justo cuando ella iba a tomar la dirección que llevaba a Christine.

Charlotte miró al aludido con recelo.

—No parece estar de buen humor.

—Ese es su semblante normal. Pero está bien. Vamos.

La tomó del brazo y la llevó hasta él. Charlotte no tuvo otra opción que sonreír.

—Querido Ray, tienes peor semblante que de costumbre, ¿sucede algo? —preguntó Gregory a sus espaldas.

—No debí haber venido —confesó este.

—Pero, Ray, si todavía no ha comenzado la cena —se burló—. Charlotte y yo sospechábamos que querías huir, así que hemos venido a entretenerte.

Charlotte le lanzó una mirada escéptica que Gregory ignoró.

—Qué suerte he tenido —murmuró con sarcasmo.

—Ni te imaginas cuánta —respondió Gregory ignorando su amargura.

—Le prometo que seremos una compañía agradable, milord —dijo Charlotte con alegría para aligerar la atención—. Cuéntenos, ¿ya consiguió esposa?

—Aún estoy considerando a algunas candidatas.

—¿A cuáles? —quiso saber Charlotte. El brillo determinado en su mirada le hizo saber a Gregory qué diría a continuación—. ¿Le hablé sobre la señorita Henrietta Callen?

Raymond mostró una expresión de fastidio que duró solo un segundo, antes de que fuera reemplazada por una de interés.

—De hecho, creo que no pudo contarme la historia de cómo la había librado de una terrible decisión.

Gregory hizo amago de intervenir, pero Charlotte lo observó con advertencia. Calló. Bien, no sería mala idea escuchar la historia.

—Bien, andaba yo en aquella época enamorada de lord Clementine. Fue uno de mis primeros pretendientes. Era joven, apuesto e hijo segundo de un duque. Un gran partido.

—Un hijo segundo —espetó Gregory con desprecio, sin saber muy bien por qué le molestaba la insinuación de otro pretendiente—. Con qué poco te ibas a conformar, querida.

—Me conformé contigo, querido. Nunca he tenido grandes aspiraciones. —Él se indignó y optó por guardar silencio—. Como le decía, para mí, lord Clementine podía ser el hombre de mi vida —continuó—. Una de sus principales cualidades es siempre saber qué decir para que uno

se sienta atraída por él. Recuerdo que esa noche, bailé con él un vals, y cuando este terminó, me susurró al oído que le gustaría conocerme mejor, y que era difícil con varios ojos vigilándonos. Entonces, me propuso que nos encontráramos debajo de la terraza en media hora. Yo ni siquiera lo pensé y le dije que lo vería allí. En mi cabeza joven era una gran aventura romántica.

—¿Es en serio? —protestó Gregory, de nuevo molesto sin saber por qué—. No te mostrabas muy predispuesta a quedarte a solas conmigo.

—Uno aprende las lecciones —respondió ella sin mirarlo, la muy descarada—. El hecho es que, por algún motivo, la señorita Callen nos escuchó y me comentó que, según algo que le había pasado a una conocida suya, lord Clementine tendía a... comportarse inapropiadamente con las damas. Usted me entiende.

—Le agradecería si pudiera ser más específica.

Charlotte se sonrojó, pero continuó hablando.

—Digamos que, aunque la dama estuviera reacia, él creía que, como esta había accedido a salir con él, tenía el derecho de hacerle cosas que no se deberían permitir hasta el matrimonio.

—Dice que la señorita Callen le comentó que lo sabía porque una conocida se lo había dicho.

—Eso me dijo.

No hizo falta aclarar lo que todos suponían: que la amiga de la señorita Callen era la propia señorita Callen.

—¿No era lord Clementine el caballero que huyó del país cuando el padre de una joven ultrajada lo retó a duelo por negarse a casarse con su hija? —preguntó Gregory y Charlotte asintió—. Dios santo, Lottie. La señorita Callen sí que te salvó de luna ruina probable.

—Es una mujer muy buena, otra no se habría tomado la molestia de avisarme. Debería considerarla seriamente, lord Rhodesay —le dijo Charlotte, por segunda vez en la noche.

Él asintió.

—Si me disculpan....

Raymond se marchó sin tomarse el tiempo de despedirse adecuadamente. La historia contada por Charlotte lo había afectado, aunque intentara no demostrarlo.

—Debo admitir que la juzgue mal —comentó Gregory una vez Raymond no estaba cerca—. Siempre la vi como la clase de dama capaz de tender una trampa matrimonial, pero jamás pensé que alguien intentaría aprovecharse de ella por su desesperación.

—Seguramente no es la primera a la que has atacado con tu juicio cerrado —replicó con molestia—. La señorita Callen está desesperada, tal y como lo estaba yo porque la sociedad no nos deja muchas opciones.

Gregory odiaba sentirse como un niño regañando, pero visto de esa forma, solo podía darle la razón.

—¿De verdad estabas dispuesta a verte a solas con lord Clementine? ¿Tú, alma puritana defensora del decoro?

Charlotte respondió a la burla con una mirada mordaz.

—Él me agradaba mucho. Pensé que podríamos ser una buena pareja, y no vi nada de malo si al final todo terminaba en un compromiso...

—Creí que no te dejabas envolver por palabras bonitas.

Al menos las de él no habían servido de nada.

Ella sonrió.

—Como te dije, de las lecciones se aprende.

Gregory iba a replicar cuando sintió una presencia a sus espaldas. Se giró justo cuando

una voz melodiosa intervino en la conversación.

—Querido Gregory, ¿ya ni siquiera saludas a las viejas amistades? Por cortesía deberías invitarme un baile.

Muchas veces había visto a Charlotte molesta, principalmente por cosas que él había dicho, pero jamás fue víctima del odio con el que sus ojos atacaron a Christine.

Lo más sorprendente fue la amabilidad de su tono al hablar. Se sintió como la caricia de un cuchillo muy filoso.

—Lady Argyll, qué grato encontrarla por aquí.

Christine, consciente de la hipocresía de su tono, le devolvió la misma sonrisa.

—Lo mismo digo, querida. —Y como si no mereciera más su atención, volvió hacia Gregory—. ¿Qué dices, bailamos?

Gregory miró a Charlotte, que bien podía estarle diciendo con los ojos que, si aceptaba, lo asesinaría. Él no lo dudaba, pero ella tampoco conocía a Christine.

—Hoy no ando con mucho ánimo de bailar.

—¿Y de hablar tampoco? Porque quiero hablar contigo, a solas.

Maldita sea. Miró a Charlotte y a Christine alternativamente. Si aceptaba hablar con Christine, Charlotte lo mataría, por no decir que los rumores tendrían alimento para toda una semana. Pero rechazarla tampoco era una buena opción. Conocía a Christine. Si no le ponía un alto en ese momento, no lo dejaría en paz, e incluso podría causar un escándalo que duraría más que unos pocos días.

Se inclinó hacia Charlotte y susurró en su oído:

—Por favor, finge que has visto a alguien y déjanos solos.

Ella intentó ocultar su incredulidad.

—¿Te has vuelto loco? —siseó.

—Si no acabo con esto ahora, será peor. Por favor. Confía en mí.

Ella no parecía en lo absoluto convencida, pero hizo lo que toda buena dama sabía hacer, enderezar los hombros y sonreír con falsedad.

—Oh, es lady Atholl, dame un momento, querido, voy a saludar y regreso —dijo con voz suficientemente alta para el que quisiera escuchar, lo hiciera.

Gregory admiró su temple al caminar con pose altiva, a pesar de que a su alrededor todos estaban hablando de ella. Le hizo un gesto a Christine para que retrocedieran, escondiéndose más en la esquina, donde sería más difícil que alguien los escuchara.

—Basta, Christine —dijo con seriedad. Quien lo oyera, no reconocería ese tono en él—. Estoy casado y no pienso retomar mi aventura contigo.

La dama por fin dejó de sonreír. Lo observó con sus ojos brillando de dolor.

—¿Por qué, Gregory? ¿Por qué te casaste con ella y no conmigo?

—¿Importa?

—¡Sí! Necesito saber por qué la amas a ella y no a mí. Una criatura tan simple... no tiene mi belleza, ni mi posición. Apuesto a que ni siquiera te puede hacer feliz en el dormitorio.

—¡Basta! —siseó él, furioso. No sabía por qué, pero la forma en que habló de Charlotte despertó la necesidad de defenderla—. Tampoco tiene tu lengua venenosa, tu necesidad de llamar la atención o la necesidad de venganza. Para mí es hermosa, no necesita posición y te aseguro que es capaz de satisfacerme. A mí me parece eso suficiente razón.

La dama dio un paso hacia atrás, desconcertada por su intensidad. Gregory también estaba sorprendido. Las palabras habían salido sin pensarlo, y se dio cuenta de que todas eran sinceras. Para él, Charlotte era una mujer hermosa, porque lo suyo no era una belleza resaltada

por la seducción, sino por la fiereza. Su posición le daba igual y se sentía satisfecho, sino en el ámbito sexual, sí solo con su propia compañía. Le agradaba estar cerca de ella, aunque eso significase tolerar órdenes, miradas letales o comentarios mordaces, porque al final, se divertía con ello.

—Entonces es verdad —musitó Christine, incrédula—. Sí estás enamorado de ella. Había tenido fe de que no fuera así, pero...

Gregory no dijo nada, temeroso de que cualquier palabra pudiera desmentir esa idea...

—Admito que regresé porque quería ver si podíamos intentarlo de nuevo. Nunca te olvidé. Sin embargo... bueno, supongo que ya no importa.

—No insistas más, Christine.

Ella esbozó una sonrisa.

—No te preocupes, querido. También tengo dignidad.

Y se marchó con el andar de una reina.

Gregory sabía que debería ir a buscar a Charlotte. Sin embargo, necesitaba primero una copa, y se dispuso a buscarla.

Charlotte observaba la conversación de su esposo con esa mujer a una distancia prudencial. Acababa de finalizar la conversación con lady Atholl para evitar que esta se desviara a temas personales, y aunque una parte de ella le exigía ir a intervenir, su orgullo se lo impedía.

«¿Cómo se atrevía?», era todo lo que podía pensar. Aceptar una conversación con esa mujer traería muchas murmuraciones y él lo sabía. Le había pedido que confiara en él, Charlotte quería hacerlo, porque no pensaba que a esas alturas fuera a abandonar el plan, pero tampoco podía imaginar cómo eso podía salir bien.

—Charlotte.

Se sobresaltó al oír su nombre y se encontró con su cuñado.

—Señor Curtis. Qué sorpresa —dijo sin mucho ánimo. Su mirada aún fija en la pareja.

Él siguió la dirección de sus ojos y arrugó el ceño. Charlotte, con ansias de conseguir información, preguntó:

—¿La conoce?

Él asintió.

—Había escuchado que regresaba a Inglaterra, pero con sinceridad, esperaba que no fuera un problema.

Al menos no era ella la única que la consideraba un problema.

—Me imagino que sabes quién es —dijo él.

La pregunta era incómoda, pero a diferencia de otros, sabía que él no la hacía con mala intención. Asintió y, sin saber por qué, confesó:

—Me dijo que confiara en él.

Su voz bien podía ser la de una niña a la que sus padres acababan de ordenarle algo, pero que no sabía si era lo mejor.

El señor Curtis pareció leer perfectamente sus sentimientos, porque su mirada se tornó comprensiva.

—Christine es complicada. Cuando Gregory la dejó, antes de marcharse, armó un escándalo diciendo que él le había hecho promesas que nunca cumplió. A Gregory no le importó, para ese entonces tenía la reputación bastante dañada, pero sabe que no es una mujer a la que se le pueda decir que no. Lo más probable es que esté dejándole la situación clara para que no lo vuelva a molestar.

Charlotte quiso creerle, de verdad quiso hacerlo. No pensaba que el Gregory que la había

estado ayudando hasta el momento, y que hacía unos días se había disculpado con ella prometiéndole que no quería hacerle daño, olvidara tan pronto sus palabras.

—Sé que el historial de mi hermano lo hace una persona de palabra dudosa —continuó su cuñado como si fuera capaz de entender las dudas no expresadas—, también comprendo que lo suyo es solo un trato, pero...

—Espere, ¿lo sabe?

Pero si Gregory le había dicho que...

—Lo sé —confirmó él interrumpiendo sus pensamientos—. Y él sabe que lo sé. No tengo ni idea de por qué te quiere hacer creer lo contrario, pero yo no pienso participar más en su falsa.

Un relámpago de ira le atravesó en pecho ante esa confesión. Ella sí sabía por qué Gregory había mentido: ¡quería aprovechar la excusa para dormir con ella! Desgraciado.

—Pero como te decía —continuó George, quitándole importancia a lo otro—, entiendo que es difícil confiar en él, creo que a veces ni él confía en sí mismo. Pero lo conozco. Si te prometió algo, lo cumplirá.

—¿Por qué no confía en sí mismo? —preguntó Charlotte, curiosa.

George meditó su respuesta, considerando si debía decirlo o no.

—Gregory es la persona en la que nuestros padres lo convirtieron, al menos indirectamente. Lo suyo no fue un matrimonio por amor, al menos no de parte de mi padre. Se casó con nuestra madre por su dinero y su relación fue... complicada, sobre todo porque ella sí lo amaba. Mi padre no era una persona... leal, así que mi madre sufrió mucho. Crecer en ese ambiente hizo que viéramos el compromiso como una farsa, algo que se aparentaba en público y se repudiaba en privado. Él nunca quiso repetir la historia. Odiaba a nuestro padre, así que siguió el camino disoluto que este hubiera reprendido, mientras se decía a sí mismo que jamás se comprometería si eso implicaba dañar a otros.

Charlotte guardó silencio, analizando esa nueva información. Ya había deducido que no habían sido criados en un ambiente lleno de amor, pero conocer la historia completa hizo que se le apretara el corazón por ese niño que no había conocido un hogar feliz.

—Mi madre siempre amó más a mi padre de lo que nos amó a nosotros, y mi padre apenas nos prestaba atención. Sé que Gregory cree que no puede amar, pero lo piensa porque nunca se lo han enseñado. Yo tampoco sabía amar hasta que Annabelle me enseñó.

—¿Está insinuando algo, señor Curtis? Porque no sé si pueda cumplir las expectativas de lo que está pensando.

Él sonrió con ternura.

—No tengo ninguna expectativa. Quería que se casara porque temía que se quedara solo. Y era muy consciente de que la vida que llevaba ni siquiera le gustaba a él.

—¿Y no temía que le pudiera hacer daño a su mujer?

—No. Lo conozco. A pesar de lo que puedan decir de él, no le gusta hacer sufrir a las mujeres. El día que se casara, fuera por las razones que fuera, entraría en razón. O al menos tenía fe. Llámeme egoísta si quiere, pero a mi parecer, era lo mejor que podía hacer por mi hermano.

Charlotte sí lo consideraba egoísta, pero no se lo dijo porque, en su situación, ella habría hecho lo mismo. Tenía un hermano, y no le hubiera gustado ver como destruía su vida.

Buscó con la vista a Gregory y se asustó al no encontrarlo ni a él ni a lady Argyll. El pánico no duró demasiado, porque pronto lo vio acercarse a ellos, tenía una copa en la mano.

—Ah, la bebida. Admito que conservo la esperanza de que logres quitarle ese desagradable vicio —le dijo su cuñado en voz baja.

Gregory, como si lo hubiera escuchado, miró a su hermano con ojos de molestia.

—George —saludó.

—Hermano. ¡Qué bueno que llegas! Tu esposa me estaba comentando que tenía ganas de dar un paseo por los increíbles jardines de la marquesa.

Gregory la miró y Charlotte miró a George.

—Ah, ¿sí? —le preguntó con una ceja arqueada.

Él no se mostró ni un poco avergonzado.

—Sí. Y Gregory estará encantado de acompañarte. Los dejo, voy a buscar a Anabelle.

Se fue sin decir nada más.

—A veces me pregunto por qué después de tanto tiempo dejo que siga asumiendo compromisos por mí —preguntó él mientras le ofrecía el brazo.

—Puede ser bastante persistente —comentó Charlotte observando el sitio por el que había desaparecido su hermano—. Me gustaría hablar contigo.

Él asintió y empezaron a encaminarse hacia los jardines.

La gente los observaba, pero Charlotte se dedicó a ignorarlos hasta que salieron por las puertas que lo llevarían al jardín. La noche era cálida, y la brisa acariciaba con ternura sus mejillas sonrojadas por el calor del interior.

—¿Y bien? —preguntó ella.

No había necesidad de dar muchas explicaciones.

—No volverá a molestar —prometió.

—¿Estás seguro?

Asintió.

—Christine es insistente, pero tiene demasiado orgullo para tolerar varias veces un rechazo.

—Espero que los rumores no nos traten demasiado mal —dijo Charlotte.

Hallaron un lugar alejado, cerca de la entrada del famoso laberinto de lady Portland, y Charlotte se recostó en un árbol, dándole la espalda a este.

—Los rumores, los rumores —dijo él con fastidio, recostándose a su lado—. Es un poco tedioso vivir preocupándose por lo que diga la gente, ¿no crees?

—No dudo que te lo parezca cuando llevas gran parte de tu vida ignorándolos, pero a veces es necesario.

—Todos deberíamos hacer una rebelión social —continuó como si ella no hubiera hablado—. Decir no a las imposiciones de la sociedad.

—Eso sin duda terminaría en caos. Lo que dice la gente, mal o bien, es lo que reprime a muchos de cometer malas acciones.

—Y también de vivir su vida. Yo creo que, si no afecta a nadie, todos deberían hacer lo que quisieran hacer.

—¿No es eso lo que ya haces? —se burló Charlotte.

—No por completo. Por ejemplo, si por mí fuera, saldría sin este horrible lazo —se tocó el lazo azul anudado a su cuello—, y prescindiría del frac en los días calurosos. Pero mi ayuda de cámara prometió renunciar si llegaba a hacerlo. Dice que todos lo considerarían inmoral, pero yo veo muy injusto estar incómodo para complacer a los otros.

—Bueno, ya que lo comentas... no me importaría que las faldas fueran más cortas. A veces es incómodo moverse con ellas.

—¿Ves? Todos deseamos algo y no podemos hacerlo por presión social. No me parece correcto. Si alguien quiere salir desnudo, debería poder hacerlo. No hace daño a nadie.

Charlotte soltó una risita.

—Excepto a la vista de los más conservadores. Qué locuras estás diciendo.

—Creo que los locos viven más felices que nosotros.

—No creo que los que estén en Bedlam concuerden contigo.

Él frunció los labios en un puchero.

—¿Entonces no apoyas mi idea de una rebelión?

—Me encantaría, pero creo que necesitas más personas y argumentos más sólidos. Creo que, si le prometes a las damas que ya no tendrán que usar corsé, podrán obtener grandes aliadas.

—Aliadas o enemigas, con las mujeres nunca se sabe.

Charlotte lo golpeó con el codo, pero aun así le devolvió la sonrisa. Le divertía esa faceta de niño rebelde y le recordaba que era más de lo que quería aparentar.

Se quedaron disfrutando del silencio por varios minutos. De vez en cuando, se lanzaban una mirada y sonreían sin motivo. Charlotte no podía evitar recordar lo que George le había comentado, sobre que Gregory no sabía amar. No era un tema que debía interesarle, pues ella nunca esperó su amor, pero que sin duda la llenaba de curiosidad. Él no sabía amar, pero ¿quería hacerlo o tenía miedo? Al igual que ella, tenía la palabra asociada al dolor. Cuando alguien amaba mucho y la otra persona no podía o quería devolver ese amor, el enamorado sufría. Su padre lo sabía. La madre de él lo sabía.

Y por eso, ella también tenía miedo de amar. Sabía cómo hacerlo, pero no se atrevía a entregarse por completo, y menos a alguien que tampoco se atrevía.

—Gregory, ¿extrañas tener amantes?

La pregunta lo sobresaltó, y no era de extrañar. Ni ella misma creyó que se atrevería a hacerla. Sin embargo, había llegado de improvisto a su mente y no pudo resistir la tentación de elaborarla. El hermano de él le había dicho que creía que Gregory ya no estaba feliz con la vida que llevaba; quería saber si era verdad.

—No es esa una pregunta que una buena esposa haría, querida. Creo que estás rebelándote.

—Respóndeme, por favor —pidió con tranquilidad.

Él se tomó su tiempo para hacerlo. Jugueteó con la cuerda del reloj de bolsillo que llevaba en el chaleco.

—Por el momento, no.

«Por el momento». Ese condicional podría haberla desalentado si hubieran pasado un mes desde que hicieran ese trato; un mes en donde él no había vuelto a su vida disoluta por petición de ella. Para un libertino de su nivel, era un tiempo considerable. No quiso, sin embargo, albergar ninguna esperanza ni preguntar más.

—No es tan bueno como se cree —dijo de repente.

—¿A qué te refieres?

—A vivir fuera de lo normal. Puede ser divertido por cierto tiempo, pero... tarde o temprano te das cuenta de que no encajas.

—Creo que es mejor no encajar que hacerlo, porque con lo segundo siempre estarás limitado a lo que otros quieran hacer de ti.

—Pero entonces, no habrá nadie que te quiera —dijo con tristeza.

Sintió el impulso de abrazarlo, porque veía en él al niño que había buscado cariño toda su infancia.

—Es mejor no tener a nadie que tener cariño falso, ¿no crees?

Charlotte lo había aprendido con el tiempo. Siempre había sido muy social, pero nunca había tenido un amigo verdadero. Sus amigas en la primera temporada la veían como la

competencia, las matronas como alguien que no estaba a su altura, y los caballeros como una posible alianza.

Estuvo a punto de soltar una carcajada amarga. Había creído que la vida disoluta de Leinster era el motivo por el que no tenía verdaderos vínculos en su vida, pero si lo pensaba con detalle, de haber sido él alguien «valorado», solo habría recibido notas falsas de recuperación. Al menos de la primera manera había visto la verdad.

Notó que debía estar pensando algo similar porque su semblante mostró una triste comprensión.

—¿Y cómo se obtiene el cariño verdadero?

Charlotte lo miró a los ojos.

—Cuando quieres a quién eres y no a lo que aparentas. No sé cómo es el proceso, solo sé que se da. De formas muy inesperadas.

Sus miradas se conectaron, sus labios se abrieron ligeramente como si quisieran decir algo, pero no se atrevieron. Él dio un paso hacia ella. Si la besara en ese momento, Charlotte se dejaría, y no sabía qué pasaría con ella. Quizás, fue por ello que el destino intervino.

—No creí que vinieras —dijo una voz masculina a sus espaldas—. Llevo esperándote como treinta minutos.

—Se me hizo difícil escaparme —respondió una mujer, nerviosa—. No tenemos mucho tiempo. Charlotte no le habría prestado atención si no la hubiera reconocido. Giró la cabeza y, utilizando el árbol para ocultarla, buscó a la dueña de la voz. No se había equivocado. Era su prima, Annie.

Gregory se asomó y observó por encima de su cabeza.

—¿Esa es...?

Charlotte asintió y le hizo un gesto para que guardara silencio.

Su prima estaba en la entrada del laberinto junto con un caballero al que no reconoció, pero que era alto, fornido y con aspecto peligroso, o al menos esa era la impresión que daba de pie frente a Annie, que era bastante flaca y de estatura promedio.

—¿Has pensado en mi propuesta?

Desde su posición y con la oscuridad, Charlotte no podía ver bien su cara, pero el nerviosismo era evidente en cómo arrugaba la falda de su vestido.

—Sí. Yo... acepto.

Él hombre sonrió, lo supo porque podía ver el destello blanco de sus dientes.

—¿Cuándo?

—La boda es en un mes. Tiene que ser... antes.

—Sí, temo que después no serviría —se burló el hombre—. Voy a organizarlo todo.

—No creo que a tu tío le guste eso —murmuró Gregory.

Charlotte tampoco lo creía. No estaba segura de qué iba la conversación, pero se daba una idea.

—No tiene por qué enterarse.

Si Annie planeaba escapar de ese horrible matrimonio, no sería ella quien la delatara.

—Creo que está a punto de hacerlo.

Charlotte se giró para preguntarle a qué se refería, cuando divisó la figura de su tío saliendo de la casa. Aún estaba muy lejos para ver a Annie, pero no tardaría en hacerlo.

—Tenemos que distraerlo.

Gregory hizo una mueca de desagrado. Sin embargo, no se negó.

Tomados del brazo, como si regresaran al salón, lo interceptaron.

—Tío Roger —saludó Charlotte con voz más alta que de costumbre—. No sabía que

estabas aquí.

Su tío no estaba de humor para conversaciones, y se lo hizo saber con su mirada de desdén.

—Reservo mis saludos para gente que los merezca.

Charlotte no se inmutó por la ofensa. Gregory tampoco, aunque estaba segura de que le había molestado.

—Escuché que una de tus *amigas* regresó al país, Leinster, y que hablaste con ella. —Miró a Charlotte—. ¿Ese es el ejemplo que quieres darle a tu hermano?

Ella se tensó, pero se cuidó de mostrarlo.

—Hay peores pecados que tener un pasado que incita rumores, señor Mirren —dijo Gregory con igual de veneno.

—Peor que estar paseando solos por un jardín vacío como una pareja díscola no creo. Tengo fe de que mi hermano no cometa el error de dejarles al niño. Y te advierto, Charlotte, cuando Hector esté a mi custodia, si quieres verlo tendrás que comportarte.

La insinuación hizo que la sangre de Charlotte hirviera de rabia.

—No puedes prohibirme ver a mi hermano —chilló.

—Oh, claro que puedo. Si su hermana es un mal ejemplo, lo haré.

Charlotte quiso lanzársele encima, y si no fuera por el brazo firme de Gregory, tal vez lo hubiera hecho.

—En lugar de preocuparse por el mal ejemplo de otros, debería evaluar sus propios comportamientos cuestionables.

Tiró de Charlotte para alejarla de allí. Ella miró hacia atrás, solo para confirmar que Annie había logrado esconderse, y deseó con todas sus fuerzas que pudiera llevar a cabo lo que fuera que estaba planeando.

—Me gustaría irme a casa —dijo Charlotte cuando regresaron al salón.

Gregory asintió y fue a pedir el carruaje.

Una vez dentro, ella se abrazó a sí misma. Se encontraba frustrada por no haber podido dejar en orden la custodia de su hermano, y sintió una opresión en el pecho al pensar que todo lo que estaba haciendo podía no servir de nada. No se dio cuenta que estaba llorando hasta que Gregory le tendió un pañuelo.

—¿Qué voy a hacer si me quita a mi hermano?

—¿Por qué no le cuentas a tu padre sobre la amenaza? Jamás lo permitiría.

—No lo entiendes. Mi padre evita los conflictos. Creerá que estoy exagerando, y si logro convencerlo de que es verdad, entonces le dará un disgusto tan grande que podrá matarlo. Él quiere a Roger, es su hermano.

Sollozó de nuevo y, para su sorpresa, Leinster se colocó a su lado y la rodeó con los brazos.

—No se lo quedará.

—Pero...

—Escúchame. No importa si tenemos que asistir a mil veladas, si tengo que mostrar un comportamiento ejemplar y fingir todo lo que se tenga que fingir. Si tengo que hablar con tu padre y robarte frente a él besos apasionados. Pero nos dejará la custodia de Hector. Te lo prometo.

Guiada por un impulso, Charlotte lo abrazó y refugió la cabeza en su pecho.

—Gracias —musitó—. Yo... yo sé que, en este matrimonio, soy la que más se ha beneficiado. Tú no tendrías por qué ayudarme, y aun así lo has hecho.

Él no respondió, se limitó a acariciarle el cabello. A lo mejor no tenía una respuesta, así como Charlotte tampoco tenía una respuesta a lo que estaba sintiendo por él, a la razón por la que se sentía segura entre sus brazos, y a la necesidad de consolarse solo con su presencia.

Llegaron a la casa y él la acompañó hasta la habitación. Cuando iba a irse a la suya, Charlotte lo tomó del brazo.

—¿Podrías quedarte conmigo? Ya sabes, es necesario mantener las apariencias.

Si él podía engañarla, ella también. Pero lo necesitaba. Necesitaba el calor de sus brazos, su presencia. Necesitaba saber que no estaba sola y que alguien estaba con ella.

Si alguna vez alguien le hubiera dicho que depositaría tal confianza en Leinster, se habría reído. Sin embargo, ese no era el hombre que había conocido. No era el granuja descarado, también era alguien capaz de entenderla y apoyarla.

Él dudó, pero finalmente aceptó.

Una vez dentro, Charlotte no sabía qué hacer. Su doncella solía ayudarla a quitarse el vestido, y cada vez que Gregory entraba a su cuarto, ya tenía puesto su recatado camisón.

—¿Te ayudo? —preguntó con una sonrisa nerviosa, lejos de la seguridad seductora que lo caracterizaba.

Charlotte asintió, dudosa.

Él desató con maestría los lazos de su vestido y del corsé. Ella tuvo que sostenerse la tela para que no se le cayera.

—Yo... voy al baño a cambiarme —dijo, sonrojada.

Él sonrió, esta vez con picardía e inclinó la cabeza para instarla a ir.

Sin soltar su vestido, Charlotte tomó el camisón y fue al baño, donde tuvo que respirar hondo varias veces para calmar el ajetreado latido de su corazón. Cuando regresó a la habitación, él se había quitado casi toda la ropa, excepto los pantalones, y se había echado en la cama.

Charlotte se acostó a su lado, pero sintió la distancia que los separaba como si fuera una milla.

—Solo por esta vez, puedo dejar que me uses de almohada.

Ella no se atrevió.

—No voy a intentar nada, te lo prometo.

Y entonces, esa parte de ella que necesitaba apoyo, decidió creer en su palabra. Se acercó a él y recostó su cabeza en su pecho. Él la envolvió en un abrazo confortable que la hizo cerrar los ojos. A punto de caer en el sueño, lo escuchó murmurar:

—Charlotte, Charlotte, ¿Qué me has hecho?

Si él supiera que ella tenía exactamente la misma pregunta.

Capítulo 19

Las semanas que siguieron se formó entre ellos un vínculo difícil de explicar. Seguían durmiendo juntos, pero sin llegar a nada más, ambos alegando a la excusa de “lo que pueden decir los criados” cuando sabían claramente que nada iba a pasar porque cada quien se fuera a su habitación. Charlotte quería creer que él disfrutaba de ese vínculo tanto como ella, y se había dicho a sí misma que no pensaría demasiado en lo bonito que se sentía estar a su lado.

Leinster, además de ser por naturaleza irritante, también era un conversador entretenido cuando se encontraba de humor. Charlotte lo descubrió una noche después de cenar, cuando la invitó a tomar una copa en su despacho que le aceptó con gusto.

—Complacer a todo el mundo es demasiado complicado —dijo mientras bebía de su vino. No había dejado la manía de tomar, y Charlotte tampoco esperaba que lo hiciera, pero sí había notado que lo hacía en menos cantidad—. Ya me acordé por qué había dejado de intentarlo.

—Según recuerdo —comentó Charlotte moviendo la copa en su mano— dijiste hace unas noches que tampoco era agradable ser siempre vivir en contra de la normal.

—¿Ah sí? Un pequeño momento de confusión. Es mejor eso que gastar energía haciendo lo que todo el mundo quiere.

—El secreto no es hacer lo que todos quieren, sino fingir que lo haces para que de dejen en paz.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó él, curioso.

—Oh, sí. Cuando te das cuenta que complacer a todos es imposible, optas por dejar de preocuparte por eso. Solo eres educado e ignoras conversaciones incómodas, pero no cambias tu forma de ser por ellos. Al final se encuentra un buen equilibrio.

—¿Eso es lo que siempre haces?

—Es la mejor forma de sobrevivir. Ahora bien, dices que has dejado de intentarlo, pero, ¿alguna vez viviste siguiendo las normas, Gregory? Se me hace difícil creerlo.

Desde que estaba en sociedad, Charlotte solo había escuchado de él rumores desagradables. No podía verlo como la clase de hombres que alguna vez siguió las reglas.

—Una vez, hace tantos años que ni recuerdo —dijo con voz ausente y mirada perdida, como si se estuviera transportándose a ese momento específico del pasado—. No crecer siendo el heredero sin que la gente, especialmente tu padre, espere algo de ti. Y siempre hay un punto en la vida en que uno intenta cumplir esas expectativas.

Charlotte lo escuchó con atención. Sabía respecto a su familia debido a la conversación que había tenido con George, pero Gregory casi nunca mencionaba a su familia.

—Pero nunca llenabas esas expectativas. Siempre quería más. Una vez me dijo que quería que yo fuese como él, y yo me di cuenta de que no quería ser como él. Entonces, decidí darle a mi vida un nuevo rumbo.

—Y se molestó —adivinó Charlotte.

Él se encogió de hombros.

—No me volvió a hablar, pero tampoco me importó demasiado. Él tampoco era mi persona favorita. Además, ¿por qué querría yo ser un viejo gruñón y amargado, que ante todos llevaba una vida de decoro, pero en secreto se iba a bares y dejaba a su esposa llorando por las noches? Prefiero la sinceridad desagradable que la hipocresía disfrazada de moral.

Esa era, posiblemente, la confesión más sincera que había hecho de manera inconsciente. Charlotte en ese momento comprendió varias cosas sobre él, e incluso admitió que su vida,

aunque disoluta, se regía por ciertos valores morales. Había roto muchos corazones, pero jamás le mintió a nadie sobre sus verdaderas intenciones. Bebía, jugaba y se iba de fiesta, pero no dañaba a terceros.

—No creo que seas como él —le dijo Charlotte con sinceridad, captando su atención—. Yo creo que eres mucho mejor. Eres auténtico.

Él la observó como si le costase creerle.

—¿No soy un caso perdido?

—¿Te crees perdido?

Él suspiró.

—A veces no lo sé.

—Creo que todos podemos sentirnos perdidos en algún momento de nuestra vida —dijo con cautela—, pero nunca es tarde para buscar un propósito, para arriesgarse.

«E incluso para amar», se dijo a sí misma, consciente de que esas palabras también iban para ella.

—No se suponía que reaccionarías así —dijo él en un tono que pretendía romper la incomodidad del momento—. Deberías de haberme dicho «eres un caso perdido» —dijo imitando la reprobación típica de las matronas en sociedad—. Has decepcionado a tu entorno.

Ella se rio.

—Temo que no hablo así.

—Tienes razón —concedió. Después de un segundo, añadió—: A veces eres peor.

Ella bufó.

—No sé cómo te aguanto.

—Nos queda toda una vida por delante, cariño, creo que tienes que seguir perfeccionando la paciencia. Yo lo he hecho.

Ella quiso replicarle, pero, en su lugar, se encontró devolviéndole la sonrisa juguetona.

Esa noche descubrió el lado más humano de Leinster, y que sus dramas podían ser divertidos. Se encontró varias noches riéndose con él por comentarios absurdos que se burlaban de la sociedad y estando de acuerdo en perspectivas que antes jamás hubiera considerado, pues si había algo que Gregory tenía, era una amplia perspectiva de la vida. La sociedad solía repudiar a las personas que se comportaban como él, pero lo cierto era que para llegar a ese punto donde la se vivía sin prestarle atención a las restricciones sociales, debía de haber llegado primero a una gran comprensión de qué era lo verdaderamente importante. Quizás, él había llevado todo un poco a los extremos, pero no dudaba que era un hombre muy inteligente.

Quería creer que lo que sentía por él era mera simpatía obligada por la convivencia, pero sabía que había algo más, solo temía decir qué.

Lamentablemente, Charlotte no sabía cómo hacer retroceder esa ola nueva de sentimientos que la embargaban cuando hablaban por las noches con una copa en la mano, o dormían abrazados sintiendo el calor del otro. Mucho se temía que no había vuelta atrás y tendría que vivir con las consecuencias.

Una mañana, mientras desayunaba, recibió una carta que rompió la pequeña aura de felicidad que la rodeaba. Era de lady Argyll. La invitaba a tomar el té esa tarde.

Gregory y ella se habían encontrado con esa mujer en alguna que otra velada, pero tal como su esposo predijo, ella no había molestado más. Charlotte dejó de preocuparse por su presencia y se dedicó a seguir ejerciendo su papel. Al menos hasta ese momento.

Miró a su alrededor, como si la sala vacía pudiera darle consejo. Gregory había desayunado y se había ido temprano a atender unos asuntos, así que no había tiempo de

comentárselo.

¿Qué querría esa mujer?

Tendría que averiguarlo ella misma.

Llegó a la dirección descrita a la hora pautada. Era una mansión grande en Mayfair, decorada a la moda y que derrochaba riqueza. Una criada la condujo a una pequeña salita con muebles elegantes y un gran ventanal. Lady Argyll estaba sentada en una silla coqueta y sostenía entre sus dedos una taza de porcelana fina.

—Me alegra que hayas aceptado mi invitación, lady Leinster.

El desdén al pronunciar su título no fue disimulado, y Charlotte sabía que tampoco pretendió serlo.

—Creo que, a estas alturas, podemos evitarnos los saludos protocolarios. Me gustaría saber el motivo por el que ha querido verme —dijo Charlotte con tranquilidad, mientras tomaba asiento.

Ella la miró con interés.

—Me imagino que estarás enterada de la conversación que tuvimos Gregory y yo en el baile.

Charlotte asintió. De hecho, no lo estaba, pues nunca quiso interrogar a Gregory al respecto. Sin embargo, eso ella no tenía por qué saberlo.

—Tengo suficiente dignidad para no seguir insistiendo, pero no puedo evitar cuestionarme qué lo hizo enamorarse de ti. No eres tonta. Sabes que no puedes compararte conmigo en belleza y clase.

—La belleza es subjetiva, y a mi parecer, su clase es bastante cuestionable —replicó Charlotte. No pensaba permitir que la insultara—. Alguien que se precie de educado no insulta a otros con su veneno.

—Pero si eso es lo divertido de tener clase —se burló la dama—. Otros no se atreven a cuestionarte.

—Si cree que puede aprovecharse de eso conmigo, está equivocada —replicó Charlotte con molestia—. No he venido aquí para ser objeto de sus comentarios groseros, sino para advertirle que nos deje en paz.

—Y si no lo hago, ¿qué harás?

Charlotte entrecerró los ojos, llena de una ira profunda por el comportamiento de la mujer. Ella no iba a arruinar lo que tanto había trabajado.

—No me rete, lady Argyll. Usted tendrá poder, pero todos saben el lugar que ocupo en la vida de mi esposo, y la palabra de una mujer respetable siempre valdrá más que la de una que solo puede rogar por cariño.

Sintió una punzada de victoria cuando a la dama se le borró la sonrisa del rostro. Sin embargo, no la observaba con odio o con desdén, sino con bastante interés.

—Tienes carácter para ser joven, y bastante determinación. Sabes, creo que sé en qué me equivoqué —dijo pensativa. Charlotte se decepcionó al saber que no había logrado alterarla. Era como si tuviera hielo en las venas— Yo quería que Gregory me quisiera, pero él no sabe querer, y yo tampoco. Supongo que alguien que no sabe de amor tampoco puede enseñárselo a otro.

Charlotte la observó con desconcierto, sin saber bien qué había querido decir. Dudaba que estuviera admitiendo que no era capaz de quererse ni siquiera a sí misma, pero por la sonrisa amarga que le dirigió, parecía que estaba pensando exactamente eso.

—No te quito más tiempo, querida. Te aseguro que no volveré a ser un incordio. Aunque... bien, creo que hay otras personas de las que deberías cuidarte.

—¿A qué se refiere? —preguntó con el ceño fruncido.

Ella le hizo un gesto con la mano para desestimar su pregunta.

—Tengo algunas cosas que hacer. ¿Podrías disculparme?

Charlotte enderezó los hombros y se marchó antes de que volviera a echarla. Tenía el presentimiento de que jamás podría llegar a entender a esa mujer.

Sin ánimos de regresar a su casa, pues no quería sumirse en sus pensamientos, paseó por las calles de Mayfair y visitó a unos conocidos. Reconoció una de las mansiones de una reciente boda a la que había asistido, y con una sonrisa de entusiasmo, decidió hacer una visita a la joven marquesa.

La señorita Callen o, mejor dicho, la marquesa de Rhodasey, la recibió con mucho ánimo, lo que era reconfortante si consideraban que cuando la volvió a ver después de años ella no la había reconocido.

—Charlotte, qué placer tenerte aquí.

Charlotte se levantó para saludarla como correspondía. Había pocas personas que podían decir que le caían bien en su mundo, y Henrietta era una de ellas. Se sentía muy feliz al haber conseguido el objetivo de convencer a Rhodesay de que se casara con ella.

—Pedí que nos trajeran té y galletas —añadió Henrietta.

—Excelente, porque tengo mucha hambre. —La conversación con lady Argyll la había dejado exhausta y hambrienta—. Mi visita no tiene ningún motivo en particular —comentó—. Visitaba a unas conocidas y decidí pasar por aquí. Lamento no haber avisado, pero me alegra que hayas podido recibirme.

—Me alegro de que hayas venido.

A Charlotte le pareció sincera. Si ella, siendo social, no tenía muchas amigas, Henrietta, que era considerada extraña por muchos, tampoco debía tenerlas.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Charlotte con amabilidad—. No creas que me he olvidado de mi promesa. Aunque no era la intención inicial, creo que podría ser un buen momento para hablar sobre cómo moverte en sociedad, ¿no crees?

Hacía unos días, en una velada. Charlotte se encontraba con Henrietta cuando sucedió un incidente: dos mujeres estaban cuestionándose su matrimonio con lord Rhodesay, afirmando que no era apta. Para alguien con su naturaleza no había sido fácil asimilar, y Charlotte, que sentía que le debía un favor después de haberla salvado de lord Clementine, se había ofrecido a ayudarla a moverse en sociedad. Ella sabía muy bien lo que era ser objeto de chismes.

—Por supuesto —dijo, aunque era evidente que no estaba en su mejor momento.

—¿Estás bien, querida? ¿Hay... algún problema?

—Algunos —dijo, evasiva.

El té y las galletas llegaron en ese momento. Henrietta lo sirvió con la mayor gracia posible.

—¿Con el matrimonio? Puede llegar a ser complicado, pero con el tiempo uno se acostumbra a convivir con seres tan complicados como los hombres —dijo Charlotte antes de tomar un sorbo de té. Ella bien lo sabía—. Se necesita mucha paciencia, pero se logra. Podría decir incluso que llega a valer el esfuerzo.

—No ha sido tan terrible como esperé —confesó con sinceridad.

—Me alegra saberlo. No conozco mucho a lord Rhodesay, así que hablo por experiencia y por la de algunos conocidos. Tener un esposo es difícil, pero me alegra que él sea un buen marido.

—Lo sé.

Charlotte dedujo de inmediato que, si Henrietta aseguraba que el problema no era Rhodesay, entonces debía creer que el inconveniente lo tenía ella. Por lo general, a Charlotte no le gustaba incursionar demasiado en la vida de otros, pero tampoco se sentía tan inhumana para fingir que nada pasaba cuando el rostro de la marquesa pedía a gritos consuelo.

—Sé que no nos conocemos demasiado, pero si me quieres contar algo, puedo escucharte. Soy buena haciéndolo.

Henrietta sonrió, esta vez de verdad.

—¿Nunca... nunca has sentido que eres tú la que falla?

Charlotte no se esperaba esa pregunta, pero tocó un tema personal. Muchas veces había sentido que había fallado. Sintió que falló por no haberse casado antes de que su madre muriera. Sintió que había fallado al no conseguir esposo después, y sentía que fallaba por no lograr conseguir que su padre le dejara la custodia de su hermano. Lo peor, era que fallaba en muchas cosas que no deberían ser su responsabilidad.

Y tenía el presentimiento de que Henrietta estaba sufriendo por algo que no debería ser obligatorio.

—Lo dices, quizás, ¿porque no has podido concebir el niño que lord Rhodesay necesita? —preguntó con cierta incomodidad.

Gregory le había contado la historia durante una de esas noches que se habían quedado hablando en su despacho. Charlotte pensó que era una carga muy dura para una mujer, y se había arrepentido un poco de haber insistido en que la señorita Callen fuera la candidata.

—Entre otras cosas —respondió ella.

—Creo que nunca se podrá cumplir por completo las expectativas de otras personas —dijo Charlotte con cautela, buscó la mejor forma de darle consuelo—. Todos somos, a fin y al cabo, diferentes. El matrimonio es difícil, sobre todo si la razón de la unión no fue el amor, como suele suceder. Te encuentras conviviendo con una persona que tienes que conocer y aceptar, y eso siempre es un proceso complicado.

—¿También te pasó?, ¿aunque tu matrimonio fuera por amor? —preguntó con curiosidad.

Ella desvió la mirada y consideró su respuesta. Finalmente, decidió que no haría daño confesárselo. Ella también necesitaba hablarlo con alguien.

—No fue por amor —murmuró. Antes de que Henrietta pudiera hablar, continuó—: Sí, sé que eso es lo que todos piensan, porque eso es lo que hemos querido aparentar, pero todo es mucho más complicado. Lo cierto es que yo nunca me hubiera enamorado a primera vista de alguien como Gregory. Su arrogancia es tan grande que podía llenar toda esta casa y la fama de no tomarse nada en serio me causaba más repulsión que interés. Nuestro matrimonio fue un acuerdo que hemos aprendido a llevar de la mejor forma posible. Por eso te puedo asegurar que no es algo fácil, y no debes sentirte mal si hay cosas en ti que a él no le gustan. Lo importante es evaluar si vale la pena cambiar esas actitudes para que todo mejore. A fin y al cabo ya están casados. Llevarse mal toda la vida no es alentador.

Henrietta consideró sus palabras.

—Te estás enamorando de él, ¿verdad? No, no me mientas. También sé reconocer cuando se empieza a caer en esa trampa mortal. Si no lo quisieras, no te importaría lo que pensase de ti.

Porque Charlotte también estaba cayendo en ella, y ya se había hartado de seguir negándolo. Se había enamorado de su arrogante, fastidioso y molesto esposo porque también era bueno, comprensivo y amable, porque a pesar de todo se esforzaba por ayudarla, le daba su lugar y se quedaba con ella en las noches sin pedir nada, aunque ambos sabían que no era necesario.

Era un granuja, pero tenía corazón.

Entonces, decidió darle el consejo que aún ella no se atrevía a seguir.

—Mi mejor consejo es que se lo digas. Si hiciste algo tonto, es probable que haya sido por culpa de esos sentimientos. Hablo con mucha gente, y la mayoría de las tonterías que cometen son por amor. Sé que puede resultar temible, pero no tiene sentido ocultarlo. Piensa, si ya las cosas están mal, ¿qué tanto podrían empeorar con la confesión? La ventaja de estar mal es que puedes arriesgarte a lo que sea, pues solo hay dos opciones: o se queda todo igual, o mejora. Es una apuesta con al menos la mitad de las probabilidades de ganar.

Henrietta esbozó una sonrisa de agradecimiento que Charlotte le devolvió.

—¿Sabes qué me anima cuando me pongo melancólica? Ir de compras —dijo en tono casual—. No te lo tomes a mal, pero tu vestuario está algo pasado de moda, y eso es inadmisibile para una marquesa. Si quieres, te puedo llevar con mi modista. Te dejará irreconocible.

—No tengo dinero.

—Tu esposo todavía tiene mucho, mejor aprovecharlo. Dejaremos dicho en la tienda que le mande las facturas.

Henrietta la miró poco convencida.

—¿Se molestará más de lo que está ahora? —preguntó Charlotte.

—No lo creo.

—Entonces no hay nada que perder —dijo con voz cantarina y se levantó con decisión. Henrietta también se levantó, aunque con más recelo—. Cualquier cosa, asumo toda la responsabilidad. Dirás que fui una mala influencia y no me volverás a ver. Entonces, se convertirá en una amistad secreta, que es igual de emocionante.

—¿Con qué frecuencia aplicas esta filosofía?

Era la primera vez que lo haría, pero no vio nada de malo en ello. Si Gregory le preguntaba, le diría que era mejor invertir dinero en una esposa que en bebida.

—Menos de la que me gustaría —dijo con pesar—. Pero Gregory pocas veces se molesta. Y tenía fe de que esa vez tampoco lo hiciera.

—Vamos, tenemos un largo día por delante.

Y vaya que fue largo. Charlotte y Henrietta se pasaron toda la tarde comprando y encargando cosas. Cuando Charlotte llegó a su casa, era casi hora de la cena, y Gregory la estaba esperando en el salón. Se movía de un lado a otro, nervioso.

—¿Dónde estabas? —le recriminó.

Charlotte se sorprendió por la preocupación en su tono. No imaginó que su ausencia le causara malestar.

—Acompañé a lady Rhodesay.

—¿Hasta esta hora?

—Fue una jornada larga. Nos quedamos hasta que cerraron las tiendas —admitió Charlotte—. ¿Sucedó algo?

—Yo... —Él pareció dudar si decir o no lo que pensaba—. Bueno, no acostumbras a llegar tarde. Pensé que quizás podrías haber tenido algún inconveniente.

Es decir, se había preocupado por ella. Charlotte contuvo una sonrisa. Ya que había admitido sus sentimientos, cada gesto de él hacia ella era una caricia a su corazón.

—Lamento no haber informado. Fue un plan improvisado y... bueno, quizás te lleguen unas facturas a ti también.

—Oh, ya suponía que no tardaríamos en llegar a este punto —dijo con dramatismo—. Ustedes, las mujeres, son la ruina de un hombre en todos los sentidos.

Charlotte se carcajeó.

—Una esposa bonita cuesta dinero.

—¡Pero si tú ya eres bonita!

Fue evidente por su expresión que no había planeado decirlo de esa manera, ni con tanto énfasis. Charlotte se sonrojó, mientras su corazón gritaba de emoción.

—Gracias.

Se miraron sin decir palabra, como si intentasen descubrir algo del otro. Fue el señor Harris quien rompió el momento anunciando la cena.

Comieron con tranquilidad, haciendo comentarios de cómo había ido su ida y qué habían hecho. Charlotte consideró comentarle su visita a lady Argyll, pero optó por no hacerlo. No quería enturbiar el momento trayendo a colación su nombre, y sentía que ese asunto por fin estaba zanjado. Estaban terminando de cenar cuando un lacayo entró con una nota para Gregory, alegando que era urgente.

Este la abrió y su contenido borró todo rastro de dicha que podía haber en su rostro.

—¿Suced algo? —preguntó Charlotte.

—Es... es un asunto que debo atender con prontitud —dijo levantándose con prisas.

—¿Pasó algo grave?

Él negó con la cabeza. No diría que estaba nervioso, pero sí bastante perturbado.

—No sé... es decir, tengo que irme.

Se marchó sin dar mayores explicaciones y Charlotte lo observó irse con un nudo en la garganta. Desde que se habían casado, Gregory no había tenido ese tipo de comportamiento, así que no sabía a qué atribuirlo.

Con amargura, pensó en si no habría ido a ver a otra mujer, pero su corazón enamorado la obligó a pensar a favor de él. ¿Por qué lo haría cuando tenían un trato? ¿Y por qué justo en ese momento? No había ninguna razón en particular, al menos que se hubiera cansado de estar entregando tanto a cambio de nada.

Desconsolada, Charlotte fue a su habitación y se preparó para dormir. Una vez en la cama, le costó hacerlo. Se había acostumbrado a dormir con él a su lado y lo echaba en falta.

El reloj dio las doce cuando sintió la puerta del dormitorio contiguo abrirse. Emocionada, se sentó en la cama y su corazón dio un brinco cuando lo observó entrar.

—¿Me esperabas, encanto?

En otro momento se hubiera molestado por la pulla, pero ya se había cansado de mentir.

—¿Qué sucedió?

—Una mala broma —respondió él con calma mientras se metía en la cama—. Alguien se hizo pasar por Annabelle diciendo que George estaba enfermo. Pero llegué allí y no había pasado nada.

A Charlotte no le pareció una explicación demasiado convincente, como tampoco lo era su tono, más nervioso que seguro, pero dejó de pensar en ello cuando la atrajo hacia él para abrazarla. La calidez de sus brazos la envolvió como un arrullo y ella se dedicó a disfrutarla.

—Yo creo que sí me extrañabas —dijo él con ese tono burlón que le era tan familiar.

Charlotte lo observó. No quiso admitirlo, pero hizo algo que lo afirmaba: lo besó.

Al principio lo tomó por sorpresa, lo supo porque el cuerpo de él se tensó y no respondía al movimiento de sus labios. Sin embargo, después de apenas un segundo, la intensidad de Leinster superó el débil intento de Charlotte y la sumergió en un poso de deseo del que no quería salir.

No era difícil adivinar por qué sus habilidades en la cama eran tan cotizadas. Con un solo

beso, Charlotte sintió que perdió el aliento y su cuerpo se quedó temblando, a punto de protestar cuando él se separó.

—¿A qué se debió eso? —preguntó Gregory con voz ronca.

—No lo sé.

Lo sabía, solo que no quería decírselo. Se debió a que lo deseaba, a que amaba tanto de él que quería conseguirlo todo, y a que como ya era demasiado tarde para resguardarse, no le importaba seguir adelante.

Hizo ademán de volver a besarlo, pero él retrocedió.

—Juegas con fuego, Charlotte. ¿Qué sucedió con tu determinación de mantener eso alejado?

—¿Qué sucedió con tu determinación de seducirme? —replicó.

Él negó con la cabeza.

—No quiero hacerte daño.

Él también había cambiado, aunque no fuera capaz de verlo. O quizás, siempre fue así, solo que no dejaba que esa parte saliera muy a menudo. Pero su naturaleza egoísta se había esfumado en el momento en que empezó a respetar su decisión.

Charlotte sabía qué le estaba diciendo: que no podía prometer darle todo lo que ella necesitaba. Se estaba escudando, protegiendo, pero ella se había cansado de esa guerra. Si y había arriesgado tanto en su vida, ¿por qué no arriesgarse por ese amor?

Fue consciente de que había mucho por perder, pero aun así dijo:

—Eso no va a pasar.

Y volvió a besarlo. Él no volvió a replicar. De hecho, ninguno de los dos dijo de nuevo palabra alguna. Fueron sus cuerpos los que se comunicaron, y en el éxtasis de la pasión, Charlotte no dudó en que había tomado la decisión correcta.

Capítulo 20

—Tengo que confesarte algo —le dijo Gregory a la mañana siguiente.

Como de costumbre, Charlotte había despertado entre sus brazos, solo que, en esta ocasión, la sensación de plenitud no se comparaba con nada que hubiera sentido antes. Estaba relajada, feliz y en paz, como si todos sus problemas pudieran desaparecer ante ese contacto.

No obstante, el tomo nervioso de él le causó inquietud. Se incorporó para poder observarlo mejor y notó que estaba dudando mucho sobre si contarle o no.

—¿Qué sucede?

—Pues... Te mentí. George siempre supo que esto era una falsa. Me lo confesó el día de la boda, pero prefería omitir la información a mi conveniencia —dijo con prisas.

Charlotte se relajó.

—Oh, eso lo sabía.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me lo confesó en la cena de los Portland. Comentó algo sobre no querer seguir participando en esta farsa.

Gregory resopló.

—¿Con quién cuenta uno en esta vida si no puedes confiar ni en tu propio hermano?

—Cuentas conmigo —le dijo ella dulcemente.

Su semblante se ablandó y la atrajo más hacia sí.

—También cuentas conmigo, cariño. Por favor, no lo dudes.

Su voz estaba llena de un tono suplicante que la extrañó, pero optó por no tomarle demasiada importancia. Estaba feliz a su lado y eso era lo que quería conservar.

Los días siguientes los pasaron encerrados en la habitación, tal cual hicieron después de su boda, pero esa vez haciendo lo que todos suponía que ya habían hecho: amarse.

Charlotte quería verlo de esa manera romántico. Lo cierto era que ella no le había confesado sus sentimientos, y él tampoco le había dicho los suyos, pero por el momento, estaban felices sin decir nada, solo disfrutando de su presencia y hablando de trivialidades.

A Charlotte le daba la impresión de que Leinster estaba nervioso por algo, pero él aseguraba que no era nada, y ella quiso creerle.

Cuando por fin decidió salir de la casa, lo hizo atendiendo un llamado de su padre, que le pidió con urgencia que fuera a visitarlo.

Charlotte ya había ido a verlo en varias ocasiones desde que se había casado, y creía haber dado en todo momento la impresión de una mujer feliz. Su padre no había tenido nada que reprocharle de Leinster, y ella creía que todo iba bien. Sin embargo, la urgencia que notó en la nota la inquietó.

Con prisas, pidió a su doncella que la arreglara y viajó hasta la residencia de su progenitor, que no quedaba demasiado lejos de su propio hogar.

Este la estaba esperando en su habitación. Le había comentado el mayordomo que el vizconde cada vez salía con menor frecuencia, y Charlotte se preocupó. A pesar de saber que lo suyo era una enfermedad terminal, que su aspecto demacrado le causaba dolor. Era como un reloj de arena a punto de consumirse.

—Padre, ¿cómo has estado? —preguntó Charlotte sentándose en una esquina de la cama.

—Me gustaría que me respondieras esa pregunta tú, Lottie, ¿cómo has estado?

—Muy feliz, padre.

Y, por primera vez, no le estaba mintiendo. Esos días que había pasado con Leinster

estuvieron llenos de dicha.

No obstante, el semblante de su padre se ensombreció.

—He escuchado rumores.

Charlotte se tensó, sabiendo a qué hacía referencia. Después de la conversación de Gregory con lady Argyll, hubo varias murmuraciones. Como ya había pasado cierto tiempo de eso, ella había tenido la esperanza de que no hubieran llegado a oídos de su padre, pero al parecer se había equivocado.

—¿Cuáles? —preguntó, solo para confirmar.

—Sobre tu esposo y eh... una dama.

Maldición.

—Padre, no es lo que parece.

—¿No es lo que parece el hecho de que se les haya visto entrar en los jardines oscuros de Vauxhall el sábado?

Cualquier argumento que tuviera Charlotte para rebatir se murió en cuanto escuchó lo que su padre dijo. ¿Los jardines oscuros? ¿Pero qué...?

La comprensión la golpeó como un viento gélido. La carta que había recibido Leinster aquella noche. La llegada tarde.

Un nudo le oprimió la garganta y tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no echarse a llorar frente a su padre. No, era imposible. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué en ese momento? La mujer había dicho que los dejaría en paz, y Leinster no parecía en lo absoluto interesado en ella.

No tenía sentido, y a la vez tenía todo el sentido del mundo. Porque era Leinster. Un hombre con fama de ser un seductor. ¿Se habría hartado de ella y por eso se marchó?

Y pensar que se había entregado a él después de que había estado con otra mujer.

—¿Es verdad, Lottie?

—No —dijo con voz rasposa. Respiró hondo y se recordó que tenía un objetivo. En ese momento, sus sentimientos no importaban—. No es verdad. Quien te lo haya dicho, seguro malinterpretó la situación. Fue mi tío, ¿verdad?

—Tu tío me lo dijo, pero yo lo mandé a verificar. Muchos hablan sobre eso.

Charlotte se sentía como una tonta por no haberse enterado. Se había aislado esos días del mundo, siendo feliz en un matrimonio que no era más que una farsa.

No supo de dónde sacó la fortaleza para mantenerse tranquila, pero lo logró.

—Es una confusión —insistió—. Yo estuve con él esa noche. No estaba en Vauxhall.

Su padre la miró con compasión.

—Lottie...

—¡Es verdad! Conoces a la gente. Debió ser alguien parecido a él quien entro con lady Argyll, pero era más cuestionable decir que había sido Leinster.

Él pareció dudar, y ella insistió.

—Todo está bien en nuestro matrimonio, padre. Él no me ha hecho daño.

Y esa era, posiblemente, la mayor mentira que había dicho en años. No solo le había hecho daño. La había destrozado. Había usado su corazón hasta convertirlo en añicos.

—¿Me lo juras?

Ella tragó saliva.

—Te lo juro.

Se marchó de la mansión de su padre con una expresión imperturbable que logró mantener hasta que llegó a su casa y ubicó a Leinster en su despacho.

La sonrisa con la que él la recibió se borró al ver su expresión.

—Lo sabes —musitó.

Entonces ni siquiera pensaba negarlo. La contención de Charlotte se rompió.

—¿Cómo pudiste? —gimió.

Se había prometido a sí misma no llorar, pero había tanto dolor en su corazón que era imposible no expresarlo.

—Déjame explicarte.

—Yo, yo sé que esto era solo un trato —continuó ella, deshecha—. Pero en estos días de verdad llegué a creer que tú... que... que así como yo me enamoré de ti, tú podrías haberte enamorado de mí.

Leinster, que había empezado a caminar hacia ella, se detuvo abruptamente, sorprendido por sus palabras. A Charlotte no le interesaba habérselo confesado. No podía destruirla más de lo que ya lo estaba.

—Soy una tonta.

—Charlotte. —Le puso las manos sobre los hombros—. Déjame explicarte, por favor.

—¿Estuviste en Vauxhall esa noche con ella?

—Sí, pero...

Charlotte se zafó de su agarre.

—Al menos pudiste habérmelo dicho.

—¡No te lo dije porque no quería que te pusieras así! Estaba buscando la mejor forma de hacerlo, pero no hallaba el momento.

—¿Y desde cuándo te importa cómo me sienta?

—Me importa, claro que me importa.

La desesperación en su voz pudo haberla conmovido si no se sintiera tan destruida.

—No te creo.

Él se pasó la mano por los cabellos, exasperado.

—¡Por Dios! Llevo casi dos meses alejado de lo que era mi vida, haciendo todo lo que me dices para que pudieras conseguir la custodia de tu hermano del que, por cierto, seré legalmente responsable yo. Sonríe a personas que ni conozco, acepto ir a bailes que no me gustan. ¿Crees que esto era lo que buscaba cuando decidí impulsivamente casarme? Claro que no. Pero lo he hecho todo sin quejarme porque me importas, y como me importas no pesa hacerlo si eso implica hacerte feliz. ¿No lo entiendes? ¿Por qué te engañaría a estas alturas? ¿Por qué regresaría a una vida en la que ni siquiera era feliz?

Charlotte no supo qué responder. Sorprendida por sus palabras. Su lado optimista quiso creerle. «¿Por qué te mentaría?», le dijo. Él no jugaba ese tipo de juegos. Su vida disoluta siempre la había llevado de manera frontal y sincera.

—Supongo que es difícil confiar en mí —dijo, derrotado—. Pero puedo demostrarte que digo la verdad.

—¿Cómo? —musitó.

—Busca tu abrigo. Vamos a salir.

No hablaron durante todo el camino, y no porque Gregory no lo hubiera intentado. Estaba preocupado y enfadado a partes iguales. Por un lado, sabía que no comentar aquella salida nocturna con Christine había sido un error. Quizás no era justificación, pero si le decía la verdad, Charlotte iba a querer saber sus motivos, y estos eran lo suficientemente delicados para tomarse el tiempo de buscar las palabras adecuadas para comunicarles. Por otra parte, le molestaba la poca confianza que ella tenía en él. Era muy consciente de que su pasado lo precedía, de que ella no tenía ninguna razón para confiar en su palabra, pero aún le dolía, porque ella era especial para

él.

Gregory lo sospechaba, pero lo había confirmado cuando se dio cuenta de que prefería pasar las noches a su lado que un club apostando o seduciendo a otra mujer. Su compañía le daba paz, lo hacía sentir comprendido, y las noches que había pasado a su lado no se comparaban a los momentos efímeros de placer a los que estaba acostumbrado. Con Charlotte había algo especial, una conexión más profunda.

Gregory había tenido miedo de admitir lo que sentía, pues hacerlo implicaría responsabilidades que no sabía si podía cumplir, pero no podía seguir negándolo por mucho tiempo. En el momento en que había recibido esa carta de Christine, pidiéndole verse porque tenía información que podía ayudar a que Charlotte no saliera perjudicada, ni siquiera lo había dudado, porque su compromiso hacia ella iba más allá de lo que había acordado.

Él quería que ella estuviera bien, y haría lo que fuera necesario para eso. Por primera vez, había decidido hacerle caso a George, confiar en que él no era como su padre. En que podía hacerla feliz.

Y lo había arruinado todo.

Esperaba al menos que todavía pudiera arreglarse.

Notó su sorpresa cuando se detuvieron frente a la casa de Christine. Él ya sabía que ella la conocía, pues la dama le había comentado respecto a su visita. También le había dolido saber que Charlotte no lo había hecho.

Un mayordomo elegante al que no reconocía les abrió la puerta.

—Dígale a su señora que los condes de Leinster quieren verla.

El mayordomo, como si ya esperase esa visita, los hizo pasar al salón de té.

Charlotte tomó asiento y observó todo a su alrededor. Gregory sospechaba que no quería sostenerle la mirada.

Christine no tardó en llegar. Vestía elegantemente, como siempre, pero era imposible no notar el moretón en su mejilla.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Gregory con error.

Ella lo observó con desdén antes de centrar la mirada en Charlotte.

—Un regalo de su tío. Al parecer, no le ha gustado que hablara de más aquella noche.

Charlotte jadeó, sin entender, y fijó sus ojos en Gregory buscando respuestas.

Este, sin embargo, estaba aún conmocionado por el golpe en la mejilla de la mujer.

—¿Cómo se ha enterado?

—Eso me gustaría saber a mí. Te cité en los jardines oscuros porque había escuchado que no pasaba mucho por ese lugar, y no solo parece que nos ha visto, sino que tuvimos una discusión. Así que, si has venido a incriminarme por los rumores recientes, te aseguro que no he tenido nada que ver. Actué de buena fe y mira cómo he terminado por eso. Ese hombre está loco.

Se dejó caer en uno de los sillones con menos elegancia de la que solía mostrar. A decir verdad, el golpe hacía que su aspecto en general perdiera el encanto.

—¿Me pueden explicar qué está sucediendo? —chilló Charlotte.

Christine lo miró con incredulidad.

—¿No se lo has dicho?

—Esperaba que contaras tú la historia.

—Oh, no me digas que la niña no te cree —se burló—. No la culpo. Yo tampoco lo haría.

—Habla de una vez —se exasperó Charlotte.

—Es un tono un poco grosero, considerando que estoy en esta situación por querer ser amable —espetó Christine—, pero te lo diré porque me das lástima. Poco después de mi regreso,

un tal señor Mirren se contactó conmigo, diciendo que tenía una cuenta pendiente con Leinster, y que le haría un gran favor si lograba que volviera a ser mi amante. Como supondrás, yo no hago favores, así que, en su lugar, me prometió una suma considerable de dinero. Tampoco me interesó. Tengo dinero de sobra, y no me gusta seguir órdenes de nadie. Para ese momento ya había hablado con Gregory y aceptado su rechazo, pero no niego que la propuesta me dejó pensando. Me dio curiosidad saber más sobre su relación, así que empecé a investigar un poco. Todos decían que estaban muy enamorados, por lo que decidí hablar en persona con la dama que lo había conquistado. Quizás te hayas dado cuenta, querida, pero, aunque soy competitiva, sé cuándo he perdido frente a una buena rival, y supe desde que me enfrentaste que tú lo eras. Me agradaste, así cuando esa misma tarde tu tío regresó a mi casa, insistiendo para que aceptara el trato, decidí hablar con Leinster. Me imaginé que él sabría cómo solucionar el asunto.

Le lanzó una mirada a Gregory que bien podía decir «me equivoqué».

—Lo cité en los jardines de Vauxhall, para poder encontrar un lugar lejos de oídos curiosos, pero había mucha gente, así que terminamos en los jardines oscuros. Deduzco que, ante mis continuos rechazos, tu tío prefirió vigilarme, y mi encuentro con Leinster le vino de maravilla. Cuando salí de los jardines oscuros, poco después que Gregory, él me estaba esperando. Me arrastró de nuevo dentro y me preguntó de qué habíamos hablado. —Sonríó con amargura—. Uno de mis defectos más grandes, querida, es que me gusta irritar a otros, así que le dije la verdad, que le había advertido sobre él. Se volvió loco. Empezó a gritarme, me tomó por los hombros y cuando me zafé me cacheteó. Tuve que salir corriendo y he estado encerrada aquí desde hace días, considerando seriamente regresarme a Francia.

Charlotte se dejó caer en uno de los asientos, consternada. Gregory se sentó a su lado, y ella no rechazó el brazo que colocó encima de su hombro.

—Gracias, Christine. No tienes que irte de Inglaterra. Pronto él dejará de molestarte.

—Eso espero, Gregory. No quiero pensar que me equivoqué al confiar en ti.

Salieron de la casa de Christine y se montaron en el carruaje. Charlotte apenas prestaba atención a sus acciones. Tenía la mirada perdida, como si no pudiera procesar aún lo dicho.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella en el carruaje.

Gregory sonrió con amargura.

—¿Me hubieras creído? Era un tema delicado. Quería buscar la mejor manera de hacerlo.

—No lo entiendo —continuó Charlotte—. ¿Por qué se está tomando tantas molestias? A él no le interesa Hector. ¿Por qué quiere quedarse con tu custodia?

—Por ti —respondió.

Había pensado mucho en si confesar o no esa parte de la historia. Era un tema delicado, solamente sospechas, pero cada vez estaba más convencido de su veracidad.

Charlotte lo observó, confundida.

—Esto te puede resultar difícil de aceptar, Charlotte, pero tu tío... él te mira como hombre, no como un familiar.

—¿A qué te refieres? —preguntó con el ceño fruncido.

—Él te desea.

Ella jadeó.

—Estás confundido.

—Maldita sea, quisiera estarlo. Pero estoy seguro de que no. Desde que lo conocí, noté cómo te miraba. Era una mirada hambrienta, llena de deseo. Lo noté varias veces. No quiere quedarse con Hector porque lo quiera, sino porque te quiere a ti. Porque sabe que con él te puede manipular.

—Pero... pero ¡es mi tío! ¡Me conoce desde niña!

Se abrazó a sí misma y Gregory se acercó para envolverla con sus brazos.

—Hay personas que... que no piensan como nosotros. ¿Recuerdas lo que te comenté de los deseos reprimidos?

No respondió, miraba un punto fijo frente a ella y, de pronto, se echó a llorar. Gregory la apretó más contra sí.

—¿Qué vamos a hacer? No puedo decírselo a mi padre. Se enfurecerá tanto que morirá. Pero si no digo nada, él seguirá insistiendo hasta conseguir lo que quiere.

A Gregory le partía el corazón verla así. Le dio un beso en la sien mientras murmuraba palabras tranquilizantes.

—Calma, cariño, calma. No saldrá victorioso. Desde que Christine me comentó su plan, he estado ideando cómo salir de esa situación. Solo necesito que confíes en mí. ¿Lo harás?

Ella tardó en responder lo que a él le pareció una eternidad, pero cuando lo hizo, llenó su corazón de alegría.

—Sí, confío en ti.

Capítulo 21

El despacho de la casa de su tío era tan lúgubre como su alma. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas negras, y la única luz de la habitación provenía de una lámpara sobre el escritorio. Sentado frente a este, era la imagen de la corrección que siempre había sido. Bien vestido, bien peinado y con un semblante que juzgaba con dureza cualquier error. Pocos se atreverían a afirmar que detrás de tal ejemplo de buena moral se escondía un espíritu oscuro.

—Me imagino a qué has venido —dijo con voz monótona.

Si de verdad lo sabía, no había en él una pizca de arrepentimiento. Ni siquiera iba a negarlo porque sabía que no tenía sentido.

—Quiero que nos dejes en paz, y le digas a mi padre que le deje a Gregory la custodia de Hector.

Su sonrisa fue tan perversa que la estremeció.

—¿Por qué haría eso?

—Porque tú no quieres a Hector.

—Claro que sí. Me preocupo por la educación de mi sobrino.

—No, no es así. ¡Déjanos en paz!

—¿Y si no qué? —Se levantó y caminó con lentitud hasta ella. Charlotte se obligó a no retroceder. La miró de arriba abajo con tal descaro que ella supo que Gregory tenía razón. Antes, no había sido capaz de identificar la lascivia en su mirada, pero en ese momento se preguntó cómo nunca se había dado cuenta—. Charlotte, pequeña Charlotte, deberías dejar que los que más sepamos sobre este asunto nos encarguemos. Tu hermano estará bien a mi cargo, y tú podrás verlo cuando quieras siempre y cuando te comportes.

Ella tragó saliva. Le hablaba como si fuera una niña, pero muy consciente de que era una mujer.

—¿Y qué significa para ti comportarme? —indagó—. ¿Hacer caso a tus deseos?

Como odiaba su sonrisa.

—Sí.

—Tus perversos y sucios deseos —le espetó dando un paso hacia atrás—. ¿No te da vergüenza? ¿Soy tu familia!

Se lo repetía una y otra vez y aún era incapaz de creer cómo podía verla así. En su mente era algo incongruente.

Él parpadeó, sorprendido por su acusación. Intentó recomponerse, pero su expresión lo delataba.

—¿Qué te ha estado diciendo Leinster?

—Solo la verdad. Sabes, nunca me agradó la forma en que me mirabas, pero era incapaz de pensar algo malo de ti, porque eras mi familia. Un tío no piensa de su sobrina lo que seguramente tú piensas de mí.

—¡Y tú qué sabes lo que es correcto o no! —gritó y, de pronto, la tomó con fuerza de los brazos—. ¡No sabes lo que es luchar contra eso! Más que ser mi familia, eres una mujer, y yo soy un hombre. La mujer está hecha para el hombre. ¿Por qué razón no podría tenerte?

El brillo de locura en sus ojos la asustó. Empezó a forcejear para liberarse, pero no pudo.

—Has perdido el juicio. ¡Suéltame!

Él no lo hizo y Charlotte se sintió aterrorizada. Mientras pensaba en cómo zafarse, alguien abrió la puerta. Un segundo después, su tío estaba en el suelo.

—Tócala otra vez y visitarás a tus antepasados en el infierno —le dijo Gregory.

—¿Cómo diablos has entrado?

—¿Importa? —Lo agarró por el lazo de su cuello y lo levantó—. Nunca tuve dudas de que eras una rata, pero Charlotte necesitaba confirmarlo.

—¿Y qué piensan hacer? ¿Divulgarlo? No creo que tu padre resista la noticia, Charlotte —dijo con voz ronca por el agarre.

Ella jadeó por la amenaza. A ese hombre no le importaba nadie más que sí mismo.

—Hay algo que he aprendido con el tiempo —dijo Gregory con naturalidad, como si no estuviera apretándole el cuello—: las ratas como tú siempre tienen más de un pecado a sus espaldas. Así que, cuando empezaste a molestar mucho, me di a la tarea de investigar. Sería muy desagradable si la sociedad se enterara de que frecuentas ciertos lugares de reputación dudosa, ¿no crees? Tengo entendido que pierdes grandes cantidades de dinero ahí, y te acuestas con mujeres que apenas llegan a los quince.

Charlotte tuvo que contener un jadeo de horror. Se le estaba haciendo difícil asimilar tanta información sobre una persona que creía conocer a la perfección.

—Es tu palabra contra la mía.

—Has vivido lo suficiente en sociedad para saber que esos rumores son muy fáciles de comprobar. Solo necesitas que alguien se tome el tiempo suficiente para indagar, y cuando un chisme es interesante no faltan los curiosos.

Lo soltó con tanta brusquedad que volvió a caer al suelo.

—Entonces, ¿vas a ir a decir a Hereford que apruebas que me deje a mí la custodia de Hector? O prefieres que toda la sociedad se entere de que uno de sus miembros más moralistas no es lo que aparenta.

—Vete al infierno.

—Lo tomaré como un sí. Vámonos, querida.

La tomó del brazo y la sacó de ahí. Charlotte empezó a temblar cuando abandonaron la casa, y tuvo que refugiarse en los brazos de Gregory durante todo el trayecto. Una vez en su hogar, él la llevó a la habitación.

—Deberías descansar un poco. Ha sido un día largo.

—No creo que pueda dormir —comentó ella—. ¿Cómo has descubierto lo de los lugares que frecuenta?

—Nada que un buen investigador no pueda averiguar.

—No entiendo cómo no se ha sabido antes.

—No son sitios que frecuente la alta sociedad. Además, tu tío se ha esforzado por crear una imagen que nadie ponía en duda. Si no tienes enemigos que te investiguen, estás a salvo.

—Aún me cuesta creerlo.

Él se sentó a su lado y le rodeó los hombros con un brazo.

—Es comprensible.

De pronto, Charlotte se sobresaltó, horrorizada por el pensamiento que le llegó a la mente.

—Gregory, si tenía pensamientos indecorosos conmigo... crees que... Annie...

—No creo que le haya hecho nada —la tranquilizó él—. Si planeaba casarla, debía mantener su virtud intacta. De cualquier manera, ella está a punto de salir de allí.

—Oh, espero que lo logre. ¿Le has dicho que puede contar con nosotros?

Él asintió.

—Sí, pero se mostró algo reacia a hablarme. Se limitó a abrirme la puerta e indicarme el camino al despacho, pidiendo con amabilidad que no volviera a escribirle.

Al menos lo había ayudado. Cuando Gregory sugirió la idea de pedirle ayuda a Annie para que él pudiera entrar, Charlotte había estado convencida de que no la obtendría.

Recostó la cabeza en el hombro de Gregory y cerró los ojos, disfrutando de la paz que la inspiraba su compañía.

—Lamento no haberte creído.

—Supongo que es mi culpa. No te di suficientes razones para confiar en mí.

—Lo hiciste. Me apoyaste en todo momento, estuviste a mi lado, cambiaste.

—Pero no te dije que te amaba.

Charlotte levantó lentamente la cabeza para mirarlo a los ojos. Podría haber escuchado mal las palabras, pero sin duda no estaba malinterpretando su mirada. Él acunó su rostro entre sus manos.

—Te amo, Charlotte. Amo discutir contigo, amo tu fuerte determinación. Amo cómo me siento cuando estoy a tu lado. Antes de conocerte, estaba buscando inconscientemente algo que no encontraba. Tenía todo, pero me sentía vacío. Tú llegaste para llenar ese hueco, para hacerme saber que sí podía amar a alguien, y te prometo que voy a hacer lo que esté en mis manos para hacerte feliz.

Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Le echó los brazos al cuello y unió sus cuerpos.

—Oh, Gregory, granuja descarado. Yo también te amo. Solo Dios puede saber cómo pasó, pero me enamoré de ti, aunque seas irritante y molesto, aunque actúes como un niño la mayor parte de las veces y me hagas enfadar. Te amo porque sé que vales más de lo que todos creen, y pasaré el resto de mis días haciéndotelo saber.

Gregory la tomó por los hombros y la separó de él lo suficiente para besarla.

—Siempre supe que al final cederías, como todas —bromeó.

—Oh, no, querido. A mí me parece que el que cayó en mis manos fuiste tú.

Y para demostrárselo, volvió a besarla.

Gregory ni siquiera se molestó en negarlo.

Epílogo

—Admito que le tenía muy poca fe a este matrimonio, Lottie, pero ha resultado ser mejor de lo que esperaba. Te veo muy feliz —comentó el vizconde mientras observaba como Gregory hablaba con Hector de un tema que parecía muy interesante.

Charlotte miró a su padre. Estaba recostado en el sofá. Su expresión cansada no había variado demasiado en las últimas semanas, pero tampoco parecía estar peor. El médico decía que estaba estable, pero seguía sin dar esperanzas de una vida larga.

—Soy feliz —respondió. Por primera vez no tuvo que mentir.

—No te imaginas la paz que le da eso a mi alma, querida. Partir siempre es más fácil cuando sabes que dejas a tu familia bien cuidada.

El ánimo de Charlotte decayó.

—Creí que hablar de la muerte no era un tema agradable, padre.

—No lo es, pero también es inevitable. —Señaló a David y a Gregory, que se encontraba en la otra esquina del salón—. He estado pensando, y creo que tienes razón. Una mente joven le hará bien a Hector, y estar al lado de su hermana también.

A Charlotte se le iluminaron los ojos. No había querido tocar más el tema para evitar ser imprudente, y se había limitado a demostrarle a su padre lo buen candidato que podía ser Gregory. Iban a visitarlo con frecuencia, cuidaron mucho de limpiar su imagen y este resultó llevarse maravillosamente con Hector.

—He arreglado todo para que se quede con ustedes en caso de que yo falte —continuó su progenitor con voz cansada—. Confío en ustedes. Roger también me ha comentado que está de acuerdo.

La sonrisa en el rostro de Charlotte se congeló, pero se cuidó de mostrar su disgusto. No habían sabido mucho de su tío desde que le dieron aquel ultimátum. Sabían que había cumplido su palabra porque no volvió a molestarlos, pero solo en ese momento confirmaban que había hablado con su padre.

Respiró con alivio. Su tío era una persona que prefería no volverse a cruzar en la vida.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó solo por cortesía, intentando no dejar ver su desprecio.

—No muy bien. Lo de Annie le ha pegado bastante. No creí que esa niña fuera capaz de hacer eso, pero en cierta forma la entiendo. Un matrimonio con el señor xxx no debía de resultarle agradable. Ha buscado la salida más rápida, aunque no estoy seguro que la más conveniente.

Charlotte asintió, omitiendo su opinión.

Lo cierto era que cuando había se había esparcido por toda la sociedad que su prima se había fugado a Gretna Green con un caballero, no se había sorprendido. Lo que sí la tomó desprevenida fue el nombre del caballero.

Por lo general, la sociedad solía ser muy benevolente con los hombres, así que había pocos que recibieran con dureza el escarnio público. Había que hacer algo verdaderamente grave para recibir el rechazo de los pares aristocráticos, y eso era lo que lord xxx había hecho. Los rumores sobre él no se limitaban a mujeres juego o alcohol, que eran conductas reprochables pero toleradas entre los caballeros, no, lo de él era mucho más grave: condición de nacimiento dudosa. Si a eso se le sumaba un divorcio y una vida cuestionable, no había quien se atreviera a hablarle por miedo a las consecuencias.

Ni siquiera estaba segura de cómo Annie había logrado entablar contacto con alguien

como él, y mucho menos aceptar ser su esposa con todo lo que eso implicaba. Debía de estar verdaderamente desesperada, pero, al igual que su padre, no estaba convencida de que hubiera sido la mejor decisión.

Lo único que le causaba satisfacción de ese matrimonio era el coraje que debía de estar pasado su tío, quien tanto se cuidaba las apariencias y las habladurías. Todo lo que estaba viviendo seguro era poco en comparación a lo que se merecía, pero al menos estaba pagando algo de daño hecho. Solo esperaba que su prima lograra encontrar la tranquilidad en ese matrimonio tan controversial.

—Esperemos que todo salga bien —dijo. Y de verdad lo deseaba, por Annie.

Mientras regresaban a casa, Charlotte le contó a Gregory la buena noticia.

—Ah, ahora tendré que ser una persona responsable —dijo Gregory con humor—. A George le encantará saberlo.

—No es tan difícil —argumentó ella—. Hector te adora.

—¿Cómo no hacerlo? Si soy encantador.

Ella puso los ojos en blanco y él se rio. Le rodeó la cintura y la atrajo hacia él.

—¿Lo niegas?

—Nunca me escucharás afirmarlo. Después nadie te aguanta.

—Así lo estás afirmando, cariño.

Charlotte no respondió y él lo tomó como un reto. La atrajo más hacia su cuerpo y utilizó la mano libre para alzarle la barbilla.

—Entonces, si no te parezco encantador, seguramente no quieres que te bese, ¿verdad?

Ella sabía que estaba jugando con ella, pero aun así su cuerpo reaccionó a su toque y cerró los ojos, pidiendo a gritos ser tocada por sus labios.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Oh, claro que tiene que ver. No dejas que te bese alguien que no te parece encantador. Admite que desde la primera vez que nuestros labios se tocaron, quedaste amarrada por mi atractivo.

Charlotte fingió pensarlo.

—Quizás. Pero tú también fuiste seducido por mi encanto.

—Oh, cariño, pero eso no está puesto en duda.

Y para demostrarlo, la besó.